María Luisa Bahia, duquesa de Lerma.

Fot. Resines.

En casa de los condes de Velle.—La condesa de Villar de Felices y la duquesa de Canalejas.—La señorita de Bahía y el duque de Lerma.—La señorita de Perales.

La sociedad madrileña tuvo ayer algunas notas de animación, que nosotros vamos a consignar aquí sucintamente. Fueron pequeñas reuniones, íntimas y deliciosas, en las que se pasaron horas muy agradables. Los condes de Velle invitaron a tomar el té a algunos de sus amigos y sus salones se llenaron de selectísima concurrencia. Inauguraban—por decirlo así—su nueva casa de la calle de Zurbano, un lindo y elegante piso, alhajado con gusto, y en el que no faltan joyas y obras de arte. Y los invitados recorrieron la nueva morada y hasta divisaron desde la altura de la terraza el bello panorama de Madrid.

¿Recordaremos los reunidos? Creemos que sí. La duquesa de Pinohermoso, los Sres. de López-Roberts, la marquesa de Peñafiel y su hija, la de la Frontera y la segunda suya, que acaba de ser presentada en sociedad; la de Valdeiglesias y la suya, los señores de Campuzano, los condes de Oliva, los de Aguilar, los Sres. de Aguilar (don Alberto), la Sra. viuda de Díez-Martein y D. Federico de Rojas, los duques de Vistahermosa, la Sra. de Semprún, la de Gimeno, esposa del ministro de Marina; la marquesa de Villadarias, la de Peñafuente, la condesa de Pardo Bazán, la Sra. de Cavalcanti de Alburquerque y la Srta. de Quiroga, el conde de Esteban Collantes y su hija María, Moreno Carbonero, Figuerola... nombres, como veis, conocidos en la aristocracia, en la diplomacia, en la política, en el arte.

El conde de Velle—hijo de la duquesa de Pinohermoso, grande de España—es un diplomático ilustre que hoy ocupa el cargo distinguidísimo de primer introductor de embajadores. Por eso en su casa—en casa de persona tan distinguida—hubo esas dos representaciones que integran la vida de sociedad: aristócratas y diplomáticos.

Iluminando aquellos salones apareció la juvenil belleza de la señorita de Pérez Seoane—hija de los dueños de la casa—, que en unión de su hermano— un bizarro oficial de caballería—y de los condes de Velle—la condesa es una arrogante y amable dama—hicieron los honores con exquisita cortesía.

* * *

La condesa de Villar de Felices también recibió a sus amigos en un salón del Palace Hotel, donde se hospeda. La condesa celebraba «sus días» y fueron muchos los que acudieron a felicitarla. Hubo una agradable reunión, muy animada, muy alegre, muy bulliciosa. Porque no debemos olvidar que había mucha juventud y que la juventud lleva siempre con ella un eco de regocijo.

Así fué que, como en el salón contiguo al en que recibía resonaron los acordes de Berki, la juventud pidió permiso para bailar a la bella dama y la bella dama lo concedió en el acto. Se vió muy festejada, muy obsequiada, muy agasajada, porque la concurrencia fué tan numerosa como distinguida. Y la condesa y el conde de Villar de Felices obsequiaron a sus amigos con espléndido té.

Otra de las Purificaciones que vieron su casa llena de flores y de regalos—amables presentes de sus buenos amigos—fué la bella duquesa de Canalejas. Las camelias, las rosas blancas, las violetas, los jazmines... formaron jardín en la elegante casa de la calle de Alcalá. Y las cajitas de «vermeil», y los pomos de Sajonia, y los floreros de bronce y cristal ofrendaron también a la ilustre dama un vivo recuerdo de afecto.

Se vió la bellísima duquesa de Canalejas muy favorecida por numerosas visitas. Con algunas personas de la aristocracia alternaron las de la política, principalmente—era natural—aquellas que

Srta. Buenaventura Fernández Durán, hija del marqués de Perales.

Fot. Franzen.

figuraron al lado de su insigne esposo, cuyo recuerdo no se ha borrado del alma de los españoles.

La bella dama y su hijo Pepito atendieron amablemente a todos obsequiándolos con esplendidez.

* * *

Al lado de estas notas vamos a consignar la de una boda, ya anunciada, y tenida lugar en la tarde de ayer en la linda capilla de María Inmaculada de la Casa Central de las Hijas de San Vicente de Paúl: la de la bellísima señorita Milagros Bahía y Chacón, hija del ex senador D. Luis, con el ilustre prócer D. Fernando Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas, duque de Lerma, hijo de los anteriores duques de Medinaceli.

La ceremonia se celebró en la más estricta intimidad y con la sola asistencia de las más allegadas personas de ambas familias, siendo padrinos la duquesa de Híjar, hermana del novio y el padre de la novia, y testigos, los hermanos de la Srta. de Bahía, D. Luis y D. Guillermo, y el duque de Híjar y el conde de Gavia, hermanos políticos del novio.

Los nuevos duques de Lerma –que han repartido entre sus amigos elegantes cajas de seda de la confitería Hidalgo, conmemorativas de su enlace– se han instalado en el elegante hotel que en el paseo de Martínez Campos habitaba el novio, y en el que se admiran hermosas obras de arte procedentes de la Casa ducal de Medinaceli. Sean muy felices.

* * *

Una nota hubo en el día de ayer que puso triste nuestro ánimo. Y fué la muerte, esa gran egoísta, la que de nuevo nos entristeció. La Srta. Buenaventura Fernández-Durán y Queralt, hija del marqués de Perales, falleció ayer, sumiendo a la respetable familia, que tantas simpatías cuenta en la sociedad aristocrática, en honda aflicción. ¡Un dolor, lectores, un dolor! Con veintidós años, con un alma

toda bondad, querida por sus amigos, adorada por los pobres, amada por sus padres... No hay, no puede haber consuelos para duelos así.

Para su padre y hermanos, especialmente, va nuestro pésame sentido.

* * *

En el cementerio de la Sacramental de San Isidro ha recibido esta tarde sepultura el cadáver de la bellísima señorita.

La conducción de los restos ha sido una sentida manifestación de duelo.

En la capilla ardiente se dijeron misas durante la mañana de hoy, y a ellas asistieron muchas damas de la sociedad de Madrid.

Precediendo al fúnebre cortejo iba el clero de la parroquia de San Sebastián, y a los lados de la carroza religiosas con hachones encendidos.

Presidieron el duelo el ayudante de S. M. el Rey, capitán de fragata, Sr. Nardiz, en nombre de Sus Majestades; el marqués de Bendaña, por los Infantes D. Carlos y D.ª Luisa; el director espiritual de la finada, y sus deudos el marqués de Castelar, el conde de Adanero, D. Ramón Bustamante y D. Luis Patiño.

De la numerosa concurrencia formaban parte los ex presidentes del Consejo, Sres. Dato y Maura; ex ministros Sres. Bergamín y Urzáiz; jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; duques de Santo Mauro, Parcent, Dúrcal, Luna, Vega, Veragua, Vistahermosa, Lécera, Bailén y T'Serclaes; marqueses de la Mina, Campo Llano, Castellones, San Adrián, Valdueza, Salar, Monteagudo, Grigny, Oquendo, Zarco, Scala, Santa Cruz de Rivadulla, Cenia, Pons, Cayo del Rey, Gorbea, Moratalla, Marbais, Torneros, Portugalete, Urquijo y Valdeiglesias; condes de Paredes de Nava, Glimes de Brabante, Belascoaín, viudo de Albiz, Cerragería, Casal, Sepúlveda, Alto Barcilés, Lascoiti, Giraldelli, Torreánaz, Aybar, Oliva, Velayos y Peña Ramiro, y los Sres. D. Emilio Torres, Ramírez de Haro, Roca de Togores (D. Angel), Muguiro, Alonso Caballero, Capdevila, Bahía (D. Luis), Arteta, Liniers, Moyó, Angoloti, Coello de Portugal, Casal y muchos más.

Dios haya acogido en su seno el alma de la angelical criatura.

Merceditas Cejuela.
El Príncipe de «La Cenicienta».

Fot. Kaulak.

Teatro Merceditas.

MERCEDITAS Cejuela es una encantadora criatura que de vez en vez gusta de reunir a sus amiguitos y ofrecerles fiestas brillantes. Merceditas Cejuela no ha «salido» aún al mundo social. Es muy joven. Todavía—¡feliz edad!—caen sobre sus hombros los rubios y rizados tirabuzones. Pero como no va por el mundo ni frecuenta los salones aristocráticos—en los que tantas simpatías tienen sus padres—, y como es alegre y jovial, con esa alegría y esa jovialidad de los trece años, en los salones de su casa ofrece horas deliciosas a sus pequeños amiguitos. Unas veces es un baile de trajes; otras, el bautizo solemne de sus muñecas; otras, una sesión de cinematógrafo... Y los padres de Merceditas, tan cariñosos, tan amables, acceden siempre con encanto a los deseos de su hija única.

Ayer, la niña de los rubios tirabuzones reunió también a sus amigos en espléndida fiesta de arte. ¿Solamente para los niños? Para los niños y para los mayores. Pero cosa es de detallarla en párrafo aparte.

* * *

Pues señor... que el día 6 de Enero, cuando Merceditas Cejuela abrió sus ojos azules al nuevo día, corrió al balcón a recoger el obsequio de los Reyes Magos. ¡Dios santo! ¿Qué era aquello tan grande? ¿Qué misterio envolvían aquellos abultados paquetes? ¿Porqué había

suspirado Merceditas muchas veces? Con la emoción, ni se acordaba siquiera. Rápida, nerviosa, inquieta, con fuego infantil en su mirada, con agilidad pasmosa en sus manos, fué desenvolviendo esto, aquello, lo de más allá... ¡Ah! Sí, ¡Qué alegría! Era lo que tanto deseaba ella, por lo que tanto había suspirado: era un teatro, un teatro grande, para «mayores», para armarlo en una habitación, en un salón, y representar ella, ella misma, con sus amiguitos de siempre.

—¡Oh, qué buenos son los Magos!—exclamó Merceditas ante obsequio tal—. Para los Reyes serán siempre mis mayores encantos.

Y Merceditas bailoteó de júbilo, palmoteó de gozo y... pensó desde aquel momento en armar «el tinglado de la antigua farsa» y en inaugurar brillantemente el nuevo templo de Talía.

* * *

Desde entonces la casa de los señores de Cejuela fué de una «infernal algarabía». Se quitó este mueble, se quitó aquel otro, se retiró aquel de allá, se descolgó el cuadro aquel... hasta que el salón quedó casi desalquilado. Entonces llegaron los carpinteros; armaron, clavaron, pusieron el tablado, colocaron el telón... Llegó el electricista e instaló sus luces; llegó el pintor y sus pinceles dejaron en unos lienzos dibujadas unas preciosas decoraciones... Y al mismo tiempo, en otros salones, Merceditas Cejuela y sus amiguitos ensayaban un bello programa que ayer representaron en el «teatro Merceditas», ante una aristocrática concurrencia que ofrendó a los artistas el homenaje de sus aplausos.

—¡Ajajá! Ya está. Ahora la función, cuando queráis. Ya está el teatro, ya los trajes, ya el decorado, ya el programa a punto de representarse—dijo Merceditas.

Y se acordó—y se repartieron las invitaciones—que la fiesta tuviese celebración el domingo 3 de Febrero de 1918.

Es decir, ayer.

* * *

Podríamos comenzar diciendo: «Ante una concurrencia distinguida, que llenaba por completo los elegantes salones de la calle de

«Teatro Merceditas».
Una escena de «La Cenicienta».

Fot. Marín y Ortiz.

Orfila, en los que tienen su residencia los amables señores de Cejuela, se celebró ayer tarde la inauguración del «teatro Merceditas», verdadero teatro de salón, que revivió en nuestras memorias, no viejas aún, los recuerdos de otros teatritos en los que, acaso, fuimos nosotros una de sus partes integrantes.»

Pero no queremos comenzar así, no. Queremos empezar diciendo que los deseos de Merceditas—ella era la que invitaba— se cumplieron felizmente y con la más brillante realidad. Nosotros nos sentimos chiquillos también desde nuestro asiento, y mentiríamos si dijésemos que en ningún momento cruzó por nuestra imaginación la idea de subir al escenario y tomar parte en el programa.

¡Ay!, qué tiempos aquellos, que se fueron para no volver.

Unos compases nos hicieron dejar las rememoraciones y escuchar. Era que comenzaba la sinfonía. Era que las Srtas. Parody (en el piano) y Latorre (en el violín) nos recreaban el espíritu con la música.

Se llenó el salón; mejor dicho, se llenaron los salones, y se encendió la batería, y se alzó el telón. Comenzaba a tener realidad lo que Merceditas había soñado.

* * *

Las amas de casa. Este es el título de un juguete cómico que representaron a las mil maravillas Elisa Masferré, Niní Oyarzábal, Elisa Linares Rivas, María Asunción Colmenares y Duque de Estrada, Carmen y Amalia Gobart y Luque y Merceditas Cejuela.

¡Y vaya si lo representaron bien! Ahora lo que hace falta es que aprovechen su enseñanza.

Después subió al escenario Solita Leboucher y Caicedo. ¿Qué iba a hacer la linda nena, cuyo nombre no figuraba en el programa? Vamos a verlo. Y Solita Leboucher y Caicedo cantó con gracia singular, con arte inimitable, las canciones de Pastora Imperio *Su Majestad el schotis, Trianerías* y *La nieta de Carmen.*

Si la gran artista gitana, que esta noche será coronada en el teatro Romea, hubiese visto ayer a Solita Leboucher, en su corazón de artista hubiera sentido una dulce emoción. Solita Leboucher admira a Pastora de un modo tal, que para ella Pastora es algo así como

un símbolo del arte clásico de la raza «cañí». Se la aplaudió mucho, se la colmó de felicitaciones. ¡Vaya si la criaturita tiene facultades!

Se representó después el cuento de hadas *La Cenicienta*, que todos conocéis. Fué una representación mímica y presentada lujosamente. Pero antes, a telón corrido, apareció Elisa Linares Rivas ante el selecto concurso y recitó de manera primorosa el siguiente «Prólogo» que su ilustre padre escribió para la fiestecita de ayer. Y dice así:

Señoras... Señores...—Un cuento en acción
os reclama ahora—algo de atención.
Lo que vais a vernos—y el autor os cuenta
es la vieja historia—de la Cenicienta,
de la niña humilde,—de la Cendrillón.

—

Y como es tan poco—lo que aquí os ofrecen,
sabiendo lo mucho—que ustedes merecen,
por eso yo vengo—con la comisión
de pedir a todos—paciencia y perdón.
Si no les conmueve,—o no les agrada,
el cuento ya viejo,—la historia olvidada
de la pobrecita—gentil Cendrillón.

—

Nosotras pondremos,—al mimar el cuento,
todo el entusiasmo,—todo el sentimiento
de que es susceptible—un alma infantil.
Pero nada vale—nuestra ansia febril
si, ajenos vosotros—a tanta emoción,
pensáis que es antiguo,—y ñoño y pueril
la historia divina—de la Cendrillón.

—

Unos son muy niños,—otros son ya viejos...
Sé que hay gran distancia,—que estamos muy lejos...
unos de los otros—en esta ocasión.
El niño, que al cabo—es una criatura,
no puede, aunque quiera,—llegar a la altura
de vuestra experiencia—y vuestra razón.
En cambio, vosotros—podéis aniñaros

«Teatro Merceditas».
La niña Carmencita Peláez y Latorre, copiando el cuadro de Velázquez Doña Margarita de Austria».

Fot. Franzen.

con un leve esfuerzo—de la voluntad,
y un rápido instante—huir y olvidaros
del peso tremendo—que os pone la edad.
¡Volved a la infancia...!—Es tan conveniente,
que ¡ojalá volviérais—efectivamente!
Pero aun siendo sólo—un breve momento,
¡veréis qué alegría,—qué sano contento,
qué cándido goce—os da esa ilusión!
E igual que nosotras—diréis con razón:
¡¡Qué nueva es la historia,—qué lindo es el cuento
de la venturosa—feliz Cendrillón!!

Una salva de aplausos acogió este prólogo, salva de aplausos que se les dedicó al autor de los versos y a la encantadora prologuista.

He aquí ahora el reparto del cuento infantil:

Primer cuadro: La Cenicienta en la cocina y transformación. Segundo cuadro: Jardín del palacio (el baile). Tercer cuadro: El Príncipe en casa de la Cenicienta.

Personajes: María Victoria Sanford, Mercedes del Río, Carmen Romeo, Elisa Linares Rivas, María Asunción Colmenares y Duque de Estrada, hija de los condes de Polentinos, Carolita Le Sens de Lyón, Merceditas Cejuela, Isabelita Manrique de Lara y Silvela, Carlitos Oñate, hijo de los marqueses de Ugena; Pepito Díaz-Merry y Cejuela.

* * *

Al terminar *La Cenicienta* se sirvió el té. La chiquillería invadió alegremente el comedor. Después le fué servido a los mayores. Y después... al salón otra vez, porque iban a comenzar los «Cuadros vivos».

Fué éste de los «Cuadros vivos» un número interesante del programa. Lindamente compuestos, produjeron un bello efecto. «La tribu húngara», el «Cuadro japonés», el coro final de «Las gheisas»... Todo estuvo admirable. Aquel retrato de Velázquez, de la Reina Margarita de Austria, fué un acierto. Lo representó la niña Carmencita Peláez y Latorre.

Para los niños, y para «los grandes», la fiesta de ayer fué una fiesta deliciosa.

¿La concurrencia? Poned los nombres de todas las familias de los niños que tomaron parte; sumad los de las marquesas de Argüelles, Selva-Alegre, Seijas, Vista-Alegre, Torrelaguna, Valle de la Colina, Casa-Pacheco, Atalayuelas, Ugena; condesas de la Algaida, Polentinos, La Corte, viuda de Egaña, Baynoa, Real Aprecio, Saceda, Villamonte; señoras y señoritas de Sarthou, Luque, Gobart, Del Río, López Sánchez, Bayo, Bugallal, Urrutia, Orfila, Benítez, Grases, Díaz Merry, Mendoza, Martínez Fresneda, Sanchís, Sanford, Montenegro, Garnica, viuda de Alcalá Galiano, Linares Rivas, Seijas, Casal... y todos los niños de todas estas familias.

Del sexo fuerte, una lucida representación.

Y los honores, muy amablemente hechos por los señores de Cejuela y por su distinguida madre.

En la Embajada de Austria-Hungría.

Invitó ayer tarde la Princesa de Fürstenberg a una parte de la sociedad aristocrática y del Cuerpo diplomático para tomar el té, y al hotel de la calle de Fernando el Santo acudieron los amigos de la amable embajadora. Pero la ilustre dama, que nada había dicho de su proyecto en la invitación, sorprendió agradablemente a los reunidos con la aparición de Mizzi Wirth, la artista vienesa a quien el público de Madrid ha festejado y festeja en el Reina Victoria y en la Zarzuela.

Si siempre pareció delicado y exquisito el arte de Mizzi Wirth, ayer lo pareció más aún en aquellos ¡salones diplomáticos, en los que la deliciosa artista, creadora insuperable de tanto bello personaje, mostró con su esplendidez nuevas facetas de su talento singular.

Viéndola, escuchándola, pensábase: ¿cuánta protagonista teatral no hubiese tenido celebridad a no ser por encarnarla esta artista admirable, frívola, deliciosa, que ahora canta y baila y danza con toda la plenitud de su ingenio?

Se la aplaudió con entusiasmo.

Entre la concurrencia, que era muy distinguida, figuraban las duquesas de San Carlos, Ahumada, Unión de Cuba, Plasencia, Lécera, y Victoria; Princesa Pío de Saboya; marquesas de Santa Cristina, Camarasa, Cayo del Rey y viuda de Hoyos; condesas de Llovera,

Pardo Bazán, Puerto, Aguilar, Velle, Castilleja de Guzmán y Paredes de Nava.

Conde de Esteban Collantes y su hija soltera; marqués de Elduayen y la suya; señoras y señoritas de Heredia, Fernández de Henestrosa, Quiroga y Pardo Bazán, Muñoz-Vargas, Mora Kocherthaler y otras.

Del Cuerpo diplomático asistieron: el embajador de Alemania y las Princesas de Ratibor y de Thurn et Taxis; el ministro de Persia, el ministro de Turquía y madame Zia-Bey, el ministro de Suecia, el de Noruega, el de los Países Bajos y Mme. Van-Royen; el agregado militar de la Embajada de Austria y la condesa Dzieduszycki; el barón y la baronesa Gudenus; el conde Bassewitz; el comandante Kalle, y otros diplomáticos alemanes; nuestro ex embajador en el Quirinal, Sr. Piña, nuestro ex embajador en Viena, conde de Paredes de Nava; el consejero de la Embajada Argentina, Sr. Moreno; el primer introductor de embajadores, conde de Velle, y muchos otros.

Los Príncipes de Fürstenberg atendieron a todos con amabilidad y sencillez, que es la nota característica de tan ilustres diplomáticos.

Srta. Amparo Quiroga y Navia Osorio.

Fot: Kaulak.

La señorita de Quiroga y Navia Osorio y don Jorge Quiroga.

AMPARITO Quiroga y Navia Osorio se ha casado ayer. Amparito Quiroga, sobrina-ahijada—casi una hija—de los Sres. de Bermúdez de Castro, tan querida ella y tan queridos sus tíos en la sociedad madrileña, ha celebrado ayer tarde su matrimonio con el Sr. D. Jorge Quiroga y García del Hoyo, sobrino de la ilustre condesa de Pardo Bazán. El elegante hotel de la calle de Lista se vistió de gala. Por todas partes rosas y claveles y lilas blancas y jacintos y guirnaldas de azahar... Las jambas de las puertas desaparecían bajo la yedra sembrada de jazmines; en los tibores de antiguas porcelanas florecían las camelias; en el altar, entre altivas palmeras, se alzaba la imagen de la Virgen coronada de azahares, aureolada de luz...

Y ante la figura venerable del Padre Anaya—que pronunció una sentida plática—llegaron los novios; ella, vistiendo su nupcial vestido blanco con antiguos encajes, del brazo de su padrino, D. Ricardo Bermúdez de Castro, que quiso festejar en el día de su santo la boda de su sobrina; él dando el suyo a su madre y madrina la señora de Quiroga, y detrás los testigos: el general Cavalcanti, el marqués de Ferreras y D. Gerardo Bermúdez de Castro, por parte de la desposada, y por la de él, el ex ministro marqués de Figueroa y los condes de la Torre de Cela y de Taboada.

En aquellos salones, tantas veces abiertos a lindas fiestas, se reunió ayer una gran parte de la sociedad aristocrática, que presenció la ceremonia del enlace y felicitó cariñosamente a los nuevos esposos.

—Amparito, hija, a ser muy feliz.

—Jorge, amigo nuestro, ahí va un abrazo.

Y después de unos momentos en los que la novia reparte su azahar, y en los que los Sres. de Bermúdez de Castro la miran con una mezcla de alegría y sentimiento, los jóvenes Sres. de Quiroga toman el automóvil en el mismo jardín, y emprenden su viaje al Real Sitio de San Lorenzo, desde donde se trasladarán a Galicia para abrazar al padre de él, que a causa de su dolencia no ha podido venir a Madrid.

El hotel de la calle de Lista quedó, aunque lleno de numerosa concurrencia, casi solo. Faltaba Amparito, ella, la criatura que casi desde que nació lo alegró con sus risas; en él se crió, en el salió al mundo social, en él se ha casado en la tarde de ayer... Pero la soledad de los Sres. de Bermúdez de Castro creemos nosotros que durará poco. Acaso pronto las risas de Amparito llamarán de nuevo en la aristocrática morada. Y acaso sea ella el feliz hogar del nuevo matrimonio.

* * *

Recordamos algunos nombres de las damas que asistieron a la boda y vamos a consignarlos con mucho gusto. Hélos aquí.

Duquesas de Santa Lucía, Tarancón, Baena, Tovar, Seo de Urgel.

Marquesas de Quirós, Onteiro, Guevara, Santa Cristina, Pidal, Bondad Real, Tamarit, Aranda, Guad-el-Jelú, Caicedo, Ribera.

Condesas de Pardo Bazán, Casa Valencia, Aguilar, Sizzo Noris, Caudilla, Torre Cela, Esteban Collantes, Almodóvar, Maceda, Real Piedad, Guendulain, Vizcondesas de Roda, Garci-Grande, Fefiñanes y Castillo de Genovés.

Baronesa viuda del Castillo de Chirel.

Señoras y señoritas de Quiroga, Quiroga y Navia Osorio (hermana de la novia), Quiroga y Pardo Bazán, Alcázar y Roca de Togores, Díez de Ribera, Piñan, Moreno y Ossorio, La Rúa, Chaves y Lemery, Jordán de Urríes, Díez Martein Liniers, Belestá, Sánchez Arjona, Areces, Pidal, Baüer, Suárez, Núñez de Prado, Cavalcanti, Alcalá Galiano, Cavanilles, Sangro, Algorta, Cárdenas, Echagüe, Despujol, Liniers, Muguiro.

Todos los invitados fueron obsequiados espléndidamente.

Concierto y baile.

Cuando la ilustre condesa de Maceda abandonase anoche los salones del Ritz seguramente en su alma llevaría el contento del éxito. Con sus compañeras de Junta, con esas otras damas buenas y caritativas que con ellas forman las sección de señoras de la Cruz Roja del distrito de la Universidad, había organizado la fiesta brillante que ayer tuvo feliz realización; y al examinar el triunfo obtenido, al contar la suma recaudada—unas once mil pesetas—, al recibir las enhorabuenas de todos los concurrentes, que todos se las ofrecieron del modo más sincero, ella pudo exclamar, como madame de Lacourchete:

—He triunfado.

La Cruz Roja española, esa admirable institución, a la que tantas veces hemos entonado un canto de amor, tuvo ayer una de sus mejores fiestas. Por eso nosotros, antes de detallarla, antes de consignar el concierto y la concurrencia, queremos enviar nuestra felicitación a las organizadoras del festival, a esa Junta de damas que tan gallardamente ha sabido dar pruebas de su actividad y de su entusiasmo, secundando la regia iniciativa de nuestra bella Soberana; a esa Comisión—decimos—, de la que forman parte la ilustre condesa de Maceda, como vicepresidenta—en funciones de presidenta por ausencia de S. A. R. la Infanta D.ª Beatriz—; la Sra. de Ruata, como secretaria; la Sra. de Abella, como tesorera, y como vocales, las duquesas de

Arévalo del Rey y Unión de Cuba; las marquesas de Moctezuma, Marbais, Caicedo y Somosancho; las condesas de Vilches y de Romilla; la vizcondesa de Fefiñanes, y las Sras. de Dato, Muñiz, Baüer, Santamaría y Sánchez de Linares, la que de soltera fué Paquita Melgar, una de las más entusiastas de la Cruz Roja, y que ayer lucía junto a su medalla de dama enfermera la cruz de primera clase del Mérito militar, que le fué concedida por sus trabajos en campaña.

* * *

Fué en el *hall* del Ritz, ante la estatua de la Diana Cazadora, entre las altivas palmeras que formaban en lo alto doseles de esmeralda, donde se alzó el escenario para la parte de concierto; fué en la planta baja del *hall* donde se instalaron los sillones para los Reyes e Infantes y las sillas para las damas de la Reina; fué en la parte alta en la que se agolpaba la aristocrática concurrencia, y era allí, en el salón de baile, donde los Boldi aguardaban el momento de lanzar al aire sus acordes maravillosos para encanto de la juventud.

La animación era extraordinaria; la concurrencia, selectísima; las conversaciones formaban delicioso rumor... Mas de pronto se hace el silencio porque se oyen los acordes de la marcha Real.

Era que los Reyes y los Infantes llegaban al hotel.

* * *

¿Cómo no asistir la familia Real, tan buena, a una fiesta en beneficio de la Cruz Roja?

Por eso la Junta de damas se reunió puntual para recibirla, presidida por la condesa de Maceda, sobre cuya «toilette» de seda negra resaltaba el lazo rojo de dama de la Reina y, junto a él, la insignia de la roja cruz del Consuelo.

También recibió a Sus Majestades y Altezas el ministro de la Guerra, Sr. La Cierva.

Abrió paso la concurrencia. Cruzó el Rey, cruzó la Reina, acompañada por la duquesa de San Carlos y el marqués de Viana; cruzó la Reina doña María Cristina, seguida de la duquesa de la Conquista y el Príncipe Pío de Saboya; cruzó la Infanta doña Isabel, que llevaba

como dama de guardia a la Srta. Margot Beltrán de Lis, y cruzaron, por último, el Infante D. Fernando y la duquesa de Talavera, que acudieron sin séquito.

Y una vez que ocuparon sus puestos, descorriéronse las rojas cortinas de terciopelo galonadas de oro.

* * *

Costa, Terán, Terán, Costa. ¿Cuál el primero?

Los dos admirables concertistas, Terán en el piano y Costa en el violín, inauguraron con sus acordes mágicos el concierto. Escuchamos la «Pastoral» y el «Capricho», de Scarlatti, y los «Requiebros», de Granados. ¡Bravo, bravísimo!

Después, Nati, la bilbaínita, aromó con sus bailes aéreos—digámoslo así—el pequeño escenario. ¡Admirable!

Más tarde, la Sra. Besanzoni, la célebre diva del Real, que hemos reputado como una de las mejores «Cármenes» que hemos oído, cantó una romanza de la *Gioconda*, de Ponchielli, y el «Voglio amorti», de Tosti. ¡Qué hermosa voz la de esta bella diva!

Luego, el tenor Schipa—un ruiseñor del canto—entonó maravillosamente el «Marechiare», de Tosti, y varias canciones españolas de Albéniz y Granados.

Seguidamente la Sra. Gall, a quien festejamos anteanoche en *Tosca* en la escena del teatro de la ópera, cantó el «Clair de lune», de Galoueltaure; las «Rosées», de Henry Busser, y «La fille aux cheveux de lin», de Paladiche.

Y, por último, María Esparza, la gentilísima bailarina que tantas veces ha hecho unir nuestras manos en aplauso de admiración, paseó su figura menuda sobre los claveles que cubrían el tablado, y bailó con su arte inimitable, con su delicada elegancia, lo más escogido de su repertorio.

No hemos de consignar si para todos hubo aplausos. Los hubo con frecuencia, con abundancia, cariñosísimos, entusiastas. Alguien dijo:

—¡Porqué se habrá acabado ya!

Y tenía razón.

Y los artistas, estos celebrados artistas que tan generosamente

tomaron parte en la fiesta, como los maestros Saco del Valle y Romero, se consideraban satisfechos con haber prestado su concurso a la fiesta.

Pero aun así, la condesa de Maceda, en nombre de toda la Junta, puso en manos de cada uno un pequeño recuerdo del día de ayer.

* * *

En uno de los intermedios, y en el saloncito de estilo inglés llamado del Club, se sirvió el té para los Reyes e Infantes y alta servidumbre. ¡Qué contento el que sentía la Reina Victoria ante el éxito del festival! ¡Ella, que tanto y tanto se interesa por la Cruz Roja!

En el comedor se dispusieron las mesas para los concurrentes. No quedó ni una desocupada. Presentaba un brillante aspecto.

Y una vez acabada la merienda, la familia Real y los invitados se trasladaron al salón de baile.

Dijérase que creció de punto la animación y se diría verdad. Entonaron los Boldi sus valses, sus «fox trop», sus «one step»... ¡Oh, qué deliciosas parejitas las que hacían resbalar sus pies sobre el «parquet»!

En un momento no se escucharon los acordes del baile. Resonaron los de la marcha Real, los de la marcha de Infantes.

—Los Reyes se van.

Y todo el mundo se puso en pie, saludó reverencioso y despidió cariñosamente a Sus Majestades y Altezas. Y Reyes e Infantes hicieron presente a la condesa de Maceda y a toda la Junta su efusiva felicitación.

—Han tenido ustedes un gran éxito.

Y así era, en efecto.

* * *

¿Podremos detallar toda la concurrencia? Desde luego, afirmamos que no. Pero sí consignaremos los nombres de muchas damas. Entre otras, asistieron: las Princesas de Fürstenberg, Ratibor y Pío de Saboya.

Duquesas de Sessa, Tetuán, Montellano, Pinohermoso, Plasencia, Canalejas, Medina de Ríoseco, Santa Elena y Victoria.

Marquesas de Ahumada, Espinardo, Argüelles, Valdeiglesias, Salar, Bermejillo del Rey, Villadarias, Mohernando, Prado Ameno, Prado Alegre, Torrelaguna, Aranda, Puebla de Rocamora, Caicedo, Ferreras, Frontera, Portago, Ribera, Casa-Real, Bóveda de Limia, San Adrián, Mérito, Romana, Torralba, Baztán, Cayo del Rey, Santa Cristina, Onteiro, Guimarey.

Condesas de Cabarrús, Alcubierre, Limpias, La Corte, Villamonte, Buena Esperanza, Saceda, Quinta de la Enjarada, Torre de Cela, Heredia-Spínola, Romanones, Velle, Corbos, Catres, Caudilla, Castilleja, Cerragería, San Félix, Cartayna, Fuente-Blanca, Vistaflorida.

Vizcondesa de San Antonio.

Baronesas de Velli y viuda del Castillo de Chirel.

Lady Hardinge.

Señoras y señoritas de Estelat, con su hija María; Hornedo, Sanchís, viuda De Río, Sanford, Parache, Benoit, Peláez, Montenegro, Cejuela, Fernández de Heredia, Corradi y su hija Isabel; Zancada y su hermana; Catalán (D. Antonio), Laiglesia (D. E.), Díaz, Canthal, Díaz Ordóñez, Urrutia, Alonso y de Gaviria, Bermúdez de Castro, Stefaniai, Orfila, Bernaldo de Quirós, Bermejillo, Mazorra, Mille, Oruña, Despujol, Benítez, Reynoso, Piñán, Núñez de Prado, Collantes, Lombillo, Martín y Aguilera, Oliva de Gaytán, Pérez Seoane, Squella, Téllez Girón y Fernández de Córdoba, Borbón, Icaza, León, Muguiro, Nardiz, Luque, Santa Marina, Mendoza, Castro, Despujol, viuda de Despujol, Goicorrotea, Pérez del Pulgar, Herrero, Osma, O'Donnell, Le Motheux-Bourbaki, Travesedo, Sanz, Chaves y Lemery, Sánchez de Tirado, Frígola, La Cierva, Pérez del Pulgar, Falcó, López de Carrizosa, Rodríguez de Rivas, Márquez de la Plata, Castellanos, Gordon de Wardhousse, Carvajal, Campuzano, Figueras, Perales, Escobar y Kirpatrik, San Miguel, Martínez de Campos, García Prieto, Areces, Osorio de Moscoso y muchas más.

Del sexo fuerte, una nutrida y brillante representación.

Fué, en suma, la fiesta de ayer una de las mas brillantes celebradas.

¡Viva la Cruz Roja!

Un concierto y un baile improvisados.

PARA una parte de la sociedad aristocrática fué muy animada la tarde de ayer, aunque las reuniones celebradas fueron de las que se dicen en «petit comité», no exentas, por eso, de brillantez. Alguna, como la que tuvo lugar en casa de la señora de Mille, fué realmente improvisada. La amable dama preside la Junta de señoras de la Cruz Roja del distrito de la Inclusa, y ayer reunió a sus compañeras para celebrar sesión. Y una vez que se hubo celebrado y que se sirvió el té, una angelical criatura—Carmencita Alvarez, discípula aventajada del eminente maestro Tragó—se sentó al piano, y con una maestría impropia de sus diez años ejecutó un selecto concierto. Después... a los acordes del piano sucedieron las notas admirables de una voz de exquisito timbre, de fácil emisión, que, como antes a la pianista, nos hizo ofrecer nuestros aplausos a la cantante, cuyo nombre recae en una bellísima dama, acaso no española y acaso diplomática. Digámoslo: la señora de Fonseca.

Entre las reunidas figuraban la marquesa de Valdefuentes, la condesa de la Quinta de la Enjarada, la marquesa de Portago, la dama particular de la Reina Victoria, señorita de Heredia; la señora viuda de Reynoso y su hija Pepita; la marquesa de la Frontera y su hija la señorita de Marín; las señoras de Oruña, Despujol, viuda de Peláez, Vázquez Zafra, Semprún y sus hijas; la condesa de Limpias, la marquesa de Urrea, la vizcondesa de Eza, las señoras de Pérez del Pulgar

y su hija, Ezpeleta Varela y la señora de Fonseca, esposa del secretario del Brasil, y su madre.

Estaba también el almirante marqués de Pilares, el barón de la Vega de Hoz, el general Topete, los Sres. Varela, Oruña y Silvela y el marqués de Urrea.

Los señores de Mille atendieron amablemente a sus amigos. Y no faltaron algunas mesas de tresillo y de «bridge».

* * *

En otra casa elegante del barrio de Salamanca, cuyos dueños son un joven matrimonio muy querido en sociedad—los señores de Urrutia—, hubo también ayer tarde una deliciosa reunión. Podemos decir, sin faltar a la verdad, que, como la de los señores de Mille, fué improvisada.

—María—le dijeron por la mañana telefónicamente a la dueña de la casa, una bellísima sevillana—, ¿estarás esta tarde en casa? Querríamos verte.

Y la señora de la casa se quedó en la suya, y a ella acudieron unas cuantas de sus amistades.

—Si nos dejaras bailar un ratito...—díjole la gente joven.

Y la bellísima dama, que es joven también, contestó:

—Si es vuestro gusto...

Total: que sonaron los valses y los «fox» y los «ones», y que pronto fué aquello un baile animadísimo que duró hasta las ocho y media de la noche.

—¡Uy! Las ocho y media. Y tenemos que ir al Real...

Entre las damas que asistieron figuraban la marquesa de Canales de Chozas, las Srtas. de Urrutia, la Sra. de Melgar (D. José Nicolás), la Sra. de Salcedo, la condesa de Floridablanca, la de Buena Esperanza y sus hijas, la Sra. de Moreno y Osorio, la condesa de Bugallal y sus dos hijas, la condesa de Campo-Alange, la marquesa de Guadalcázar, la condesa de los Corbos, las Srtas. de Piedras Albas, la duquesa de Medina de Rioseco, las Srtas. de Tovar y Bermejillo, la condesa de Villamonte, la Sra. de Squella, la marquesa de Ahumada, la Sra. de Canthal, la duquesa de Aveyro y sus hijas, la marquesa de Perijáa, la Sra. de Díaz, la Srta. de Collantes, la Sra. y Srta. de Orfila.

Se sirvió un espléndido té.

El Carnaval en los salones. — Los "asaltos„ de ayer.

ESCUCHANDO los ecos alegres del Carnaval y el gorjeo de mil mascaritas que cruzan por mi calle, me pongo a escribir estas cuartillas en la clara y dulce mañana del día de hoy. No tendrán queja los carnavaleros. ¡Buen día el de ayer, y vaya si ha amanecido hermoso el de hoy !Así, muchos jóvenes cubrieron sus cuerpos con disfraces y sus rostros con el consabido antifaz, y salieron a la calle dispuestos a embromar al primero que se les presentara por delante. ¡Florida edad la de la juventud!

En los salones tuvo también su eco el Carnaval de un modo brillante. Pudo tenerlo más animado, ciertamente, porque se anunciaban algunas fiestas que luego hubieron de suspenderse: el baile en el palacio de la condesa de Alcubierre, por ejemplo, suspendido con motivo de la muerte de la Srta. de Perales. Pero aun así, en los salones aristocráticos se ha divertido la juventud con las fiestas en ellos improvisadas.

Porque «asaltos», verdaderos «asaltos» han sido los bailes celebrados. Ayer tarde, después del paseo, un grupo de aristocráticas mascaritas se dirigió a casa de la Sra. de Márquez de la Plata, invadiendo prontamente los elegantes salones de la calle de Velázquez. La Sra. de Márquez de la Plata, tan amable, las recibió encantada. Se encendieron todos los salones, se preparó un gran refresco y sonaron los acordes de la música y... a bailar. En un momento se organizó la fiesta.

Nosotros, aunque no de mascarita, acertamos también a ir a saludar a la bella dama, a su esposo, a su hijo... Y pudimos ver el pintoresco aspecto del salón, de los salones...

¿Qué cuerpecito cubre aquel hermoso mantón verde esmeralda bordado en grandes rosas? ¡Ah! Sí, ya lo veo. Es el cuerpecito de Mavita García Prieto. Aquella deliciosa «carta de baraja francesa» es la marquesita de Espinardo; aquella gentil «noruega» es la Srta. de Osorio de Moscoso, hija del duque de Maqueda; aquella «holandesa» encantadora es Quinita Despujol; aquella «cuáquera» y aquella «chulapona» son Josefina y Lolita Melgar, las dos hijas del marqués de San Juan de Piedras Albas; aquella «zíngara» es la Srta. de García Lomas.

Sigue tocando la música y siguen bailando las parejas.

¿Con quién baila Monsita Castro, cuya figura la cubren las vestiduras de una gitana? Pues baila con el joven conde de Arcentales, que viste de «italiana», con un bello traje que se mandó hacer su ilustre madre durante su estancia en Roma. La Srta. de Velasco, hija de la marquesa de Velasco, que es otra «gitana» bellísima, baila con el marqués de San Dionís, que viste de «pierrot» negro y grana.

Ante nuestra vista siguen desfilando gentiles mascaritas: las tres hijas de los vizcondes de Amaya, que visten de holandesa, de gitana y de valenciana; las dos Srtas. de Silió, que visten de napolitana y de «Manon»; la Srta. de Lazúrtegui, que va de «cuáquera»; las dos señoritas de Illana, que van de holandesa y de húngara.

Las personas mayores formaron corro aparte y disfrutaron también viendo a sus hijos.

Y los Sres. de Márquez de la Plata encantados con que tanta belleza juvenil hubiese acudido a alegrar su casa.

* * *

Por la noche, otro delicioso grupo juvenil se dió cita en un lindo hotel de la Castellana. En medio de la penumbra de la noche cruzaron los «citados» el jardín y se reunieron en un salón de la morada.

—¿Estamos todos?

—Estamos.

—Pues en marcha.

«Asalto» en casa de los Sres. de Márquez de la Plata.

Y las mascaritas tomaron de nuevo sus coches y se dirigieron Castellana arriba.

Mientras tanto, una voz bondadosa llamó por teléfono a la antigua «huerta» de Cánovas.

—Marquesa—díjole a la de Argüelles—. En este momento caminan hacia su casa muchas de sus amiguitas de usted vestidas primorosamente.

—Pero ¡cómo! ¿Es posible? ¡Si no sé nada!

—Han dicho que quieren sorprenderla, asaltarla...

—Muchas gracias, muchas gracias.

Y la marquesa de Argüelles, amabilísima, activísima, comenzó a dar órdenes. ¿Cómo no recibirlas? No podía ser. Se acercó al teléfono

—Que vengan los Boldi inmediatamente, si ello es posible. Me ocurre esto.—Y contó lo que le preparaban.

Mandó preparar una cena espléndida; hizo servir en la «serre» un refresco exquisito; ordenó reforzar la calefacción; dispuso que se encendiese toda la parte baja del palacio... y cuando llegaron los «asaltantes» el «tren» de fiesta era completo. A la puerta de su primer salón se dispuso a recibir a sus amigos, luciendo una elegantísima «toilette» de terciopelo esmeralda bordada en brillantes.

¡Qué efecto, lectores, el de aquella «loggia» o galería, en la que se alzaban gentiles las palmeras; las guirnaldas de luz, salpicando las otras de yedra, dibujaban las jambas de las puertas y los arcos del adorno! ¡Qué efecto el de aquella «serre», con sus marmóreas estatuas y sus altivos surtidores y sus plantas exuberantes! ¡Qué efecto el de aquel comedor, rebosante de plata repujada, que refulgía sobre el damasco rojo antiguo que tapizan sus muros. Bien se ve que la mano de la marquesa de Argüelles, amable y gentil, dirige y ordena los menores detalles.

Pues bien; todo lucía esplendoroso cuando el alegre vocerío llegó al palacio y se detuvieron los carruajes ante la escalinata de piedra, que anoche se ocultaba bajo la aterciopelada alfombra grana; todo lucía magnífico cuando las mascaritas llegaron al salón de baile—la «loggia» o galería—, y allá en el fondo se destacaban, tras un macizo de palmeras, las rojas casacas de los zíngaros.

Comenzaron a bailar. Y nosotros comenzamos a recrear nuestra vista ante el pintoresco desfile.

La baronesa de Velli—María Bernaldo de Quirós y Argüelles—vestía de «curandera gitana», ese traje pintado «degradé» que viste Pastora Imperio cuando canta la canción de la curandera aludida. Un primor.

Mavita García Prieto, hija del presidente del Consejo de ministros, vestía con gracia y donaire singulares ese otro traje gitanesco y «cañí» que la misma gran Pastora luce en su ya famoso «cuplé» de «La Fachendosa». Es de varios volantes de crepé de china estampado en colores. Cubre su cuerpo con un pañuelo de talle bordado en sedas. Lleva collar de corales, pulsera de cristal de colores y sobre los cabellos negros de Mavita resaltan el verde y rojo de sus peinecillos gitanos.

¡Buena idea la de estas dos aristocráticas señoritas escogiendo para sus disfraces los trajes de la Imperio, que la gran Pastora cedió encantada para que se paseasen por el salón de baile del gran palacio, como se pasean triunfadores sobre la escena de los escenarios, que ella ilumina con el poderío de su arte!

Sobre la figura de Ignacia Bernaldo de Quirós y Argüelles caía la blanca túnica de doña Beatriz en *Locura de amor*; sobre la de la señora de Díaz-Ordóñez—también hija de los marqueses de Argüelles—, la de doña Inés de Castro.

De «holandesa», con su blanca cofia cubriendo su cabeza, vestía la marquesa de Vista Alegre; de «chula», con mucho «aquel» y mucha gracia, la Sra. de Torroba, hija del marqués de los Altares; de «Carlota Corday»—época de la Revolución francesa—, la gentil Carmencita Cuesta.

La Sra. de Urrutia—¡vaya si estaba guapa!—vestía de «gitana», con falda de volantes de cretona rameada; sus sobrinas Lolita y Carmen, de «valenciana»—blanco rameado bordado en lentejuelas—y de «Manon». De «Manon» también—con su abullonada falda de seda azul—la Srta. Elena González Alvarez.

Viste de «cuáquera» la Srta. de Suárez Inclán—¿hemos de decir si es guapa, habiendo dicho ya que es una Suárez Inclán?—; de «aldeana inglesa»—un primor—, la Srta. Obdulia Turnes; de «aldeana portuguesa», la Sra. de Cejuela; de «maja chispera», María Luisa Orfila; de «chula», con espléndido mantón de Manila, la Sra. de Catalán, una bellísima argentina; de «holandesa», la Srta. de San Juan de Piedras Albas, Lolita Melgar.

De «charra», con rico traje típico del país y espléndidas arracadas, viste la marquesa de Selva-Alegre; de época del Imperio, pero cruzando su cuerpo con espléndido mantón de Manila, la Srta. de Mendoza, hija de los condes de la Corte; de «gitana» una y cubriendo su cuerpo otra con vistoso mantón de Manila, van las dos hijas de la condesa de Buena Esperanza, Amparo y Baby; de «apache», negro y verde, la Srta. de Despujol.

Aquella «japonesa» bellísima es la Sra. de Cuesta, y aquella «silphyde» es su hermana, la Srta. de Bianchi; negro bordado en grana y blanco bordado en azul son los mantones con que pretenden cubrir la gentileza de sus talles las Srtas. Rosario y Pura Hornachuelos, hija de la duquesa viuda de este título; de «gitana» de pura cepa, con espléndido mantón y alta peineta, la Sra. de Calderón; de «rumana», con su falda de flecos y aprisionando sus negros cabellos con rojo pañuelo, viste la marquesita de Espinardo.

Carmen Bermejillo—hija de los marqueses de Bermejillo del Rey—reproduce exactamente una «Menina», de Velázquez, y Mercedes Bernaldo de Quirós, hija de D. Carlos Bernaldo de Quirós, copia con fidelidad el retrato de «La maja de Goya».

Estaban también la Sra. de Luque (D. Ernesto), la de Melgar (don Nicolás), la condesa de Buena Esperanza, la duquesa de Medina de Ríoseco, la Sra. de Saro, la de Benítez, la de Nardiz, la de Cuesta, la de Canthal.

También estaban la condesa viuda de Arcentales, la marquesa de Bermejillo del Rey, la de la Hinojosa, la condesa de Villamonte, las Sras. de Linares Rivas, generala Luque, Vázquez de Zafra, Despujol, Oruña, la Srta. de Reynoso... Y del sexo fuerte, una brillante representación.

Fiesta tan linda duró hasta las cinco de la madrugada, hora en que los carruajes atravesaron de nuevo el jardín magnífico de la espléndida residencia.

La Sra. D.ª Carmen Torres de Moreno y Osorio.

Fot. Franzen.

Un baile de "apaches„ y un "asalto„

Entre las fiestas mas animadas del Carnaval aristocrático ha de figurar brillantemente el baile celebrado en la tarde de ayer en casa de los señores de Moreno y Osorio. Los señores de Moreno y Osorio, tan amables, accediendo al deseo de la juventud, abrieron sus salones—muy elegantes, muy alegres—y ofrecieron una linda fiesta todo agrado, todo delicia.

¿Fué un baile de trajes? No, porque todas las señoritas acudieron vistiendo el mismo disfraz; fué un baile de «apaches», ya que éste fué el escogido por las aristocráticas invitadas del distinguido matrimonio. Y a decir verdad, si todos los «apaches» fueran como los que vimos ayer en los salones de la calle de Velázquez, bailando alegremente a los acordes rítmicos de la música, cosa sería—lo afirmamos—de dejar de ser lo que somos para unirnos a tan encantadora compañía, ya que encanto, lejos de temor, era lo que inspiraban.

¿Cómo no sentirse atraídos ante la morena belleza de la Srta. de García Prieto, hija del presidente del Consejo de ministros; o de la marquesita de Espinardo, hija de la condesa de Alcubierre; o de las Srtas. de Saavedra y Marín, hijas de la marquesa de la Frontera; o de las Srtas. de Melgar, hijas del marqués de San Juan de Piedras Albas, o de las Srtas. de Sangro? Realzaban su belleza con los sencillos primores de su disfraz: la faldita negra, el pañuelito rojo o verde; luego, junto a su talle, bien aprisionado al parecer, pero pronto a dejar su sitio para emprender acometida, el puñal o el revólver...

Pero no fueron el revólver ni el puñal los que acometieron ayer; fueron los ojos de tanta linda mujercita los que más «víctimas» causaron. Por eso, mientras la música tocaba en aquel saloncito-rotonda, en el que luce como joya recostada en artístico caballete un soberbio cuadro de Lucas, y la juventud bailaba sin descanso, oímos nosotros que un apuesto galán recitaba al oído de su «apache» lindísima:

No es el puñal de tu talle
el que hiere o el que mata,
sino esos otros puñales
que Dios te puso en la cara.

¿Cómo no sentirse atraídos ante aquellas dos parejitas deliciosas de aristocráticas criaturas, a las que todos los bailarines dejaban paso? Eran ellas dos hijas, pequeñas aún, de los dueños de la casa, Carmencita y Milagros; eran ellos dos hijos de los marqueses de Argüeso, Fernando, que vestía de paje veneciano del siglo XV, y Luis, que con su traje de negro terciopelo y su blonda cabellera rubia, copiaba un personaje de la época de Velázquez, recordando, acaso, a un ilustre antepasado suyo, quizás a un marqués de Ariza, de la Casa del Infantado.

El efecto era pintoresco, animadísimo, brillante. Y la concurrencia de «apaches», numerosísima también. En el conjunto bullicioso de tanta mascarita gentil vimos a las Srtas. de Carvajal, hijas de los duques de Aveyro; a las dos de la duquesa de Arévalo del Rey; a la duquesita de Rivas, cuyo título evoca grandezas literarias españolas; a las duquesitas de Soma y Terranova y condesita de Cardona; a la Srta. de Escobar y Kirpatrick, hija de los marqueses de Valdeiglesias; a la Srta. de Ximénez de Sandoval, hija de los marqueses de la Ribera; a las de Alonso y de Gaviria—Amparo y Baby—, hijas de la condesa de Buena Esperanza; a las Srtas. de Osma, hijas de la condesa viuda de Vistaflorida; a la Srta. de Frígola, hija de la baronesa del Castillo de Chirel; a las de Orellana y Jordán de Urríes y Ulloa, hijas de los vizcondes de Amaya y de Roda; a Quinita Despujol, a las Srtas. de Monjardín, Suárez, Illana, Aguilar, Riscal, Barroeta, Lazúrtegui, condesita de Saceda, Monsita Castro... ¡qué sé yo cuántas más que escapan ahora a mi memoria!

Estaban también las duquesas de Aveyro, Arévalo del Rey, viuda

de Terranova y Medina de Ríoseco; marquesas de la Puebla de Rocamora, Frontera, Laguna, Olivares, Valdeiglesias, Ribera, Argüeso, Guad-el-Jelú, Perijáa, Ahumada; condesas de Alcubierre, Arcentales, Fuente Blanca, Sizzo-Noris, Buena Esperanza, Vistaflorida, Torre de Cela, Pardo Bazán, Limpias, Villamonte; baronesa viuda del Castillo de Chirel; vizcondesas de Amaya, Eza y Roda; Sras. de Cavalcanti, Sangro, Urrutia, Elio, Areces, Lombillo, Torrado, Calderón Ozores, Despujol, Chávarri, Saavedra, R. Codes, Monjardín, Suárez, viuda de Suárez, Gamero Cívico, Márquez de la Plata, Agrela, Illana, Lazártegui, Gil Becerril, Bermúdez de Castro, Canthal, Vázquez de Zafra, Bascaran, Portillo, Martín y Aguilera; Srta. de Quiroga, y muchas más.

Del sexo fuerte hubo asimismo lucidísima representación, y algunos, como el marqués de San Dionís y D. José Pérez de Guzmán, acudieron vistiendo trajes de máscara. D. José Pérez de Guzmán—hijo de los duques de T'Serclaes—tuvo un gran «succés». Y lo mismo puede decirse de aquel capuchón de raso negro que anduvo por los salones saludando a todos y haciendo brillar un fácil ingenio y unas felices ocurrencias. No dijo quién era. Ni siquiera se dejó traslucir. Pero alguien indicó la posibilidad de que bajo el antifaz y el capuchón se ocultase un joven muy conocido en sociedad e hijo de unos Grandes de España muy queridos, marqueses, por más señas, y domiciliados por el barrio de Ferraz, Mendizábal o Tutor...

La tarde se pasó muy feliz. Los honores, muy amablemente hechos. Y los invitados, que fueron obsequiados con esplendidez, agradeciendo mucho a los Sres. de Moreno y Osorio el baile que les habían brindado.

Nosotros, también, al abandonar aquella casa, sentimos el fin de la fiesta. Y recordando a Jorge Manrique, recitamos:

¡Qué presto se va el placer!

* * *

En el palacio de los duques de Montellano hubo también una pequeña fiesta.

Fué un «asalto» en toda regla, contando las invasoras con la complicidad de Palomita Falcó.

Puestas de acuerdo, disfrazáronse con elegantes dominós y negros antifaces, y a la hora convenida invadieron bulliciosamente la artística residencia, sorprendiendo a sus dueños.

No tardaron en iluminarse los salones.

Las muchachas, capitaneadas por la Srta. de Montellano, tomaron posesión del de baile; alguien, entonces, se sentó al piano, y comenzó el primer «fox trot».

Desde este instante no se interrumpió un momento el baile, mientras las parejas, todas disfrazadas, se daban graciosas bromas, que hacían doblemente divertida la improvisada fiesta.

En punto de las doce, cuando iba a comenzar el santo tiempo de Cuaresma, cayeron los antifaces, dejando al descubierto los lindos rostros de las asaltantes, que eran la condesa de San Martín de Hoyos, la marquesa de San Vicente del Barco, Rosario Agrela, Piedad Iturbe, la condesa de Buenavista de la Victoria, la marquesa de Villaviciosa y su hermana la condesa de Torrehermosa, las dos Srtas. de Hurtado de Amézaga y la de Castellanos.

También asistieron las duquesas de Plasencia, Ahumada, viuda de Sotomayor, Parcent y Aliaga; príncesa Pío de Saboya, marquesas de Viana, Ivanrey, Romana y Argüeso; condesas de Agrela y San Félix, y Sra. de Mitjans.

Los duques de Montellano obsequiaron a las invasoras con un exquisito chocolate.

* * *

También ha habido otro baile de trajes muy animado y muy brillante en el hotel de los marqueses de Valdeiglesias.

El marqués de Santa Genoveva y la marquesa de Casa-Argudín.

Ha muerto ayer el marqués de Santa Genoveva.

No hace muchos días veíasele en los salones de la Peña, andando despacito, como quien disimula el peso de los años, pero erguido como en sus buenos tiempos de oficial de coraceros; la figura marcial del que fué excelentísimo jinete no había perdido en el ilustre anciano aquel aspecto militar que denuncia la profesión, aunque se oculte bajo el traje de paisano.

El marqués de Santa Genoveva puso su vida toda al servicio de la Monarquía, fué gentilhombre de la Reina doña Isabel, ayudante de don Alfonso XII, y en la actualidad era guardajoyas de la Reina María Cristina, cerca de cuya augusta señora prestaba el servicio diario de guardia durante las horas de audiencia.

Era el difunto marqués un verdadero caballero de cortesía extremada y de ameno trato, como quien ha vivido mucho y ha visto mucho. Aunque alejado del Ejército por su situación de retirado, conservaba intensa afición a las cosas militares y seguía con interés la evolución de nuestras costumbres, sin que su proverbial bondad encontrara justificación en lo de que cualquiera tiempo pasado fué mejor.

El finado estaba en posesión de varias cruces extranjeras y nacionales, entre ellas la militar de San Fernando y la Gran Cruz de Isabel la Católica. Era Caballero de la Orden de San Juan de Malta.

Los hijos del finado—condes de la Concepción, María y Luis—han recibido numerosas manifestaciones de pésame.

De las primeras han sido las de los Reyes, Reina Cristina y los Infantes, que han sentido mucho la muerte del marqués de Santa Genoveva, al que profesaban gran estimación.

Nosotros también nos unimos a todas esas manifestaciones de duelo.

* * *

En la mañana de hoy ha fallecido la Sra. D.ª María del Valle y Juliá, marquesa de Casa-Argudín, dama que en la sociedad madrileña y en la de Biarritz, en cuya ciudad solía pasar grandes temporadas, contaba con muchos afectos.

Pertenecía a conocida familia cubana y estaba casada con D. Antonio Suárez de Argudín, marqués de Casa-Argudín, de cuyo matrimonio sólo queda una hija, D.ª María, casada con D. Antonio Cruzat y González Estéfani.

Su muerte ha sido muy sentida.

A toda su familia enviamos nuestro pésame muy sentido.

El marqués de Guerra, Vizconde de Arteaga.

Fot. Kaulak.

El marqués de Guerra, Caballero del Santo Sepulcro.

Con la solemnidad acostumbrada se ha reunido esta tarde en la Iglesia de San Francisco el Grande el capítulo de Caballeros de la ínclita Orden Militar del Santo Sepulcro para cruzar caballero y vestir el hábito de dicha Orden al Sr. D. Enrique de Lara Guerrero Casasola y Marcilla de Teruel-Moctezuma, marqués de Guerra, vizconde de Arteaga.

Ha sido numeroso el Capítulo y numerosa también la concurrencia, y ha tenido la ceremonia toda la severa solemnidad de los cruzamientos.

Ha apadrinado al nuevo Caballero el secretario-canciller de la Orden, D. Luis María Cabello y Lapiedra; le ha vestido el hábito el señor Perales, y el conde de Villaverde la Alta ha llevado la histórica espada de Godofredo.

El ilustre P. Cardona, Obispo de Sión, pro-capellán mayor de Palacio, ha oficiado en el acto, al que han asistido, entre otros Caballeros que no recordamos, los marqueses de Ugena, Albayda, del Valle y Olivart; el general Jiménez, y los Sres. Cendra, Arroyo, Aldama, Alcalde, Carrasco, Rújula, Contreras y Rodríguez de Celis.

El nuevo cruzado ha recibido muchas felicitaciones, repartiendo entre sus amigos lindos sortijeros de la casa Hidalgo, de tisú y cristal, con el emblema de la Orden.

Srta. Ana María Drake y Fernández Durán, hija de los difuntos marqueses de Cañada-Honda.

Fot. Franzen.

Una boda aristocrática.—La función por las víctimas de Guatemala.

Cuando, a las doce y media de la mañana de ayer, penetramos en la artística capilla de las Damas Catequistas, las guirnaldas de luces y los rayos de sol, que se descomponían en los colores del arco iris a través de las artísticas vidrieras, iluminaban por completo el blanco templo. En el fondo se alzaba, áureo, el altar mayor, en medio de un boscaje de palmeras; en lo alto, una cruz de fuego coronaba el presbiterio, y por toda la iglesia se extendían suaves, melodiosos, los acordes del órgano, y después las notas de una voz espléndida, que entonó religiosamente la oración de la Salve.

Asistíamos a una boda. Ante la figura del sacerdote D. Félix del Campo se arrodillaban los novios: ella, la gentilísima Srta. Ana María Drake y Fernández Durán, hija de los difuntos marqueses de Cañada Honda, realzando con sus galas nupciales—blancas como la flor de la inocencia—sus delicados encantos; él, el joven abogado D. Félix Suárez Inclán, hijo del ilustre ex ministro del mismo nombre.

Se escuchó la voz del sacerdote; resonaron sus palabras como las de un himno a la religión y al amor, y poco después, sobre los nuevos desposados dibujó la mano del ministro del Señor la bendición del Sacramento. «Sed muy felices. Que la ventura sea con vosotros. Dios os proteja.»

Y toda la concurrencia que llenaba el templo se unió en sincerísimo deseo a las frases del sacerdote.

Fueron apadrinados los nuevos esposos por la Sra. de Suárez Inclán, madre del novio, y por el marqués de Cañada Honda, hermano de la novia, firmando el acta como testigos, por parte de ella, el duque de Veragua, el marqués de Castro Serna, D. Alvaro de Ulloa y D. Luis, D. Ignacio y D. Manuel Drake—sus hermanos—, este último en nombre del marqués de Perales, a quien la desventura que sufre le impidió asistir al acto; y por parte de él, su hermano D. Antonio, su hermano político D. Enrique La Casa, sus tíos D. Heliodoro y D. Estanislao Suárez Inclán y D. Gabriel Espinosa.

Los novios salieron por la tarde para la finca que en El Espinar posee la familia de la novia. En ella pasarán los días primeros de su luna de miel, que ojalá no se acabe nunca.

La concurrencia fué muy distinguida. Julita Suárez Inclán festejó la boda de su hermano vistiendo por primera vez su traje largo.

* * *

Por la tarde se celebró en el teatro de la Princesa la función a beneficio de las víctimas de los terremotos de Guatemala. El público madrileño, uniéndose al dolor de los hijos de aquella República, respondió con su gentileza de siempre al llamamiento que se le había hecho y llenó palcos y butacas. Pero con ser esto muy bello, porque representa una ayuda económica a los pobres damnificados, aún lo es más pensando lo que representa, pensando que es que el eco del dolor de aquel país ha tenido en éste honda repercusión y noble latido.

Nosotros, que amamos a todas esas Repúblicas, porque no en balde se llaman hijas de España y sus hijos hermanos nuestros, vimos con satisfacción honda el éxito brillante de la función, y aunque en la fiesta nada se habló de Guatemala para no avivar las heridas que abriera la catástrofe, en los corazones de muchos de los que asistieron a ella, nuestros recuerdos fueron para allá en un sentimiento de hermandad.

¿Programa? ¿Cómo no había de encontrar acogida generosa e hidalga una función así en María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que han paseado triunfalmente el estandarte de la escena española por aquellas tierras lejanas? ¿Cómo no había de encontrar generosa acogida una función así en el corazón de Pastora Imperio, que durante

La Sra. D.ª Candelaria A. de Ortega, esposa del ministro de Guatemala.
Cuadro de Eugenio Olivera.

su estancia en América despertó locos entusiasmos? ¿Cómo no encontrar generosa acogida una función así en el poeta D. Juan Antonio Cavestany, cuando aún resuenan en sus memorias los aplausos de los americanos a su inspiración delicada y fecunda.

Así, en aquel escenario, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, los dos insignes actores, para los que van con nuestros aplausos nuestros respetos, representaron con los primores de su arte la comedia, de Tirso de Molina, *El vergonzoso en Palacio*; después el ilustre poeta Cavestany, con voz que velaba ligeramente la dulce emoción de los recuerdos, recitó dos bellísimas composiciones: una, «La esperanza»; otra, el «Origen de la mantilla», y, por último, la gran Pastora Imperio puso brillante término a la fiesta con los primores maravillosos de sus bailes y la gracia singular con que ella dice sus canciones.

María Guerrero lucía en uno de sus brazos un precioso «quetzal» que hubo de regalarle el presidente de Guatemala una noche de su beneficio. Así decía ella:

—¡Qué mejor ocasión para lucir esta joya que ésta de hoy en la que se funden tantos afectos!

Asistieron SS. MM. los Reyes y la Reina doña Cristina y SS. AA. los Infantes D.ª Isabel, D.ª Luisa, D. Carlos, D. Fernando y duquesa de Talavera; el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; la camarera mayor de la Reina Cristina, duquesa de la Conquista; las señoritas de Heredia y Bertrán de Lis y el Príncipe Pío de Saboya.

La duquesa de Medinaceli; duquesa de Montellano y condesa de Agrela y Srtas. de Falcó, de Agrela y de Escandón; Princesa Pío de Saboya; duquesa de Plasencia y marquesas de Ivanrey y de Villavieja; Sra. de Alba y sus hijas políticas; duquesa viuda de Sotomayor, marquesa de Portago, condesa de Buenavista de la Victoria y señoritas de Cabeza de Vaca y Martínez de Irujo; condesa de Casa-Valencia y su hija; Sra. de Campuzano y marquesa de la Ensenada; condesa de Romilla, duquesa de Sotomayor y Srta. Juana Bertrán de Lis; Sras. de Ortega y de Ferradales; embajadora de los Estados Unidos y miss Willard y condesa de Velayos; duquesa de la Victoria, condesa de Maceda, vizcondesa de Fefiñanes y Sra. de Lombillo; marquesas del Baztán y de Martínez Campos con sus hijas; condesa de Alcubierre y marquesita de Espinardo con la marquesa de Valdeiglesias y su hija; Sra. de Muñoz Vargas y Srtas. de Camarasa; duquesa de Me-

dina de Ríoseco, condesa de Peñaranda de Bracamonte y Srta. de Téllez-Girón; duquesa de Lécera y condesa de Crecente con sus hijas; marquesa de Somosancho y su hija y Srta. de Barrenechea.

Condesa de Buena Esperanza con sus hijas y Srta. de Gaviria; señoras de Reynoso y Despujol; Srtas. de Cavestany y Sra. de Zulueta; embajadora de Francia, Mme. Thierry y baronesa Van-der-Elst; duquesa de Parcent, condesa de San Martín de Hoyos y Srta. de Iturbe; Sras. de Semprún y de González-Beltrán; vizcondesa de Portocarrero; marquesa de Santa María de Silvela y Sra. de Roig de la Parra; marquesa de Mohernando, condesa de la Vega de Ren y Srtas. de Osma; Sra. de Le Bretón y Srta. de Llovera; marquesa de Caicedo; marquesas de la Scala y de Chávarri y condesa del Real-Aprecio y Sra. de Lataillade; duquesas de Aliaga y de Almazán y marquesa de San Vicente del Barco; marquesas de Rafal y de Santo Domingo, con sus hijas; Srtas. de Tovar y de Fernández de Villaverde; Sras. de Díaz y de Canthal y condesa de Torrubia; condesa de San Esteban de Cañongo y Sra. de Serrat; señora viuda de Alcalá Galiano y Srta. de Seijas; Mmes. Vieugué, de Vienne, de Brugere, Mlle. Cretziano, Mr. Baring; Sra. de Fonseca; marquesa de Jura Real; duquesa de Tetuán; condesa de San Luis; Sra. de Díaz de Mendoza, Srtas. de O'Donnell, de Pichardo y de Keller, Sras. de Sánchez-Arias, Martos, Reyes, Reynot y otras muchísimas.

Había muchos académicos, políticos y diplomáticos, entre los que recordamos al ex ministro Sr. Alba, a los ministros de Bélgica, Holanda, Japón, consejero y secretarios de la Embajada de Francia, Mr. Hope-Vere, de la de Inglaterra; Miura, del Japón; Pichardo, de Cuba; en los palcos de las Sociedades estaban el duque de San Pedro, conde del Real, duque de Tovar, marqués de Portago y otros.

Fué la función un éxito grande. Hubo para la Guerrero y para Pastora dos hermosísimas «corbeilles» de flores, y hubo para las damas patrocinadoras de la fiesta los plácemes mayores. Los merecieron realmente. Por eso nosotros gustamos de publicar aquí sus nombres, esos nombres que son los de la Princesa Pío de Saboya, los de las duquesas de Medinaceli, Arión y Montellano; los de las marquesas de Ivanrey, Villavieja y Ensenada y el de la condesa de Romilla, que se habían agrupado al de la Sra. de Ortega, esposa del ministro de Guatemala en esta Corte, para el resultado más feliz.

El Rey en el Palace.

UNA brillante fiesta militar se ha celebrado hoy. Ha sido en honor de la bandera de la Academia general. Y todos los militares han levantado su corazón ante la santa enseña de la Patria.

En la plaza de Armas se ha reunido esta mañana con el Ejército el pueblo de Madrid, y los dos unidos han gritado con viveza y ardor un ¡Viva España! mientras las músicas entonaban la Marcha Real y las puertas del balcón de Palacio se abrían orgullosas para que se asomasen a él los Reyes.

Dentro del Alcázar se saludó gentilmente a la bandera; allí la abrazó el Rey, allí la vió S. M. la Reina Madre, cuyas manos augustas la bordaron; dentro y fuera se paseó triunfal ese pabellón glorioso que nos alienta y nos conmueve.

Después ha habido gran banquete en el Palace, un banquete de unos 800 comensales, todos militares. ¡Qué variado conjunto de uniformes! Y bajo ellos un mismo latido, noble, generoso, hidalgo: el de la prosperidad de nuestra Patria.

Y presidiendo la mesa, S. M. el Rey, que quiso asociarse en persona a la fiesta, como un soldado más. Así, «como un soldado más de la promoción del 95» entró en las habitaciones de su augusta Madre con todos los de aquel entonces.

El Rey presidió la mesa. Era la vez primera que el Monarca al-

morzaba en un hotel de Madrid. Y le ha cabido al Palace este honor. Y, realmente, no pudo escoger S. M. ocasión más propicia.

Los amplios salones del Palace se adornaban como para fiesta grande; todo estaba admirablemente dispuesto. Y de cómo fué servido el almuerzo da idea bastante este detalle: fué servido en treinta y cinco minutos. Esto sólo dice el mayor elogio en favor de M. Gemelli.

Hubo discursos, hubo brindis; el nombre de España, el fervor a la bandera, la lealtad al Rey asomaron en todos los labios, porque antes nacían en el corazón.

—La Patria no ha temblado nunca—dijo alguien—; pero hoy parece que se ha afirmado más.

Un hermosísimo *bouquet* de flores que adornaba la mesa del Monarca fué enviado a la bellísima Soberana de España.

MARZO-1918

El palacio de los marqueses de Bermejillo del Rey.
Un bello apunte de Pedrero.

En el palacio de los marqueses de Bermejillo del Rey.

En el palacio de los marqueses de Bermejillo del Rey hubo ayer tarde una encantadora reunión. ¿No conocéis, lectores, ese hermoso palacio que se alza gentil en el paseo del Cisne y en la calle de Fortuny? Seguramente cuantas veces hayáis pasado por el mencionado lugar habréis levantado vuestra vista y vuestro corazón con vuestros ojos. Porque este gran palacio, que ayer fué centro de reunión de la sociedad aristocrática, es algo que nos habla también al alma, es algo que hace revivir pasados esplendores de nuestra propia arquitectura, es algo que hace renacer el clásico, noble e hidalgo espíritu español.

Solamente la descripción de esta Casa española, que tantos y tantos plácemes ha valido y vale a sus ilustres propietarios, merecería unas cuantas columnas del periódico con la sola reseña de las obras de arte que atesora, de los cuadros de firmas gloriosas, de los hermosos artesonados que pertenecieron tal vez a antiguos palacios castellanos, de la soberana sillería de coro que acaso formó parte de alguna catedral maravillosa y cuyas tallas lucen ahora sobre el rojo damasco de uno de los salones.

¿Pues y aquel patio suntuoso, con sus bancos tapizados de antiquísimos damascos y su monumental chimenea, en la que ardían ayer hermosísimos troncos de árboles, y la magnífica escalera que conduce a la alta galería, sobre cuya blanca balaustrada asomaban

sus bellezas numerosas jovencitas aristocráticas, presididas—capitaneadas, podríamos decir—por la encantadora Carmen Bermejillo? ¡Ah, qué efecto aquel tan seductor por su elegancia y por su arte! Y allí mismo, en uno de los ángulos de ese patio tan español, se alzaba un bello retrato de Carmencita, debido al pincel de López Mezquita, en el que la aristocrática figura aparece envuelta en la blonda de su negra y espléndida mantilla; y allí mismo, en otro ángulo, se alzaba la tapa del piano de gran cola, cubierta con rica tela de antiguas casullas; y allí, al frente, abríase la gran verja de hierro labrado que separa del patio el comedor.

Todo atrae la atención del invitado y todo le hace prorrumpir en los más sinceros elogios: las porcelanas de China y del Japón, los preciosos barros italianos, los damascos antiguos arrancados quizás de los muros de las viejas residencias señoriales, los magníficos paños litúrgicos que cubren las mesas, las telas recamadas de oro o bordadas en seda de colores... todo, en fin, como hemos querido indicar ya, nos hablaba al espíritu tanto como a la vista, con las dulces añoranzas de un pasado lleno de gloria y de esplendor. España, la España heroica y señorial, aquella España señoradel mundo, madre de tantos privilegiados artistas como pasearon por el orbe entero el estandarte de sus glorias, vive, revive en esta casa suntuosa, magnífica, encantadora, que el lápiz de Pedrero ha sabido reproducir con acierto admirable en una página de *Blanco y Negro*.

Pero he aquí que los marqueses de Bermejillo del Rey, artistas ante todo, no habían preparado solamente un espléndido te para sus amigos; la marquesa, la bellísima marquesa, espíritu de gran cultura y de refinado gusto artístico, había preparado un selectísimo concierto. Así fué que, en un momento, cesaron las charlas, callóse el rumor de las agradables conversaciones y los acordes deliciosos, entre místicos y arrobadores, de un *trío*, de Beethoven, resonaron en aquel patio extraordinario, extendiéndose, esfumándose más bien, por todos los salones del palacio.

Era que mademoiselle Carolina Peczenik—artista polaca, ya admirada varias veces—pulsaba las notas deliciosas sobre el teclado marfileño; era que Angel Grande—español—hacía suspirar románticamente a su violín y Ruben Montiel—mejicano—arrancaba a su violoncello los acordes de la composición beethoveniana.

La marquesa de Bermejillo del Rey.

Fot. Willy Koch.

Suaves, como de manos enguantadas, resonaron los aplausos para los felices intérpretes del insigne músico, y poco después hízose de nuevo el silencio, para escuchar nuevas maravillas de técnica y de inspiración. Y era que vibraban en el espacio las armonías de *La Fileuse*, de Buntler; de una canción mejicana; del *Nocturno* y de *La balada*, de Chopin; de unas *Variaciones*, de Kreisler; de otras composiciones de Duncler, de Poper y de Sarasate, nuestro insigne e inmortal compatriota. Subyugado el auditorio por las divinas melodías, volvió de nuevo a batir sus aplausos en honor de los admirables artistas a quienes el público madrileño estará de nuevo festejando en el concierto matinal del Gran Teatro, al tiempo mismo que nosotros escribimos esta crónica.

Recorriendo las amplias estancias de este palacio, vamos saludando a la concurrencia; aquí las princesas de Ratibor y de Thurn et Taxis, hijas de los embajadores de Alemania, con la condesa D'Orsay; allí, las duquesas de Ahumada, Aliaga, Montellano, Tarifa y viuda de Sotomayor; en el salón aquel de los rojos damascos, y sentadas en los tallados sillones de la sillería de coro, la marquesa de Portago, la condesa de los Villares, la condesa viuda de Catres...

—Voy mejor, voy mejorando, ya estoy casi bien—dice la bella condesa viuda a las preguntas de sus amigos.

Están también las marquesas de Atarfe, Viana, con sus bellas hijas la marquesita de Villaviciosa y la condesita de Torre-Hermosa; Jura Real, Somosancho, Ivanrey, Caicedo, Cayo del Rey, Baztán, Guimarey, Argüelles, Ferrera, Puebla de Parga, San Adrián, viuda de Hoyos, Santa Cristina, Zarco, Ribera, Valdeiglesias, Laguna, Castellfuerte, y las lindas marquesitas de Sofraga, Espinardo y San Vicente del Barco.

La Señora de Rubianes.

Las condesas de Velle, Vía-Manuel, viuda de Arcentales, Vado, Vado Glorioso, Casal, Aguilar, Villamonte, Agrela, Alcubierre, Limpias, Andino, Valmaseda y San Luis.

—Mañana iremos al Ateneo a escucharla y aplaudirla—decían a la ilustre condesa de Pardo Bazán, a la que acompañaban sus dos hijas la Sra. de Cavalcanti y la Srta. de Quiroga.

La vizcondesa de Roda, con sus tres hijas las Srtas. de Jordán de Urríes, la vizcondesa de Portocarrero.

Las Srtas. de Villavieja, Somosancho, condesita de Buenavista de la Victoria, Guillamas, Portago, Valmaseda, Martínez Campos, Bernaldo de Quirós, San Miguel, Muguiro y Montellano... formaban un grupo encantador con algunas casaditas jóvenes, como las Sras. de Mora, (Casa-Torres) y de Laiglesia.

Estaban también las Sras. y Srtas. de Van Royen, esposa del ministro de Holanda; Agrela, Fonseca, Camarasa, Elío, Aguilar, Muguiro, Pidal, Lombillo, Areces, Bermúdez de Castro, Castellanos, Martínez de Irujo, Carvajal, Vadillo, Bertrán de Lis, viuda de Arcos, Travesedo, Del Arco, Sanz y Magallón, Pérez Seoane y Scherer, una rubia belleza que durante treinta y ocho días ha sido prisionera de guerra—equivocadamente—por parte de una de las naciones beligerantes.

Del sexo fuerte había también lucidísima representación.

No hemos de decir cómo transcurrieron las horas en esta espléndida morada española, en que imperan el gusto, el arte, y la amabilidad. Calcúlalo tú, lector o lectora, no olvidándote de que hicieron los honores la marquesa y el marqués de Bermejillo y sus hijos Carmen y Javier. Y juzgarás que la fiesta fué deliciosa y elegante.

El barón Beec Friis, ministro de Suecia.

Fot. Marín y Ortiz.

El nuevo ministro de Suecia.

ESTA mañana presentó sus cartas credenciales a S. M. el Rey el nuevo ministro plenipotenciario de Suecia, barón Beck Friis, distinguido diplomático, que goza en su país de grandes prestigios.

El representante sueco se trasladó a las doce a Palacio en un coche «de París», de media gala.

Vestía uniforme de diplomático, y le acompañaba el primer introductor de embajadores, conde de Velle.

En otro coche «de París» iba el alto personal de la Legación.

El barón Beck Friis fué recibido en la Real antecámara por el Soberano, a quien acompañaban el ministro de Estado, marqués de Alhucemas; los jefes de palacio, marqués de Viana y general Huertas; el Grande de España, de guardia, marqués de Velada; el ayudante de servicio, coronel Canals y el oficial mayor de Alabarderos señor Quetcuti.

El representante de Suecia hizo entrega al Rey, en la forma acostumbrada, de los documentos que le acreditan como ministro de su país, y pronunció luego sentidas frases, poniendo de relieve las buenas relaciones que unen a España y a Suecia.

El Rey habló después particularmente con el barón Beck Friis, quien presentó, antes de retirarse de Palacio, sus respetos a las Reinas.

En la Embajada de Inglaterra.—La guerra en el cinematógrafo.

En el amplio *hall* de la embajada de la Gran Bretaña se celebró ayer tarde una interesante sesión de cinematógrafo, a la que el embajador y lady Hardinge invitaron a distinguidas personas de la sociedad y del Cuerpo diplomático.

Proyectáronse en la pantalla algunas interesantes películas de la guerra, de las que no se permite presentar en público, por razones atendibles, pero, a nuestro juicio, un tanto equivocadas, pues la mayoría de esas cintas tiene un carácter eminentemente instructivo, ofreciendo sabias lecciones de cosas de muy útil aprovechamiento.

Varias películas se ofrecieron ayer al selecto público, iguales en interés. La primera presentaba cuadros y escenas curiosas de la lucha del Ejército inglés en Francia, desde el momento en que desembarcan las tropas de los grandes transportes y ponen pie en la tierra francesa.

Llaman la atención el desfile de las largas columnas de soldados, que van a la lucha y a la muerte con la sonrisa en los labios; los terribles duelos de la Artillería, la recogida de los heridos y la rápida curación en las ambulancias y la conducción de prisioneros... Todo es de un realismo doloroso y emocionante, en lo cual se diferencia de las fotografías la cinta cinematográfica, que recoge y devuelve todos los horrores de la guerra con una fidelidad absoluta y con una vida palpitante y trágica que angustia los corazones.

Aún más interesante fué la segunda película que se proyectó ayer.

Se refiere a los trabajos de las mujeres en los campos, sustituyendo a los hombres que luchan en las trincheras, y conociendo el asunto no se comprende cómo no se permite proyectar tal *film* en los cinematógrafos públicos.

Muéstrase primero a las mujeres en las revistas de los Parques ingleses, en que se las da la necesaria instrucción, preparándolas para el trabajo.

Desfilan en graciosas compañías, vistiendo esos amplios trajes masculinos, que no perjudican a su belleza. Luego se las ve en los campos, realizando operaciones de cultivo, cargando los carros de hierba, guardando los rebaños y trabajando en las diversas industrias agrícolas. Algunos trozos de esta película son verdaderos cuadros.

El ingenio inglés saca la deducción práctica de esta cinta en su última parte, presentando la elaboración del pan y los escaparates de las tiendas en los que se exhiben los elementos necesarios para la vida.

Gracias a esas valientes muchachas—se le viene a decir al público—: tenéis pan.

Parte interesante de una película es la visita del Rey Jorge a los buques de la escuadra, en los que, después de recorrer los diversos departamentos de las soberbias máquinas de guerra, presencia los ejercicios y el desfile de las fuerzas.

Nueva también, de gran interés y utilidad, es otra película. En ella se nos ofrece una admirable lección de cosas, que puede tener aprovechamiento en todos los países, así en la paz como en la guerra.

Refiérese a los prodigiosos trabajos que se han realizado para sustituir los miembros inutilizados de los inválidos de la guerra, y lograr que puedan prestar servicio útil para ellos y para la sociedad. Es la completa solución de un problema, en el cual no se había adelantado bastante.

El factor hombre no se destruye ni se inutiliza por completo en algunos casos. Es siempre una fuerza, mayor o menor, que puede y debe aprovecharse, mucho más después de esta trágica guerra, porque todo esfuerzo será poco para la reconstitución de los países destrozados. Y así como los ciegos trabajan en la fabricación de cestas

y sillas, y en otras labores análogas, los cojos, con sus piernas articuladas, pueden servir para conducir coches automóviles. Brazos articulados, rematados en tenazas, permiten a los mancos trabajar en labores mecánicas. Y así, como éstos, presenta la película muchos curiosos e interesantes cuadros del trabajo de los inválidos, que fueron en la guerra defensores de la Patria, y vuelven a ser en la paz útiles instrumentos de trabajo y progreso, gracias al ingenio humano.

La distinguida concurrencia, que aplaudió con entusiasmo las películas, fué obsequiada con un espléndido té.

Entre los invitados figuraban: el embajador de Francia y madame Thierry, el embajador de Italia, marqués de Carlotti; el ministro de Bélgica y la baronesa Van-der-Elst; el de Holanda y madame Van-Royen; el de Portugal, Sr. Vasconcellos; el consejero y secretario de la embajada de Francia y Mmes. Vieugué, de Vienne y Brugére; el de Inglaterra y Mrs. Baring, el de Bélgica y la baronesa Vander-Stratten, y otros muchos diplomáticos, como el Príncipe de Beau-Van-Craon, Mr. Lorraine, Mr. Hope-Vere, el Sr. Sapupo, Sres. De Le Breton y algunos más.

Estaban también: la duquesa y el duque de Montellano, la Princesa Pío de Saboya, la marquesa de Viana, la duquesa de Pino-Hermoso, la condesa de Pardo Bazán, el ex embajador en París, Sr. Pérez Caballero y su señora, la marquesa de Ivanrey, la señora de Gimeno, esposa del ministro de Marina; la marquesa y el marqués de Mohernando, la señora de Ojeda, la señora viuda de Arcos, la condesa y el conde de Buena Esperanza con sus hijas, la marquesa y el marqués de la Romana, la señora de Núñez de Prado, la señora de Icaza con su hija, el marqués y la marquesa de Valdeiglesias, la señorita de Castellanos, la condesa y el conde de San Luís, la señorita de Bertrán de Lis, la señorita de Llovera y muchísimas más.

La última de abono en el Real.—Comidas diplomáticas.

Se celebró anoche la última función de abono en el regio coliseo; es decir, anoche terminó la temporada oficial. La sala estaba brillante; todos los palcos—a excepción de los cerrados por lutos—aparecían ocupados, y lo mismo acontecía en las butacas. La Empresa puede sentirse satisfecha de haber dado cima a su campaña. El público le ha agradecido sus esfuerzos y se ha condolido de sus sinsabores. ¡Cuántos y cuántos! Hasta anoche mismo, hora y media antes de comenzar la representación, surgió un nuevo conflicto. El tenor De Muro no podía cantar. Gracias al tenor Saludas pudimos oir la partitura bellísima de Bizet.

Anoche nos sentamos en nuestra butaca con cierto sentimiento. ¡La última noche de Real! El público sentía que terminasen las noches del regio coliseo. ¡Son tan nuestras, tan de la vida madrileña! Realmente la temporada del Real, a todo el mundo—menos quizás a la Empresa—le sabe a poco. La sociedad de Madrid se ve a diario; los que no frecuentan esa vida del gran mundo gustan de ver en sus palcos a las damas que enumeramos diariamente en nuestra sección. Y todos gustamos de escuchar la música, que nos recrea el espíritu que nos llega al alma, que hace renacer dulces añoranzas o que nos muestra los modernos procedimientos orquestales.

Una amable marquesa nos decía:

—Asisto con pena a la función de hoy. ¡La última del Real! ¡Quién

sabe si cuando se inaugure la próxima temporada estaremos los mismos!

Y la marquesa de V... tenía razón.

Alzamos nuestra vista y saludamos al palco regio; en él la Reina Doña Victoria, la Reina Doña Cristina, el Rey, la Infanta D.ª Isabel, la duquesa de Vendome, el Príncipe Felipe... En los demás: los marqueses de Santa Cristina ocupaban con sus hijas, las Srtas. de Travesedo, y con la Srta. de Pérez Seoane, hija de los condes de Velle, el palco de Fernán-Núñez; con los duques de Santa Elena estaban la generala Borbón y su hija Blanquita; con la duquesa de Arévalo del Rey, sus dos hijas y la vizcondesita de Fefiñanes; con la marquesa de Villalva y la Sra. de Sarthou, la marquesita de Selva-Alegre; con los marqueses de Torrelaguna, la condesa de la Corte, la Sra. de Bárcenas y la Srta. de Mendoza; con la condesa de Caudilla y sus dos hijas las Srtas. de Chaves, la vizcondesa de Val de Erro y la Srta. de Vadillo; con la condesa de Arcentales, la Srta. del Arco y la marquesa de Atarfe; con los duques de Valencia, la duquesa viuda y la Srta. de San Juan de Piedras Albas; con la Srta. de Velilla de Ebro, las de Patiño y López de Ayala; con las de Alvarez de Sotomayor, las de Avial.

Estaban también la duquesa de Canalejas, la duquesa de Aveyro y sus hijas, las Srtas. de Amaya, la señora y señorita de Cuesta, la señora y señoritas de Alfonso, la señora y señoritas de Costi, las de Alba, G. Florez, Gómez Oña, Compaired, Villavicencio, Elío, Rundebruk, Mora, Rodríguez de Castro...

Entre otras artistas que ocupaban algunas butacas estaban las bellísimas Emerita y María Esparza.

¿Qué decir de cómo fué cantada *Carmen?* Sólo diremos que hubo frecuentes ovaciones.

Se cerró el Real.—La función de esta noche es extraordinaria, benéfica y fuera de abono.—Hasta la temporada próxima, en que la Empresa vuelva a vencer.

* * *

Hubo también anoche dos elegantes banquetes diplomáticos: uno en la Embajada de Austria-Hungría, y otro en la de los Estados Unidos. Tuvieron, como tienen ahora todas las reuniones que se celebran

en residencias diplomáticas, el carácter de comidas íntimas; pero esto, quizás, acrecienta el encanto de las reuniones.

Consignemos, pues, solamente los inivitados de unos y otros embajadores.

Con el representante del Emperador Carlos y la bella Princesa de Furstenberg se sentaron a la mesa: la duquesa y el duque de Arión, la marquesa y el marqués de Santa Cruz, la marquesa y el marqués de la Romana, el secretario de la Embajada, y la baronesa de Gudenus y los Sres. D. Raimundo Fernández de Villaverde y D. Fabricio Potestad.

Con el representante de la República norteamericana y Mrs. Willard comieron: el mayordomo mayor de S. M. la Reina y la duquesa de Santo Mauro, la duquesa y el duque de Montellano, la condesa del Puerto, la condesa de San Martín de Hoyos, la Srta. Paloma Falcó, las de Hurtado de Amézaga, Mrs. Rooswelt, miss Willard, el Príncipe de Beauvau-Craon, el marqués de Lambertyc, el conde de Peña-Ramiro y los Sres. Silva y Mitjans, Salamanca (D. Carlos) y Hurtado de Amézaga.

Después de las comidas acudieron algunas personas de la amistad de los ilustres representantes de ambas naciones.

Una función a beneficio de los Sanatorios antituberculosos.

Anoche la sala del Real ofreció el aspecto brillantísimo de una noche de gala. Toda la sociedad aristocrática puede decirse que se reunió en el regio coliseo, ayudando así al fin benéfico de la función: se destinaban sus productos a los Reales Sanatorios antituberculosos de Victoria Eugenia, en Valdelatas, y de Nuestra Señora de las Mercedes, en Húmera.

Y al deseo manifestado por nuestra augusta Soberana correspondieron la Empresa, los artistas y el público, dando todos ellos el mayor realce a la fiesta que de modo tan brillante ha cerrado la sala del Real.

¿El programa? Lo anunciamos ya.

No podía ser más interesante.

Y, además, en su interpretación tomaban parte los más eminentes artistas. No hay que decir que durante toda la noche se escucharon entusiastas aplausos.

Los primeros fueron para la orquesta, en la overtura de *Tannhäuser;* después, para la Vallín Pardo y para Crabbé, en *El secreto de Susana*, y luego para los intérpretes de *Payasos;* la Vallín Pardo, la mejor Nedda de cuantas ha visto el público; para Anselmi, que como actor hizo una vez más alarde de su insuperable maestría, y que cantómaravillosamente el *racconto* y el aria, y para Crabbé, un Silvio insuperable, que fué ovacionado en el prólogo y en el dúo con Nedda. Todo ello un completo primor, y como consecuencia un entusiasmo delirante.

La concurrencia fué, según indicamos, muy numerosa y brillante.

En primer lugar, en el palco regio, SS. MM. el Rey y la Reina y la Reina Doña Cristina, y en el contiguo, SS. AA. las Infantas D.ª Isabel y D.ª Luisa y duquesa de Talavera, y los Infantes D. Fernando y D. Carlos.

En el palco regio de gala, las damas de guardia duquesas de la Unión de Cuba y de la Victoria y la marquesa de Moctezuma y señoritas de Carvajal y de Bertrán de Lis.

La duquesa de Medinaceli ocupaba su platea con su hermana la marquesa de Puebla de Parga y la marquesa de Santa Cruz; en el palco de la duquesa de Fernán-Núñez, la duquesa de Montellano con las señoritas de Falcó y de Castellanos.

En los palcos bajos estaban: la embajadora de Francia, Mme. Thierry con Mmes. Vieugué y Du Petit-Thouars; marquesas de Valdeolmos y de Torneros y condesa de Heredia-Spínola, condesa de Crecente con sus hijas y señorita de Muguiro, Mme. Van Royen y condesa de San Luis, duquesa de Santo Mauro, condesas de Torre-Arias y San Martín de Hoyos y señorita de Camarasa; marquesa de Guimarey, condesa de Maceda, vizcondesa de Fefiñanes y señorita de Giles; condesas de Arcentales y del Vado y señorita del Arco; embajadora de los Estados Unidos con miss Willard y señoritas de Hurtado de Amézaga.

Embajadora de Austria-Hungría, Princesa de Furstenberg, con las Princesas de Thurn-et-Taxis y de Ratibor; marquesa de Mohernando y señoras de Muñoz-Vargas y de Santos Suárez, duquesa de Canalejas y señora de Zancada y su hermana; marquesas de la Scala y de Chávarri y condesa del Real Aprecio, señora y señorita de Núñez de Prado y vizcondesa de Eza y su hija, marquesa de Urquijo y señora de Hurtado de Amézaga, vizcondesa de los Antrines y señorita de Uceda y condesa de la Corte y señora de Cejuela y señorita de Mendoza.

En las plateas estaban: la señora de Sarthou y la marquesa de Villalba, con la marquesita de Selva Alegre y la señorita del Pinar; las hijas del presidente del Consejo, señora de Sáinz de Vicuña y señorita de García Prieto; la señora de Gimeno, esposa del ministro de Marina, y su hermana política la señora de Dahlander; la condesa de Romanones con la marquesa del Norte y señorita de Topete, baro-

nesa del Castillo de Chirel, condesa de Paredes de Nava y señorita de Frígola; señora de Rubianes, señorita de Santa Marina y señora de Areces, marquesa de Atarfe y señoritas de Tovar.

Princesa Pío de Saboya, duquesa de Plasencia y marquesa de Ivanrey, condesa Viganotti y señora de Burgos, esposa del ministro de Panamá; marquesas de Baztán y de Portago con sus hijas, duquesa de Aveiro y señoritas de Carvajal, marquesa de Argüelles y sus hijas, señora de Le Breton y su sobrina, señoras de Beruete y Ocantos, condesa de Artaza y su hija y condesa de Llovera, marquesa de Santa Cristina con sus hijas y señora de Drake; marquesas de Jura Real y Somosancho y señoritas de Barrenechea y Arcos; marquesa de Monteagudo con sus hijas; marquesa del Riscal con la marquesa de Santo Domingo y marquesita de Sofraga y señoritas de Maroto y Pérez del Pulgar.

Estaban también en otros palcos la señora de Vitórica y las señoras de González (D. José María) y Echevarrieta y la señora y señorita de Alfonso.

En las butacas, ocupadas hasta las últimas filas, estaban, entre otras: la condesa de Torrejón, marquesas de Tenorio y Olivares, condesa de Pardo Bazán y su hija, condesa de Canga-Argüelles, señoras y señoritas de Sánchez de Tirado, Chavarri, Canthal, Rodríguez Codes, Lombillo, Moreno Osorio, Bermejillo, Sorolla, Laiglesia, Fonseca, Goicoechea, Ranero, Díaz Agero, Gómez Florez y su hija, Parache, Mengotti, esposa del ministro de Suiza; Vega Inclán, Márquez de la Plata, Alonso Martínez, Del Río, Lengo, Peña, López Monís, Manso de Zúñiga, Navas, Escoriaza, Pérez de los Cobos y viuda de Fernández de Robles, con sus hijas Pilar y señora viuda de Guzmán de Villoria...

La fiesta fué un gran éxito. No en balde la patrocinaba la Reina, y no en balde forman parte de la Junta del Real Dispensario damas como la condesa de Romanones y la de Heredia-Spínola y la marquesa de Valdeolmos y la duquesa de la Victoria y la de Baena y la señorita de Heredia en los principales cargos; y como vocales: las duquesas de San Carlos, Seo de Urgel y Medinaceli; marquesas de Mochales, viuda del Pazo de la Merced y O'Gavan; condesas de la Corzana, Valmaseda y San Luis; señoras de Espino, viuda de Muguiro, viudas de Urbina y Rubio, Molero y Ugarte y señoritas de Benavente y Barranco.

D. Alfredo Mengotti.
Ministro de Suiza.

El ministro plenipotenciario de Suiza y el ministro de Portugal.

En el Regio Alcázar se ha celebrado hoy, con el ceremonial de costumbre, el acto de entregar el representante de Suiza en esta Corte, a S. M. el Rey, las cartas credenciales que le acreditan como ministro plenipotenciario de su país.

Según es sabido, el Sr. Mengotti fué primero encargado de Negocios y después ministro residente.

El distinguido diplomático, que tan justas simpatías goza en Madrid, se trasladó a Palacio en un coche «de París», de media gala, acompañado por el primer introductor de embajadores, señor conde de Velle.

Detrás iba otro coche «de París», con el secretario de la Legación helvética.

Con los honores correspondientes entró el ministro de Suiza en el Alcázar, y en la antecámara fué recibido por el Soberano, a quien acompañaban el jefe del Gobierno, el marqués de Viana, el comandante general de Alabarderos, Sr. Huerta; el Grande de España duque de T'Serclaes, el oficial mayor de Alabarderos, de guardia, señor marqués de Villasante, y el ayudante de servicio, Sr. Losada.

Después de la entrega de credenciales el Monarca conversó afectuosamente unos momentos con el Sr. Mengotti.

El ministro suizo fué después a cumplimentar a las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina. Acompañaban a la primera la duquesa de

San Carlos, la dama de guardia, marquesa de Pozo Rubio, y el duque de Santo Mauro, y a la segunda, la duquesa de la Conquista, la de la Victoria, como dama de guardia, y el Príncipe Pío de Saboya.

* * *

Con motivo de su ascenso a ministro plenipotenciario está recibiendo muchas y cariñosas enhorabuenas el representante de Suiza en España, D. Alfredo Mengotti.

El Sr. Mengotti, que es un hombre de extensa cultura y trato encantador, cuenta en la sociedad aristocrática con muchos afectos, conquistados en los muchos años que lleva entre nosotros.

La Confederación Helvética, con este ascenso de su ilustre representante en España, ha dado a nuestra nación una nueva prueba de la estimación en que la tiene.

* * *

Desde ayer se encuentra en esta corte el nuevo ministro de Portugal, Sr. Egas Monis, que llegó acompañado de su esposa, y se hospeda en el hotel Ritz.

También acompañaban al distinguido diplomático y político portugués el primer secretario de la Legación de Portugal en esta corte, Vasco de Quevedo, que antes desempeñó el de segundo secretario, y el nuevo agregado militar, capitán Alberto da Silva Paes, hermano del presidente de la República portuguesa, Sidonio Paes.

El nuevo ministro de Portugal es profesor de la Universidad de Lisboa y ha sido catedrático en la de Coimbra.

Antiguo parlamentario y periodista brillante, su nombre es uno de los más respetados en la nación vecina.

Jefe del partido centrista, que representa la extrema derecha conservadora en los partidos de la República, es un amigo y admirador de España, país que conoce bien y que ha visitado repetidas veces.

Es de esperar, por consiguiente, que el Sr. Egas Monis continúe la excelente labor diplomática de su antecesor, el Sr. Vasconcellos.

El beneficio de María Guerrero.

La noche del beneficio de nuestra gran actriz María Guerrero es siempre de gala en el teatro de la Princesa, palacio o residencia o templo artístico del ilustre matrimonio Guerrero-Mendoza. Así, anoche, en que la gran María celebraba su «serata d'onore», la sala de la Princesa y el saloncillo y el cuarto—o «cammerino»—de la insigne actriz se llenaron de público distinguidísimo y de regalos y flores en cantidad tal que aquello era una exposición y un jardín.

A la solemnidad de la fiesta contribuyó nuestro glorioso Benavente con las primicias de una obra suya, *Los Cachorros*, escrita en veinte días. El público aplaudió y festejó al autor y a la actriz con los entusiasmos que merecen.

«Lo que no sospechará siquiera el espectador—dice Manuel Bueno en su crítica de la obra— es que el eminente dramaturgo haya aprovechado materiales experimentales recogidos en su juventud. Jacinto ha tenido sus periodos andariegos en la mocedad. Amó a una bella mujer, artista de circo, y fué amado de ella. ¿Qué estratificaciones sentimentales dejó aquella pasión en su alma? Eso pertenece a lo íntimo de la historia personal, que nadie tiene derecho a violar. Lo indudable parece ser, sin embargo, que la música de aquellos recuerdos haya perseguido al insigne escritor en la madurez, condensándose con el transcurso del tiempo, en una sinfonía artística.»

Pero digamos nosotros que palcos y butacas estaban totalmente ocupados. Allí la duquesa viuda de Sotomayor, la marquesa de Portago, la vizcondesa de Fefiñanes, la condesa de San Luis, la duquesa de Tetuán, la marquesa de Viana, la de Tenorio, la de San Eduardo, la de Argüelles, con sus hijas las señoras de Díaz Ordoñez y de Luque; la señora de Linares Rivas, la de Urrutia, la de Torroba, hija del marqués de los Altares; la señora de Le Breton y la señorita de Llovera, dos bellas argentinas; la condesa de Pardo Bazán, las señoras de Cavalcanti y Moreno y Osorio y la señorita de Quiroga, la marquesa de Guimarey, la de Valdeolmos, la señorita de Giles, la condesa del Puerto, la Princesa Pío de Saboya, la marquesa de Valdeiglesias, la condesa de Sagasta, la señorita de Merino, la marquesa de Villacaños, la señora de Sangro, la de Alonso Martínez, la de Subirana, la de Tolosa Latour, las señoritas de Alvarez Quintero, la viuda de Díez Martein, la de Soriano, la señorita de O'Donnell, la señora de Verdugo, la de Marquina.

Entre las artistas que lucían su belleza figuraban en sus palcos Merceditas Pérez de Vargas, Hortensia Gelabert, Anita Martos...

Y de concurrencia masculina, con muchos aristócratas, muchos literatos y muchos políticos. El conde de Romanones, por ejemplo, ocupaba su palco con sus hijos; Francos Rodríguez...

S. M. el Rey, que figuraba en el número de los admiradores de María Guerrero, avisó para que se le reservaran los palcos. Pero las circunstancias le impidieron a última hora ir a tomar parte en el homenaje, felicitando a la gran artista española.

¡Esta dichosa crisis que ha surgido!

Nosotros también entramos a felicitar a la ilustre actriz. ¡Cuántas y cuántas felicitaciones recibió! Aquel saloncillo parecía un jardín. Florecían las rosas, los claveles, las lilas blancas, las camelias, los crisantemos, los jazmines... Por todas partes flores y flores. Y todas ellas rodearon a la gran María al final de la obra, en el mismo escenario, en unión del autor ilustre de *Los Cachorros*.

¿Quienes habían enviado tantas flores? La princesa Pío de Saboya, la duquesa viuda de Sotomayor, la marquesa de Portago, la de Valdeolmos, los duques de Tovar, la condesa viuda de Catres, Margarita Xirgu, Núñez Topete, Andriani...

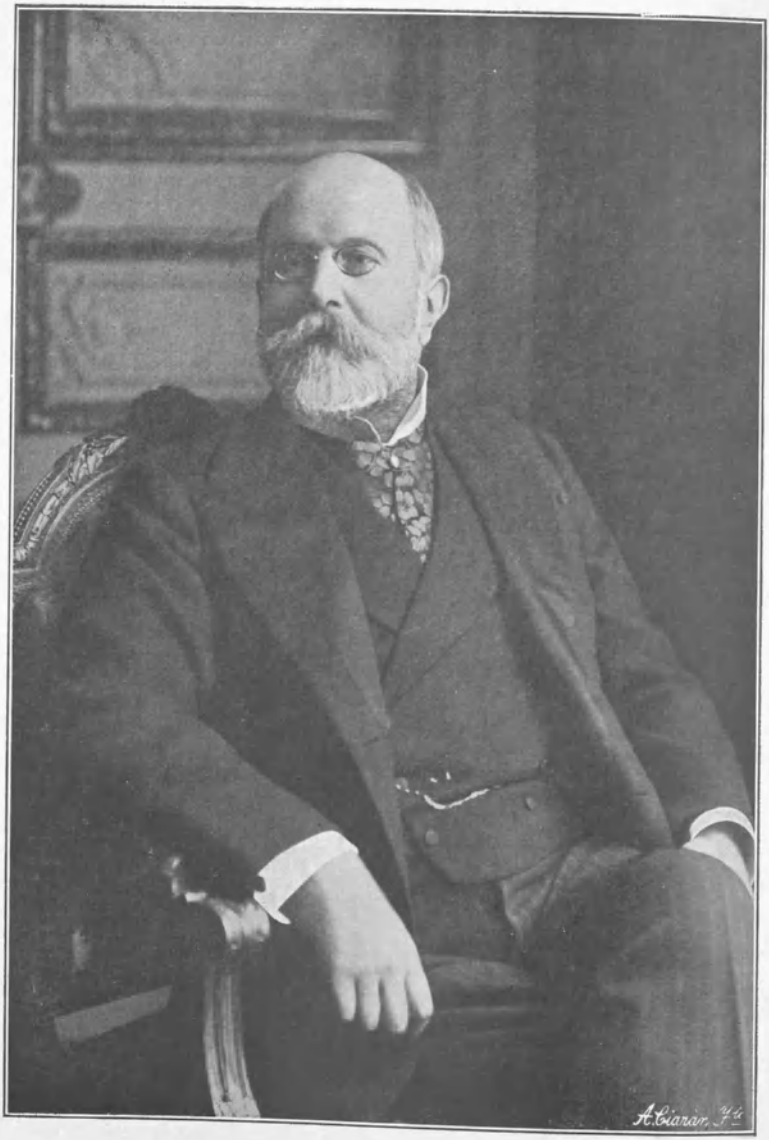
Los condes de Romanones le enviaron un precioso imperdible de

oro con un hermoso zafiro rodeado de brillantes; la marquesa de Ivanrey, una gran peineta de encaje de cristal y plata; D. Jacinto Benavente un imperdible de esmalte traslúcido y plata; los condes de San Luis, un rico bolso de malla de cristal; la condesa de Pardo Bazán, una artística palmatoria de plata; los márqueses de Valdeiglesias, dos magníficos frascos para esencia, de bacarat y oro; D. Francisco Acebal, un pomo de cristal y esmalte; el duque de San Pedro de Galatino, un espléndido bolso de terciopelo negro bordado en azabache; la marquesa viuda de Hoyos, un jarrón de Sevres con flores; D. Antonio de Hoyos y Vinent, un artístico bolso de malla de oro sobre damasco negro; los hermanos Alvarez Quintero, una preciosa bombonera de Sajonia; Merceditas Pérez de Vargas, un centro de porcelana; un artístico grupo, el Comité femenino de la Casa del Pueblo; una caja antigua de plata, los Sres. de Marquina...

Tolosa Latour, Yáñez, Soldevilla, Martínez Kleiser, las sociedades de palcos, la Congregación de Nuestra Señora de la Novena... ¡qué sé yo cuántos nombres más vimos al pie de otros tantos obsequios!

No faltó, por consiguiente, el presente de S. A. R. la Infanta Isabel. Fué de los primeros en llegar. La augusta dama ofrendó a María Guerrero un espléndido tibor de cristal y bronce con hermosas flores.

Al cuarto de María Guerrero acudieron para felicitarla muchas damas de la sociedad, que ocupaban los palcos, y personas conocidas. Era como si la condesa de Balazote «se quedara en casa».



D. Fernando de León y Castillo, marqués del Muni.
Embajador de España en París.
Retrato obtenido por Franzen en el despacho de la Embajada.

El marqués del Muni.

En Biarritz ha fallecido, víctima de una pulmonía fulminante, el ilustre embajador de España en París, marqués del Muni.

La noticia ha producido hondo sentimiento en la sociedad de Madrid y en los círculos diplomáticos.

El marqués del Muni era una de las personalidades que disfrutaban en París de mayor estimación y de una respetuosa popularidad.

A Biarritz se han dirigido numerosos telegramas de pésame. Entre ellos, uno muy expresivo de S. M. el Rey testimoniando a la viuda su sentimiento y anunciando que se hará representar en el entierro.

La muerte del Sr. León y Castillo representa una pérdida muy sensible.

Cerca de medio siglo llevaba de figurar en la vida pública, desempeñando cargos de importancia, en los que prestó a su país eminentes servicios, especialmente en las cuatro veces que fué embajador de España en París, o sea en 1887, 1892, 1895 y actualmente.

El Sr. León y Castillo nació en Telde (Canarias) el día 24 de Noviembre de 1842, y pertenecía a una de las más antiguas y nobles Casas de aquel archipiélago.

Cursó en la Universidad de Madrid las asignaturas de la Facultad de Derecho, recibiendo la licenciatura el año 1866.

El general Dulce y el inolvidable D. Adelardo López de Ayala fueron sus primeros amigos, y a los que debió los primeros modestos

cargos que ocupó en la Administración, llegando a oficial en el ministerio de la Gobernación.

Cultivó el periodismo, y fué un brillante articulista, colaborando en *El Imparcial*, *El Eco de París* y otros periódicos.

Con Albareda fundó la famosa *Revista de España*, en la que publicó notables estudios políticos.

Nombrado poco tiempo después de la Revolución de Septiembre gobernador de Granada, y más tarde de Valencia, cuando apenas contaba veintiocho años de edad, demostró en ambas provincias un tacto y una energía que le hicieron merecer de D. Nicolás María Rivero, entonces ministro de la Gobernación, las felicitaciones más expresivas, especialmente cuando combatió una sublevación republicana en la última de dichas provincias.

Por primera vez vino a las Cortes, como diputado por Las Palmas, en 1871. A los pocos días, encontróse en el duro trance de hacer las primeras armas como orador, contestando nada menos que al insigne Castelar, que combatió duramente su gestión como gobernador de Valencia.

León y Castillo salió airoso de la prueba. Habló bien y alcanzó un triunfo, porque Castelar había equivocado las fechas y el nombre del gobernador a quien acusara.

Cuando León y Castillo se retiraba del salón, muchas gentes oyeron que Ríos Rosas le dijo, con su voz entre solemne y expresiva:

—Mi amigo, tiene usted todo lo que le hace falta: talento y órgano. Usted será un gran orador.

No tardó el novel diputado en confirmar la profecía de Ríos Rosas. Dotado de arrogante presencia y de voz potente y sonora, tenía ya dos cualidades para llamar la atención. Pero poseía también elocuencia, cultura, acometividad y energía, y fué en el Parlamento un orador temible. En sus apóstrofes hacía recordar, según se decía, al ilustre Ríos Rosas.

En 1874 fué subsecretario de Ultramar, siendo ministro el Sr. Romero Ortiz, en aquel Gobierno que se llamó Poder ejecutivo de la República, entre la de 1873 y la Restauración.

Los paisanos del Sr. León y Castillo siguieron eligiéndole ocho veces más como su representante en las Cortes, donde su elocuencia influyó en diferentes ocasiones más o menos directamente en la mar-

cha política, y siendo vicepresidente, en 1883, tuvo la honra de presidir la sesión importante en que se hicieron públicas las declaraciones de aproximación del partido liberal a la Monarquía de Don Alfonso XII.

En el número exiguo de diputados que los partidos monárquicos lograron enviar a las Constituyentes federales de 1873 figuró el Sr. León y Castillo, que fué designado para combatir el proyecto de Constitución federal. Lo hizo, en efecto, con tanto acierto, que el éxito se recuerda, por lo extraordinario. La elocuencia fué clásica, hermosa; el vigor de los conceptos, propio del hierro que necesitaba aquel cuerpo en disolución. Encarnóse en el Sr. León y Castillo el sentimiento nacional, herido por el atonismo cantonal y la orgía de Cartagena.

Ríos Rosas exclamó al acabar su hermosa oración el joven tribuno:

—La Constitución federal está muerta. El discurso de León y Castillo ha sido su tumba.

Otros muchos brillantes éxitos alcanzó después en la tribuna con su oratoria fogosa y contundente.

En el Gobierno del duque de la Torre fué por segunda vez subsecretario de Ultramar, y en 1881 ministro.

Sus actos como gobernante le conquistaron también el aplauso público.

En el citado ministerio decretó la libertad del cultivo del tabaco en Filipinas, y aplicó a Cuba y Puerto Rico la Constitución de 1876.

Cinco años después fué ministro de la Gobernación, en el que organizó los Cuerpos de Seguridad y Vigilancia, y fundó el Asilo de Inválidos del Trabajo.

Pero la principal significación de D. Fernando de León y Castillo fué la diplomática. Durante más de veinte años, con sólo brevísimos intervalos, vino representando a España en Francia, y a la habilísima gestión de nuestro ilustre embajador se debe, entre otras cosas, el acrecimiento de los dominios españoles en el Africa occidental, en virtud del Tratado de 1890, por el cual fueron reconocidos los derechos de España al territorio del Muni; admirable labor que fué galardonada con el título de marqués del Muni, otorgado al insigne diplomático.

También tuvo el Sr. León y Castillo intervención principalísima en las negociaciones que nos llevaron a la feliz resolución del difícil problema de la influencia española en Marruecos.

El ilustre político y diplomático era académico de la de Ciencias Morales y Políticas y senador vitalicio desde 1912.

Poseía, entre otras muchas condecoraciones, el Toisón de Oro, el collar de la Orden de Carlos III, el gran collar de la Legión de Honor y las grandes cruces de San Mauricio y San Lázaro, de Italia; de la Concepción de Villaviciosa, de Portugal, y de la Estrella Polar, de Suecia.

Estaba casado con una distinguida dama, D.ª María de las Mercedes de Retortillo, hija del primer conde de Almaráz, perteneciente a conocida familia gaditana, y dama Noble de la Orden de María Luisa; señora que por su bondad y cultura es muy querida en la sociedad de París y Madrid, así como en Biarritz, donde pasaba largas temporadas desde hace muchos años.

De este matrimonio no queda más que un hijo, D. Agustín, agregado honorario a la Embajada de París.

Muy de veras nos asociamos al duelo de la bondadosa marquesa del Muni y de su hijo, por la dolorosa pérdida, enviándoles nuestro sincero pésame.

La duquesa de Algete, marquesa de Vallecerrato y de Castrillo.

Fot. Kaulak.

La duquesita de Algete y el marqués de Vallecerrato.

La iglesia de San Fermín de los Navarros se vistió ayer de gala. Adornó su altar con blancas florecillas; hizo florecer junto a las imágenes de la Purísima y San Fermín las rosas y los claveles, los crisantemos y las guirnaldas de azahar; eleváronse gentilmente junto al viejo dorado de los bronces las hojas esmeraldinas de las palmeras; cubiéronse los góticos muros de la iglesia con la pompa heráldica de los reposteros de la Casa de Alcañices y allá en el presbiterio alzábase sobre maravilloso tapiz la figura venerable del Señor Obispo de Sión, que revestido de Pontifical, aguardaba el momento de dar la bendición a los jóvenes esposos.

Porque celebrábase ayer tarde, en la Iglesia del Paseo del Cisne, la boda de la encantadora Srta. María Cristina Ossorio y Martos, duquesa de Algete, hija de la Condesa de la Corzana, con el Sr. D. José Fernández de Villavicencio y Crooke, marqués de Vallecerrato, hijo de la marquesa viuda de Castrillo, como la novia Grande de España y como ella también perteneciente a una de las más ilustres Casas de la nobleza española: la de los duques de San Lorenzo.

La duquesita de Algete pertenece a la ilustre Casa de Alcañices y Balbases, descendiente del famoso maestre de Santiago, D. Fadrique Enríquez, entre cuyos antepasados figura un biznieto de Reyes de Castilla, y por su madre a la Casa de los Condes de Heredia-Spínola, marqueses de Iturbieta.

El marquesado de los Balbases evoca el recuerdo de D. Ambrosio Spínola, el héroe de Flandes, inmortalizado por Velázquez en el cuadro de *Las Lanzas*. El ducado de Alburquerque, que lleva el hermano de la novia, fué otorgado por el Rey Enrique IV a su famoso valido D. Beltrán de la Cueva. El título de duque de Algete fué creado por Felipe IV, que recompensó con él los servicios del virrey de Navarra, D. Cristóbal de Moscoso, marqués de Cullero.

El novio desciende de uno de los más antíguos y nobles linajes de la región andaluza y de toda España, cuyo representante y pariente mayor es el duque de San Lorenzo de Vallehermoso. Los Fernández de Villavicencio unieron a sus timbres de guerreros y conquistadores los de los Cañas y Celis de las Asturias de Santillana, varias veces enlazados con familias Reales. El título de marqués de Vallecerrato, que lleva aquél, fué concedido por Felipe III a D. Juan de Acuña, Señor del Valle de Cerrato.

Títulos ilustres de la Casa son el marquesado de la Mesa de Asta, los condados de Cifuentes y Belmonte de Tajo, el ducado del Parque y el marquesado de Castrillo, que también lleva el novio, por muerte de su caballeroso padre y de su malogrado hermano, víctima hace año y medio de un terrible accidente de aviación. Por su madre pertenece a la ilustre familia malagueña de los marqueses de Larios.

* * *

Pronto se llenó el templo de aristocrática concurrencia y pronto se detuvieron ante la puerta principal las dos carrozas de Palacio que conducían a los novios. Las aclamaciones populares de aquellas buenas gentes del pueblo, que con la natural curiosidad aguardaban a pie firme aguantando la lluvia incesante y copiosa, saludó a los futuros contrayentes con los vivas consabidos. Y mientras en la nave del templo resonaban majestuosos los acordes de una *Marcha nupcial*, descendieron de los coches los futuros esposos.

Ella, la encantadora duquesita de Algete, luciendo el blanco traje cubierto de tules bordados en cristal y soberbios encajes de Malinas, y arrastrando sobre la alfombra que hasta la carroza se extendía, su largo velo forrado de tisú de plata. El, el marqués de Vallecerrato, luciendo su uniforme de gentilhombre de Su Majestad.

Y entraron en el templo, la novia, dando el brazo a su hermano el duque de Alburquerque, que representaba a S. M. el Rey, que era el padrino, y el novio, dando el suyo a su hermana la marquesa de Marzales, que ostentaba la representación de S. M. la Reina doña María Cristina, madrina de pila de la duquesita de Algete y que quiso serlo también de su matrimonio.

Y detrás de ellos—el duque de Alburquerque lucía el uniforme de la maestranza de Sevilla y la marquesa de Marzales dejaba caer graciosamente sobre la seda de su vestido gris acero la negra blonda de su mantilla española—cruzaron los testigos, por parte de ella, el conde de Heredia-Spínola, el duque del Infantado, los marqueses de Santa Cruz y de Alava y el barón de Finestrat, que no pudo asistir por el luto que viste por el coronel Campuzano, y por la del novio, el marqués del Genal, el duque de San Lorenzo, D. Enrique Fernánnández de Villavicencio y los marqueses de Bendaña y del Salar. Casi todos vestían de uniforme.

Del interesante grupo—los testigos lucían también vistosos uniformes—formaban parte, con la natural emoción, las madres de los novios, la condesa de la Corzana y la marquesa viuda de Castrillo, elegantemente vestidas.

Resonaron en el espacio los acordes de *Le dernier sommeille de la Vierge*, de Massenet y los del *Intermedio*, de Soto, ejecutado por profesores de la Filarmónica y seguidos de los de la *Priere*, de Auselmans y los de la *Malia*, de Lébano, que interpretó en el arpa la señorita de Balazote; se escuchó la palabra elocuente del virtuoso P. Cardona que pronunció una sentida plática y la mano del ilustre prelado dió la bendición a los nuevos esposos.

—¡Que sean muy felices!—pensó toda la concurrencia.

Y los jóvenes duques de Algete, marqueses de Vallecerrato y de Castrillo, comenzaron a recibir felicitaciones de la aristocrática concurrencia.

* * *

¿Recordaremos los nombres de todas las damas que asistieron a la ceremonia? Consignaremos los que acuden a nuestra memoria.

Duquesas de Alburquerque, Aliaga, San Carlos, Santo Mauro,

Parcent, Pastrana, Seo de Urgel, Baena, viuda de Sotomayor y Victoria.

Marquesas de Bendaña, Navamorcuende, Salar, Rafal, Pozo Rubio, Portago, Villabrágima, Villavieja, Baztán, Cayo del Rey, Urquijo, Jura-Real, San Juan de Buenavista, Argüeso, Somosancho, Santo Domingo, Santa Cruz, Mohernando, Espinardo y Valdeiglesias.

Condesas de Heredia-Spínola, Almodóvar, Lascoiti, Castronuevo, San Martín de Hoyos, San Luis, Caltavuturo, Castilleja de Guzmán, Alcubierre, Torre-Arias, Maceda, Artaza, Romanones, Torre de Cela, Torrejón y Vía-Manuel.

Vizcondesas de Fefiñanes, de los Antrines y de Portocarrero.

Señora de Rubianes, señora del general Borbón y su hija Blanca.

Baronesa del Castillo de Chirel.

Señoras y señoritas de Aranguren, Tovar, Pérez del Pulgar, Rodríguez de Rivas, Arcos y Caballero, viuda de Arcos, Barranco, Potestad, Maroto y Pérez del Pulgar, Mora, Ibarra, Tamarit, Santa Marina, Caro, Cabeza de Vaca, Frígola, González de Castejón, Muguiro, Santos Suarez, Díez de Rivera, Gil Delgado, Fernández de Villaverde, Escobar y Kirpatrick, Collantes, Fernández de Henestrosa, Aguilar y muchas más.

Algunas damas retiradas ha tiempo de la sociedad, donde siempre se guarda el recuerdo de sus grandes prestigios, como la marquesa viuda de Bendaña, una de las hermosuras que más han brillado en los salones aristocráticos, eran saludadas por sus amigos; otras, como la marquesa de la Mina, largo tiempo alejada de las fiestas mundanas por la enfermedad de su hijo el duque del Arco, recibía felicitaciones por el total restablecimiento del jóven prócer.

En el elemento juvenil llamaba la atención la hija mayor de los condes de Heredia Spínola, Angustias Martos y Zabálburo, que, por vez primera se presentaba ayer en sociedad, y figurará desde ahora entre las de más atractiva belleza.

La condesita de San Martín de Hoyos, la marquesita de San Vicente del Barco, la señorita de Arteaga, hija de los duques del Infantado, Piedad Iturbe, y las dos señoritas de Castrillo, la menor, Isabel, «bajo la sombra del sombrero de plumas «pavu», que daba al bello rostro el suave encanto de un esmalte de Limoges», formaban en primera línea entre las aristocráticas bellezas juveniles.

Muchos de los asistentes a la boda, los parientes y amigos íntimos, se trasladaron luego al hotel de la condesa de la Corzana, donde se sirvió espléndido refresco.

Los recién casados y sus padrinos fueron a dar las gracias a Sus Majestades, quienes les obsequiaron: a ella con unos pendientes de esmeraldas, y a él con una botonadura de perlas.

La Infanta D.ª Isabel envió a la duquesa de Algete una preciosa canastilla de camelias y lilas blancas, con una expresiva carta.

Anoche mismo salieron los recién casados para Granada, donde pasarán los días primeros de su luna de miel, que quiera Dios que no se acabe nunca.

* * *

En el elegante hotel de la condesa de la Corzana estuvieron expuestos días antes la magnífica canastilla de boda de la encantadora duquesa de Algete y los regalos recibidos, con motivo de su enlace con el marqués de Vallecerrato y de Castrillo.

En el hotel de Alcañices, cuyas estancias adornan los reposteros de la Casa, de terciopelo granate, era todo alegría y luz. Junto a los brillantes deslumbradores, los encajes, vaporosos, aéreos, aparecían piedras preciosas, tules, gasas, pieles y terciopelos. No podía ser más bello y delicado marco para la belleza femenina.

Después de admirar la magnífica canastilla y los elegantes trajes de la novia, los visitantes pasaron revista a los regalos, que sumaban una cantidad considerable, siendo la mayoría de ellos de valor y gusto.

Escribíamos entonces:

Llaman en primer término la atención los de las familias de los contrayentes, así como las joyas, colocadas en elegante vitrina antigua, que iluminan bombillas eléctricas en su interior.

El marqués de Vallecerrato ha regalado a su prometida magnífica diadema de brillantes y perlas, verdadera obra de arte que pone en alto el nombre de la Casa Ansorena; una pulsera de perlas y brillantes, una sortija con una soberbia perla negra, varios abanicos antiguos y algunos trajes, entre ellos el de novia, que es precioso. Es de *charmeuse*, con manto forrado de tisú de plata y faja de tul, bordado de cristal y adornado con encaje de Bruselas.

La condesa de la Corzana ha depositado en la canastilla de su hija unos pendientes de perlas de espléndido oriente y dos mantillas, negras, de *chantilly* y blonda; un velo de Bruselas, blanco; otro de Malinas, y una guarnición de *point à l'aiguille*; una valiosa diadema antigua de brillantes y amatistas con broche y pendientes iguales.

La marquesa viuda de Castrillo, a su futura hija política, hermosos pendientes de rubíes y brillantes y otros de perlas, y a su hijo, unos botones de perlas para la pechera y alfiler de corbata.

La condesa de la Corzana, a su futuro hijo político, un soberbio juego de té, antiguo, de plata; regalo hecho a ella por la última marquesa de Alcañices.

Los duques de Alburquerque, al novio, una petaca de oro, y a su hermana dos magníficos hilos de perlas, que se hacen «sautoir», y que acreditan la elegancia y gusto de la Casa de Luis Sanz.

Los hermanos solteros del novio, Emilia, Isabel, Enrique, Manuel y Luis, a la duquesa de Algete, un *pendentif* de brillantes y perlas y a su hermano unos gemelos de piedras de color y brillantes.

Los condes de Heredia-Spínola, a su sobrina, un magnífico imperdible, compuesto de tres aros unidos, de brillantes; los marqueses de Navamorcuende, sortijas de brillantes y zafiros; el marqués del Genal, tío del novio, una sortija, con un valioso rubí y un bolsillo de oro con cifras y corona en brillantes, y la marquesa viuda de Alava, pulsera de zafiro y brillantes.

La duquesa de Algete ha regalado a su futura madre política un alfiler de rubíes y brillantes; a sus futuras cuñadas, frascos para tocador, de cristal y oro, y a su prometido, una botonadura de perlas y piedras luna.

El novio, a la duquesa de Alburquerque, una pulsera de zafiro y brillantes, y al duque, una pipa de concha y brillantes.

El marqués de Alava, a su prima, un precioso abanico de pluma; la condesa de Almodóvar, otro abanico antiguo; los condes de Lascoiti, un alfiler de brillantes y zafiros.

SS. AA. los Infantes D. Carlos y D.ª Luisa han ofrecido a la bella novia precioso juego de café, de antigua porcelana de Sajonia, y el Príncipe Raniero de Borbón, un frasco de plata dorada para cognac.

Entre los regalos figuran los de la duquesa de Fernán-Núñez, que obsequia a la novia con un reloj de concha, y al novio con una pipa de marfil, con adornos de brillantes; de los marqueses de la Mina, un jarrón japonés; del marqués de la Torrecilla, un alfiler de brillantes y zafiros cabouchón; de los duques de la Victoria, una tabla gótica; de los duques de Medinaceli, una sopera de porcelana de China; los de Montellano, dos fruteros de plata; de los del Infantado, un alfiler de piedras; de la señora de Zabálburu un juego de tocador, de plata, y de los marqueses de Aranda, Señores de Rubianes, una vajilla de porcelana; del barón de Spínola y su hermana la señorita de Zulueta, un precioso juego de té de porcelana blanca y negra; de los señores de Navascués, una sortija de brillantes y un rubí; los señores de Gamero Cívico, hermanos del novio, un elegante saco de viaje...

No es posible reseñar la enorme lista de presentes. Más de doscientos, más de trescientos... Y claro es que toda la sociedad de Madrid ha enviado sus presentes. Y claro es que a los nombres facilitados de los orfebres españoles, habrá que agregar el de Felipe Sanz y el de Sainz, como los de las Casas favorecidas con encargos.

Llaman la atención varios abanicos antiguos, algunas artísticas joyas, y la magnífica arca antigua, tallada, en la que el marqués de Vallecerrato y Castrillo ofreció a su prometida las alhajas.

Entre los trajes, todos ellos elegantísimos, destacan; uno, de terciopelo negro con botones antiguos y faja de tisú de oro, brochado de azul; otro, de terciopelo gris pizarra, adornado con piel; uno, muy sencillo, de terciopelo de lana, color avena y franja de nutria; un abrigo de caracul y *skoung;* una salida de teatro, de tisú de plata y terciopelo coral, con adorno de *skoung;* varias batas preciosas: una de seda *liberty*, malva; otra de terciopelo y gasa Burdeos, con ribetes *skoung;* otra, de gran novedad, de crespón de China negro, con estampado de plata; una, lindísima, de crespón amarillo con adorno búlgaro.

Entre los vestidos de noche hay preciosidades: un traje de tisú de oro, con adorno bizantino, de gran riqueza; otro de gasa negra sobre gasa gris, bordada de plata.

De ropa interior es digna de mención una *liseuse* de terciopelo azul Joffre, con cuello de encaje de Bruselas; otra, color lila, con *frou frou* del mismo color.

Una obra de arte es el edredón y la bolsa de cama, de encaje auténtico sobre seda blanca, adornado con una guarnición de *skoung* y lazos de galón dorado.

Citaremos también un gabán de encaje de aplicación, con adorno de bordado rococó sobre cinta azul; un traje de tarde, de lana, blanco, adornado con armiño; unos trajes de casa, muy elegantes, adornados con magníficos encajes, que la condesa de la Corzana ha regalado a su hija.

Entre los sombreros están los últimos modelos de la moda.

Son presiosos: uno de paja, gris plomo, con *sprits*, y otro, de raso negro, con boina rodeada de *aigrettes*.

D. Estanislao Suárez Inclán.

Un banquete y un concierto.—D. Estanislao Suárez Inclán.

En el hotel de los marqueses de Urquijo se celebró anoche una agradable fiesta en honor del embajador de Francia y madame Thierry.

Precedió una elegante comida, siendo los comensales, además de los marqueses de Urquijo y de los embajadores de Francia, la Princesa Pío de Saboya, la duquesa y el duque de Aliaga, la marquesa y el marqués de la Romana, la condesa y el conde de Lasteyrie, la marquesa y el marqués de Villatoya, la dama particular de S. M. la Reina, señorita de Carvajal; el conde de Castilleja de Guzmán, y los dos hijos mayores de los dueños de la casa.

Terminada la comida, acudieron otras muchas personas, invitadas al concierto, que resultó interesantísimo.

El notable violinista Costa y el gran pianista Terán, en unión del célebre violoncellista Cassadó, ejecutaron de un modo inimitable el famoso *Trío*, de Beethoven; después Costa interpretó, con su maestría de siempre, *Liebesleid*, de Kreisler; Terán, al piano, admirablemente, la *Sevilla*, de Albéniz, y Cassadó, el *Nocturno*, de Chopín, y *Lo Fubiol*, *Lo Titit* y *L'Escarbat*, del compositor catalán Cassadó (padre), terminando con *Hoja de álbum*, de Wágner, siendo todos muy aplaudidos.

Entre las damas que acudieron al «après-dîner» figuraban la embajadora de los Estados Unidos, Mrs. Willard; duquesas de Santo Mauro, viuda de Sotomayor y Victoria; marquesas de la Mina, Riscal,

Sofraga, San Vicente del Barco, Viana, Villaviciosa, Portago, Santa María de Silvela, Cayo del Rey, Baztán, Villatoya, Jura-Real, Espinardo, Scala, Torneros, Santa Cristina, Santa Cruz, Marzales y Valdeiglesias.

Condesas de Torre Arias, Torrehermosa, Velle, Catres, Buenavista de la Victoria, San Martín de Hoyos y Alcubierre; vizcondesa de Roda, y señoras y señoritas de Iturbe, Landecho (D. Adolfo, D. José, D. Luis y D. Manuel), Portago, Brugère, Santos Suárez (D. Joaquín), Carvajal y Quesada, Monteagudo, Somosancho, Martínez de Irujo, Flores, San Miguel, Martínez de Campos, Travesedo, Ibarra, Jordán de Urríes, Willard, Fernández de Villavicencio y Escobar y Kirkpatrick.

También estaban el embajador de los Estados Unidos, el consejero y secretarios de la Embajada de Francia, el Príncipe de Beauvau Craon, los duques de Santo Mauro y Victoria, marqueses de la Mina, Santa María de Silvela, Baztán y Monteagudo; condes de la Maza, Torre-Arias y San Clemente; vizconde de Nava del Rey y otros más.

* * *

No queremos terminar estas líneas sin consignar aquí, del modo más sincero, nuestro pésame para los señores de Suárez-Inclán. El ilustre ex ministro y su esposa pasan en estos momentos por el dolor inmenso de haber visto morir en la flor de su vida—veintiséis años—a su hijo Estanislao, abogado de brillante presente y hermoso porvenir, esperanza fundada de quienes le dieron el ser.

Pero la muerte, egoísta, cruel, desoladora, ha roto la vida de este muchacho despierto y fuerte, simpático e inteligente, y ha sembrado de duelo la morada de los señores de Suárez-Inclán.

No hay consuelo posible para un golpe tan rudo; no hay modo alguno de amenguar el dolor tan legítimo de la herida que abre en el corazón el Destino; no hay más que una gran resignación ante el supremo mandato del Creador.

Con motivo de esta desgracia, y por la estrecha amistad que une a los marqueses de Argüelles con los señores de Suárez Inclán, la marquesa ha suspendido el brillante concierto organizado para el próximo martes, día en que la bella dama celebra su santo, y en el que habían de tomar parte artistas tan ilustres como la Besanzzoni y Anselmi y a Mazzoleni y Crabbé.

Concierto en el hotel de la condesa de Arcentales.

En los espléndidos salones de la condesa de Arcentales, decorados con la bella elegancia que sabe imprimir a todas sus obras la ilustre dama cuyo nombre figura a la continua rodeado de respetos en las crónicas mundanas y en las empresas de caridad; en esos salones que tienen mucho de suntuoso y mucho de artísticos, en los que se admiran cuadros y tapices, porcelanas y joyas, y en cuyas vitrinas refulgen el oro y la plata de los mil objetos litúrgicos que supieron reunir la condesa y el conde; en esos mismos salones en los que tienen su apostura gallarda armaduras guerreras y en las que brindan su encanto al invitado unos cuadros del Greco y cien muestras brillantes de arte retrospectivo; en esa residencia que ha sido también dulce morada de príncipes de la Iglesia cuando las fiestas solemnísimas del Congreso Eucarístico, se reunió ayer tarde gran parte de la sociedad aristocrática a la amable invitación de la bella dueña de la casa.

Se iluminaron los salones, irradiaron su luz las hermosas arañas de cristal y de bronce, lució con toda la gentileza de su estilo el elegante patio o «hall», con su alta galería de marmórea balaustrada, y en el salón de baile, en ese gran salón, inaugurado recientemente con motivo de la petición de mano de la encantadora Tolito, la hija menor de la condesa, y de cuyo fondo de pálido damasco se destaca un hermoso tapiz francés, tomaron asiento las amistades de la ilustre dama, que

ayer, como siempre, tuvo para sus relaciones los encantos de su charla, de su amabilidad y de su distinción.

¿Por qué brindaba ayer una nueva atracción el salón de fiestas? ¿Por qué se extendieron sobre el «parquet» aquellos bancos de palacio señorial tapizados de terciopelo azul? ¿Por qué la concurrencia, después de tomar el té en el suntuoso comedor, ocupaba sus puestos en el gran salón, en el que florecían las rosas, los claveles y los geranios?

La condesa de Arcentales brindaba a sus invitados un concierto. Y, en efecto, al momento comenzaron a resonar los acordes de un delicioso «Souvenir», de Urdla, lanzados al espacio por el violín del niño Enrique Iniesta. Enriquito Iniesta es un brillante artista. Con su trajecito blanco de marinero se alzaba ayer junto al piano—pulsado por el joven maestro y compositor Sr. Fuster—la infantil figurita de Iniesta, y con un aplomo y una seguridad impropios de sus años ejecutó su difícil programa. Porque al «Souvenir» ya citado siguieron la «Romanza andaluza» y el «zapateado», de Sarasate; el «Largo», de Haendel, y la «Legenda», de Wieniawski, terminando con la «Jota aragonesa», de Sarasate—nuestro insigne compatriota—, cuyas notas españolas vibraron valientes y sonoras. Una nutrida salva de aplausos coronó el trabajo del infantil artista.

Después... sentóse ante el piano el maestro Guervós. ¿Quién iba a cantar? Joven, risueña, destacándose sobre la solapa de seda de su levita la albura de una hermosa camelia, se alzó sobre el tapiz, que lo cubrían unos bellos geranios, la figura de Anselmi. Anselmi, el gran tenor recientemente ovacionado en el teatro Real, el artista exquisito que ha cantado en palacios y alcázares, dejó oir ayer los acentos apasionados de su voz en el salón aquel de la condesa de Arcentales, ante una aristocrática concurrencia, ante esa misma concurrencia que en las noches solemnes del regio coliseo ha batido sus palmas en honor del artista.

¿Qué decir ahora de la voz de Anselmi, de su timbre delicioso, de su escuela admirable, de su arte, en fin? Se hizo un silencio religioso, y como hilo de oro, como timbre de cristal, se escuchó la voz del tenor, que entonaba el «Vorrei» y el «Non m'amate piu», de Tosti; el «Ruscello», de Haendel; el «Porquoi tardez vous?», de Denza, y para terminar—¡por qué se acabaría!—, la «Seconda mattinata», de Tosti también.

Aquellas manos enguantadas, aquellas manos femeninas y aquellas otras de los caballeros se juntaron en fervoroso aplauso.

Anselmi, el gran Anselmi, había encantado a aquel público aristocrático de elegancias y de hermosuras. Porque así era el selecto concurso reunido ayer en los salones del magnífico hotel—más bien palacio—de la de condesa de Arcentales.

De la concurrencia formaban parte algunas damas que no suelen ir mucho a sociedad, como la duquesa de la Vega, que es una Veragua, y las condesas de Finat y Lascoiti, y la señora viuda de Drake (D. Emilio), que es una Travesedo.

Con la señora de Núñez de Prado iba su bella hija, la marquesa de San Carlos del Pedroso, que después de larga ausencia era saludada con gusto por sus amigas.

La marquesa de Ferrera presentaba a sus dos encantadoras hijas, que acababan de vestir el traje largo.

Asistían varias damas de la familia, que llamaban la atención por su belleza. Sabido es que todas las Ussías son guapas. La última es una Molins, muy bella también.

Entre otras muchas señoras, asistían las duquesas de T'Serclaes, viuda de Sotomayor, Victoria, Seo de Urgel, Tovar, Ahumada y Santa Elena; marquesas de Balboa, Santa María de Silvela, Cayo del Rey, Baztán, Moctezuma, Somosancho, Jura Real, Ahumada, Villatoya, Villadarias, viuda de Casa-Torres, Salar, Aguila Real, viuda de Hoyos, Rafal, San Adrián, Bermejillo del Rey, Villanueva de Valdueza, Guimarey, Argüelles, Riscal, Sofraga, Espinardo, viuda de Aldama, Castelfuerte y Valdeiglesias;

Condesas de Aguilar, Buenavista de la Victoria, Alcubierre, Torrejón, viuda de Esteban, Velle, Maceda, Vía-Manuel, Bernar, Artaza, Casal, Caudilla, Fuenteblanca, Castronuevo y Villamonte;

Vizcondesas de Eza, Roda y de Fefiñanes; baronesa del Castillo de Chirel, y señoras y señoritas de Borbón, Ezpeleta, Milans del Bosch, San Miguel, Martínez de Campos, Caballero y Echagüe, Núñez de Prado, Martínez de Irujo, Eizaguirre, Molins, Bermúdez de Castro, García Prieto, Bernaldo de Quirós, Moreno Osorio, Dumont, Aguilar, Arcos y Caballero, Travesedo, Drake de la Cerda, Reynoso, Despujol, Chaves, Escobar y Kirkpatrick, La Cierva, Gimeno, Vadillo, Pardo, Bermejillo, Sanz, Olivares, Torres, Frígola, San Felices, Giles, Pérez

Seoane, Elío, Saldaña, Lombillo, Jordán de Urríes, Figueroa y otras más.

También estaban: los generales Borbón y duque de Santa Elena; los duques del Arco, Tovar, Victoria, Conquista, Vega y Seo de Urgel; los marqueses de la Mina, Aymerich, Villadarias, Ferreras, Valdeiglesias, Ahumada, Salar, Balboa y Rubí; el ministro de los Países Bajos y Mme. Van-Royen, el de Bélgica y la baronesa Van-der-Elst, el conde de Villamonte, el de Casal, el vizconde de Roda, el primer introductor de embajadores, conde de Velle; el ministro de Marina, Sr. Gimeno; Travesedo, Hoyos, Fabra, Ansaldo, Sartorius, Cárdenas, Valenzuela, Escalera, Alonso Bayon, Molins, Hilarión Moreno, Ezpeleta, Moreno y Ossorio, Canthal, Asúa, el secretario de S. M. D. Emilio Tórres...

La condesa de Arcentales, secundada por sus lindas hijas la condesa del Vado y la señorita del Arco y por sus hijos el conde de Arcentales y su hermano y el conde del Vado, hicieron los honores con su amabilidad acostumbrada.

En el palacio de la marquesa de Argüelles. En casa de la duquesa de Canalejas.

Aunque no tanto como otros años, tuvo también el día de ayer su simpática animación. La fiesta de San José tiene siempre su eco en los salones madrileños; son muchas las personas aristocráticas que llevan el nombre del santo Patriarca, y por este motivo han de menudear las felicitaciones a las Pepitas y Pepes de sociedad

Recibieron muchos de ellos en la más pequeña intimidad. Aquellos tiempos de las recepciones en grande pasaron por ahora. La misma marquesa de Argüelles, que gusta de abrir sus salones en honor de sus amigos, hubo de suspender—ya lo dijimos—el anunciado concierto, con motivo de la muerte del malogrado joven D. Estanislao Suárez Inclán. Pero «se quedó en casa» y sus salones se llenaron de flores y de valiosos presentes. ¡Cuidado si tuvo regalos!

Aquellos salones de «La Huerta» se convirtieron en jardín. La frase no es nueva, pero sí exacta. Pocas veces, no siendo todos los años en honor de la marquesa, hemos visto tal cantidad de flores. ¡Dios mío, aquello era un vergel! Cestas, canastillas, centros de porcelana antigua... todo rebosante de claveles, de rosas, de camelias, de violetas... ¿Pues y aquella mesa de históricos recuerdos que se alza en el centro de la «loggia» o galería? Había que verla, lectores. Estaba llena por completo de ricos presentes. ¡Vaya, señores, si los amigos se portan bien con la marquesa! ¡Y vaya, por supuesto, si la marquesa se porta bien con sus amigos! Abundaban las joyas, las porcelanas antiguas,

las clásicas lozas de Talavera... Y hubo un regalo que fué celebrado por lo práctico: era un hermoso cesto lleno de espárragos, de naranjas, de limas, de piñas, de plátanos, de manzanas «verde doncella»..., ofrecido por los condes de Bugallal.

Como la marquesa de Argüelles es dama de tan brillante posición y tiene de todo y de lo mejor, sus amigos se ven a veces «apurados» para regalarle algo nuevo. ¿Qué no tendrá la marquesa?, piensan. El año pasado, tal día como ayer, el ilustre Linares Rivas acudió a «La Huerta» a felicitar a la dama.

—No he sabido qué regalarle a usted, marquesa. Tiene usted de todo...

—¡Que me diga usted eso, amigo mío!—replicó la dama—.¿Conque un autor como usted no sabe qué ofrecerme? Pues es muy sencillo. Para mí, de usted, el mejor regalo es un ejemplar de una de sus obras.

Y ayer, el ilustre autor de *El Abolengo* le envió una colección de sus primeras obras elegantemente encuadernadas en piel blanca y destacándose en oro la corona y la inicial.

—Muy bien, muchas gracias; me ha encantado su obsequio. Irá a engalanar mi biblioteca. (La marquesa tiene una magnífica biblioteca con algunos miles de volúmenes.)

Y al abrir el primer libro pudo leer la siguiente dedicatoria, que Linares Rivas escribió:

«Para la marquesa de Argüelles, una de las pocas damas que merecen, a la par, la crónica de un revistero de salones y el homenaje de un libro.»

¿Desfiló gente por los salones de su palacio de la calle de Serrano? Mucha, mucha, lectores.

Y eso que no había fiesta. Es decir, hemos dicho mal. Para los amigos de la marquesa la mejor fiesta está en saludarla.

* * *

Celebraba ayer su santo el simpático Pepito Canalejas, hijo de aquel insigne estadista tan cruelmente arrebatado a su vida gloriosa, y la viuda de aquel ilustre presidente del Consejo quiso reunir en su elegante casa de la calle de Alcalá a un reducido número de sus relaciones, obsequiándolas con espléndido té.

La duquesa de Canalejas.

Fot. Kaulak.

Allí, pues, acudieron personas de sociedad y de la política a la amable invitación de la bellísima dama, y allí se recordó—los momentos eran propicios para ello—la figura del insigne D. José, cuyo busto en bronce se alzaba ante nosotros por obra del mágico cincel de Mariano Benlliure, que allá en aquel otro salón nos daba gallarda prueba de su arte con aquel otro en mármol, en el que retrató con toda su hermosura la cabeza y el rostro y el busto de la duquesa, que en plena juventud vió troncharse toda su soñada felicidad.

Pero había algo más que la grata reunión en aquellos salones elegantes y modernos, en los que no faltan obras de arte y cuadros notables y algunos antiguos damascos; había que en aquella casa, iluminada por la belleza de la duquesa de Canalejas, a la par que ensombrecida por tantos y tantos recuerdos—vivos ahora más que nunca, porque las circunstancias lo imponen—, habían de escucharse los cristalinos gorjeos de Anselmi, el tenor aristocrático, festejado y querido de todos los públicos, ante los que dejó escuchar los cantos de su prodigiosa garganta.

Con una media voz encantadora, que subyuga y atrae y junta nuestras manos en entusiasta aplauso; con ese arte supremo que nos llena de plácida emoción; con esa elegancia de su escuela y con esa pasión que el gran tenor pone siempre en todo cuanto canta, deleitó al selecto concurso allí reunido, entonando «Manrú», de Paderewski; «Malia», de Tosti; «Occhi Turchini», de Denza; «Revé», de Tosti; la «Mattinata», de Leoncavallo.

Dejó de escucharse la deliciosa voz de Anselmi y resonó en el salón rotonda una merecida ovación.

¡Bravo, gran tenor, bravo!

Inclinó Anselmi su juvenil figura ante la aristocrática concurrencia y ofreció cantar más ante las peticiones de las damas. Y Guervós, que le acompañaba en el piano, preludió el «Non m'amate piu», que el tenor entonó magistralmente. Luego cantó—Anselmi es un artista de lo más amable—el «Vorrei», de Tosti, y la «Seconda mattinata», de Tosti también.

¿Hemos de consignar que de nuevo resonaron fervorosamente los aplausos?

Anselmi estaba satisfechísimo, y no sólo por su arte, sino por su a n to—ayer eran sus días—, fué muy felicitado.

—¿Cuándo se marcha usted?—le preguntó la señora de Sarthou?

—El veintitrés, a Sevilla—respondió el tenor.

—¿Y de España?

Y entonces Anselmi contestó:

—¡Ah, señora! Yo de España no me marcharía nunca.

Entre otras personas como escucharon ayer a Anselmi figuraban la señora de Sarthou y la marquesita de Selva Alegre; la señora de Gimeno, esposa del ministro de Marina; la condesa de la Corte y la señorita de Mendoza, la señora de Zancada y la señorita de García Güell, la señora de Sánchez Eznarriaga y las señoritas de Rodrigáñez, la señora de Raventós, esposa del director de los Registros; la señora de Muñoz (D. Buenaventura), la marquesa de O'Gavan, la generala Luque, Margarita Lacy, D.ª Rosa Saint-Aubin y la señorita de Bonnefón.

Estaban también el senador vitalicio señor Sarthou, el director general de Bellas Artes, D. Mariano Benlliure; su hermano Juan Antonio, el ex subsecretario de la Presidencia Sr. Zancada, el ex ministro de España en Lisboa conde de San Luis y su hijo, el exministro de la Guerra general Luque, el marqués de Quintanar, los Sres. Manrique de Lara, Hoyos y Vinent, Gayarre, «Monte Cristo», Sabater, el conde de Torre-Vélez, Retortillo, el magistrado del Supremo D. Buenaventura Muñoz y sus hijos, Raventós, Eznarriaga, Fabra, Figueroa y Alonso Martínez y algunos más.

A no ser por la sesión de Cortes, hubieran acudido algunas otras personalidades.

La duquesa de Canalejas y su hijo Pepe atendieron amablemente a sus amigos.

El día de ayer en los salones.

CELEBRÁBASE ayer la festividad del viernes de Dolores, y claro es que menudearon las felicitaciones en los salones madrileños a las Lolas y Lolitas aristocráticas. No hubo recepciones en grande, no; pero en la intimidad no faltaron agradables reuniones y miles deseos de venturas.

La condesa de Torre-Arias, la duquesa de Ahumada, la señora de Beistegui, la duquesa de T'Serclaes, la señorita de Frígola, la condesa de la Algaida, la vizcondesa de Castillo de Genovés, la señora de Vega Inclán... todas vieron sus casas llenas de flores y de regalos que testimoniaban grandes afectos.

Y como también celebraban su fiesta muchas Angustias, Soledades y Piedades—otras la celebran el viernes Santo—, fueron asimismo muy felicitadas y obsequiadas la marquesa de Alquibla, las señoritas de Heredia-Spínola y Pérez del Pulgar y Alba, hija de los marqueses del Albaycín, y la señorita de Iturbe, hija de la duquesa de Parcent.

En este palacio de los duques de Parcent es donde hubo mayor animación y, por tanto, en el que fué más numerosa la concurrencia. Se admiraron las obras de arte que atesora, y sobre todo se admiró la belleza de la gentil Piedita, que se vió favorecida con cientos de regalos. De flores... no digamos. Parecía que Murcia y Valencia—con las de Madrid—habían querido enviar al elegante palacio las más bellas.

Así, veíanse almohadones de lirios y violetas, sombreros campesi-

nos, llenos de flores de las de estufa, que más se asemejaban a las silvestres; lindas cajas, bajo cuyas tapas entreabiertas escapábanse grupos de encendidos claveles; lirios negros, hoy tan en moda; una hermosa cesta de ramas de almendro en flor, que la bella condesa de San Félix arregló con sus propias manos, para que la ofrenda tuviera más encanto, y otras bellas flores.

La duquesa de Parcent, que adora en su hija—motivos tiene para ello, porque Piedita es adorable—, conociendo sus aficiones artísticas, le regaló un reloj antiguo de gran mérito, y, además, una pulsera formada por una magnífica perla negra con dos brillantes.

Los demás regalos se agrupaban sobre el gran piano de cola, y por las mesas se distribuían las cestas y los maceteros florecidos de rosas, de claveles, de lilas blancas...

En lugar aparte podían verse otros sencillos regalos y recuerdos, que la señorita de Iturbe parecía estimar tanto como los otros. Eran tarjetas postales, escritas con indescifrables garabatos, en las que felicitaban a su gentil bienhechora los pobres por ella favorecidos.

Entre otras damas estuvieron a felicitar a Piedita la duquesa de Santo Mauro y su hija la condesa de San Martín de Hoyos, la marquesa de Santa Cruz, la duquesa de la Unión de Cuba, la marquesa de la Puebla de Parga, la condesa de San Félix y la señorita de Castellanos, la marquesa de Santa Cristina y sus hijas, la condesa de Castillcja de Guzmán y señorita de Rodríguez de Rivas, la marquesa de Ivanrey, la condesa de Maceda y su hija la vizcondesa de Fefiñanes, la marquesa de Argüeso, la señora de Santos Suárez, las marquesas de Villadarias, viuda de Hoyos, Valdeiglesias, Jura Real, Somosancho, de la Torre y Valdefuentes, la duquesa de Aliaga y su hija la marquesa de San Vicente del Barco, la condesa de Velle y la señorita de Pérez Seoane, la dama particular de S. M. la Reina, señorita de Carvajal; la señora viuda de Arcos, la señorita de Ramos Power y muchas más.

También fué muy felicitado el mayordomo mayor de S. M. la Reina Doña Victoria, duque de Santo Mauro.

* * *

Queremos consignar aquí con el mayor júbilo que en todos los salones aristocráticos, con las felicitaciones a las señoras de «los días», me-

nudearon otras cariñosas y sincerísimas y altas felicitaciones; eran aquellas que nos cambiamos ayer todos los españoles en dondequiera que nos encontramos.

A las pequeñas reuniones iban llegando las noticias de las Cámaras, y las ensordecedoras aclamaciones al Rey y los roncos vivas a España y el incesante clamoreo al Gobierno que, para nuestra ventura, rige hoy los destinos de la patria, pusieron honda emoción en los espíritus y lágrimas en los ojos. Fué el tema del día. No se habló de otra cosa. Se pensó alto y bien.

La figura gallarda del Monarca, rodeada del pueblo, que le vitoreaba enardecido; su cara, intensamente pálida por la emoción de los clamores; la bandera de España abrazada por miles de almas; el entusiasmo desbordante de todas las gentes; el ejemplo de vivo patriotismo dado por nuestros prohombres de la política; la fe que todos hemos puesto, como descanso de nuestra alma, en el Gobierno nacional que nos rige... fué el tema de todas las conversaciones en todos los salones y en todos los Círculos. Las sombras y las pesadumbres de anteayer se trocaron ayer en luz y esperanza. Y repetidamente oíamos:

—He ahí un Rey.

—He ahí un Gobierno.

—He aquí una nación.

Todo el mundo rindió a todos—Monarquía, Gobierno, Ejército, Pueblo, Patria, en fin—el homenaje de su delirante entusiasmo.

Sí, lectores; el de ayer fué un día grande, un día grande para España.

Tan grande, que más que viernes de Dolores parecía un domingo de Resurrección.

E, indudablemente, algo había resucitado en nosotros.

ABRIL-1918

En el palacio de los marqueses de Viana.

El gran pintor Sorolla, cuyos pinceles mágicos nos dan constantemente gallardas pruebas de su arte excepcional, terminó hace poco un hermoso retrato de S. M. la Reina Doña Victoria. Y la bella Soberana de España, atenta al afecto que dispensa a los marqueses de Viana, lo regaló a los ilustres aristócratas.

Quiso anoche el caballerizo mayor de S. M. el Rey presentar el retrato, ya colocado en su palacio, a la augusta esposa del Monarca, y en su honor abrió sus salones—los del antiguo palacio de aquel prócer de la aristocracia y de las letras, que se llamó el duque de Rivas—con una fiesta espléndida que tuvo, además, el encanto propio de lo que podemos llamar «petit comité».

Precedió un magnífico banquete que los marqueses de Viana habían preparado en honor de SS. MM.; mas como la indisposición que padece el Rey le impidió asistir, lo hizo solamente S. M. la Reina, acompañada de la camarera mayor de Palacio, duquesa de San Carlos.

Presidían la mesa, adornada con la severa elegancia peculiar de aquella aristocrática residencia, la Soberana, que tenía a su derecha al duque de Arión y a su izquierda al duque de Bivona, y la marquesa de Viana, que se sentaba entre el duque de Santo Mauro y el conde de Gavia.

Los demás comensales eran las duquesas de Santo Mauro y de Arión, las condesas de Gavia y del Puerto, las dos hijas de los dueños

de la casa, marquesa de Villaviciosa y condesa de Torre-Hermosa, el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; el duque de San Pedro, el conde del Real y D. José Falcó y Alvarez de Toledo, conde de Elda.

La comida se sirvió en el artístico salón Carlos IV que preside un hermoso retrato de Goya.

* * *

Después de la comida, y mientras llegaban los invitados a la fiesta, admiróse la obra maestra de Sorolla. Ha hecho el gran maestro valenciano una de sus mejores obras. Podría decirse que la maravilla de su arte se ha superado a toda su labor. ¿Pensaría Joaquín Sorolla este retrato en una de esas noches del Real en que desde su palco contemplaba en el regio la figura de la Reina? Acaso, sí; acaso nos atreveríamos a afirmarlo.

Porque nuestra hermosa soberana, que hace musitar en nuestros labios las versos aquellos:

> Nunca con más motivo ha de decirse
> que es su cara el espejo de su alma,

aparece en pie, apoyadas ambas manos sobre el rojo terciopelo del antepecho del palco regio, erguida su figura, rosado su rostro, como se matiza de nácar, cuando, al sonar la Marcha Real, pónese de pie el público y ofrécele con el corazón un fervoroso latido de cariño. El negro traje descotado delinea la esbeltez de la figura estatuaria, y los brazos, magistralmente dibujados, se destacan del fondo obscuro del cuadro; ni una sola joya distrae la atención, que se concentra en la figura radiante llena de soberana distinción.

El marqués de Viana había colocado el regio lienzo sobre una tela plegada de tonos grises, y toda la luz del salón, en cuyo testero principal se halla colgado, enfocaba hacia el cuadro, haciéndole aparecer como una viviente realidad la admirable creación del artista.

Todos los invitados hicieron grandes elogios de la obra.

* * *

Como en los actuales momentos no se baila casi casi en los salones, los marqueses de Viana habían preparado el siguiente programa, que tuvo feliz cumplimiento en uno de los ángulos del salón de baile, en una escena adornada con antiguos y artísticos tapices.

Lydia Lopoukova.—«Anitias» (dance), Grieg. «Prelude», Chopin. «Douxpechè», Vicenzo Villi.

Catalina Bárcena.—Monólogo, original de D. Gregorio Martínez Sierra, titulado *Sólo para señoras.*

Antonia Mercé, La Argentina.—«Mi chiquilla», canción con castañuelas, letra de Sinesio Delgado, música de Valverde; «Serenata andaluza», Ducker; «Lulú» (fado), Milano; «Baile gitano», Castillo; «Alegrías», Valverde, acompañada al piano por el maestro Romero.

El primer actor de la compañía del teatro Eslava, Sr. Hernández, desempeñó el papel de criado.

Tan atractivo programa se cumplió en todas sus partes, y si la gentil Lopoukova cautivó a todos con su gracia alada y su dominio de la danza, La Argentina se nos presentó, después de cuatro años de ausencia, más bella y artista que nunca.

Catalina Bárcena dijo el gracioso monólogo, o mejor dicho la conferencia antimasculina, con toda la gracia y el ingenio que pone siempre en sus papeles la encantadora artista, mereciendo también grandes aplausos.

El Sr. Romero acompañó muy bien al piano a la Lapoukova y La Argentina.

Todas las artistas fueron obsequiadas por los marqueses de Viana con ricos presentes.

* * *

La concurrencia fué muy selecta, asistiendo, además de las personas citadas, la Princesa Pío de Saboya, las duquesas de Aliaga, viuda de Sotomayor, Infantado, Parcent, Plasencia, Unión de Cuba y Victoria; marquesas de la Mina, San Vicente del Barco, Santo Domingo, Ivanrey, Riscal, Tenorio, Sofraga, Valdeolmos, Urquijo, Portago, Marzales, San Carlos de Pedroso, Monteagudo, Romana y Scala.

Condesas de Agrela, Heredia-Spínola, Buenavista de la Victoria, Torre-Arias, San Luis, San Martín de Hoyos, San Félix y Cuevas de Vera.

Señoras y señoritas de Alba, García-Prieto, Agrela, Martos y Zabálburu, Ibarra, Chávarri, Alcalá Galiano y Osma, Martínez de Irujo, Iturbe, Santos Suárez (D. José y D. Joaquín), Monteagudo, Hurtado de Amézaga, Núñez de Prado, Arteaga, Cabeza de Vaca, Rodríguez de Rivas, Muguiro, Fernández de Villavicencio, Caltavuturo, Castellanos, Lombillo, Bermejillo, Camarasa, Maroto y Pérez del Pulgar.

Aparecía por segunda vez en sociedad la encantadora hija mayor de los condes de Heredia-Spínola. Entre las damas se veía a la bella señora de Chávarri, que habitualmente reside en Bilbao y está pasando una temporada entre nosotros.

Entre los hombres políticos figuraban el ministro de la Gobernación, marqués de Alhucemas; el de Instrucción pública, D. Santiago Alba; los marqueses de Portago y de Urquijo, el conde de San Luis, el ex alcalde de Madrid, Sr. Prado y Palacio, y otros.

La Reina quedó muy complacida de la interesante fiesta, de la que hicieron muy amablemente los honores los marqueses de Viana y sus bellísimas hijas Carmen, vestida de tisú de oro cubierto de gasa color marrón, y su hermana, con precioso traje de gasa gris acero.

La marquesa de Montealegre de Aulestia, hija de los marqueses de Casa-Madrid.
Fot. Resines.

La marquesita de Montealegre de Aulestia y don Antonio Martín Montis.

Adornóse ayer tarde con guirnaldas de flores y altivas palmeras el artístico templo de las Reales Descalzas; alzóse entre bellos macizos de blancos claveles y albos azahares una magnífica imagen de la Virgen, del siglo XVI; resplandecieron las luces como puntos de fuego en la severa nave de la iglesia; dibujaron sus líneas sobre la clásica arquitectura de las tribunas laterales, ocultas tras las misteriosas celosías, los escudos y las águilas de los Austrias, fundadores de la residencia conventual; revistióse de pontifical el señor obispo de Madrid, y a las cuatro y media en punto, lleno el templo de distinguida concurrencia, un popular y alegre vocerío anunció la llegada de los contrayentes.

Porque hemos de decir antes que nada que estas galas del templo lucieron ayer en honor de una gentil pareja enamorada, perteneciente a aristocráticas familias; ella, la bellísima Srta. Josefina de Santiago Concha y Loresecha, marquesa de Montealegre de Aulestia, hija de los marqueses de Casa-Madrid; él, D. Antonio Martín Montis, primogénito de los de Linares.

Resonaron bajo la bóveda del convento los majestuosos acordes de la *Marcha nupcial*, de Mendelssohn, y cruzó el atrio la novia, encantadora, del brazo de su padre, el marqués de Casa-Madrid. ¡Linda novia ésta marquesita gentil, que al verla cruzar ayer bajo su manto de encaje de «point d'Alençon», sonrosado el semblante

por la emoción y brillando en sus grandes ojos la luz de una esperanza de felicidad, hizo asomar a nuestros labios los versos de algún madrigal! Daba el novio su brazo a la marquesa de Linares y el marqués ofreció el suyo a la marquesa de Casa-Madrid. Y seguidos de los testigos continuaron hasta el altar mayor.

Fueron padrinos la marquesa de Casa-Madrid, que vestía elegantísima «toilette» gris plomo, y el marqués de Linares, que lucía sobre el uniforme de mayordomo de semana de Su Majestad la banda de la gran cruz del Mérito militar, blanca, y firmaron el acta matrimonial, por parte de la novia, sus hermanos, el conde de la Vega del Ren—que lucía el uniforme de la Maestranza de Zaragoza—y D. Alfonso de Santiago Concha; su primo el marqués de San Miguel de Híjar, el conde de Tepa y el nuevo ministro de Chile en España—recientemente llegado a Madrid—, Sr. Fernández Blanco, y por la de él, el ministro de Gracia y Justicia, conde de Romanones; el ex ministro general Luque, el conde de Sallent—los tres de uniforme—, su tío D. Francisco Montis, el vizconde de Llanteno y D. Felipe Clemente de Diego.

La ceremonia fué solemne, y el prelado Sr. Melo y Alcalde pronunció una sentida plática.

Los concurrentes a la iglesia—donde ya expresaron sus felicitaciones a los novios—se trasladaron después a casa de los marqueses de Casa-Madrid.

Los elegantes salones de la calle de Lista se animaron brillantemente y dijérase que aquel conjunto de juveniles encantos, que presidían la lindísima Isabel de Santiago Concha—hija mayor de los marqueses de Casa-Madrid, y la bellísima Mundita Martín Montis, hija de los de Linares, que vestía ayer por primera vez su traje largo—no era sino una continuación de las bellas flores con que se adornaban los centros de plata, de porcelana y de cristal que descansaban a su vez sobre las artísticas mesas de la morada.

Entre otras damas, figuraban, además de la marquesa viuda de San Miguel de Híjar—que asistió a la ceremonia a pesar de su luto por tratarse de la boda de una sobrina suya—, las duquesas de Sessa, Terranova y viuda de Terranova; marquesa de Linares, ya citada; Villabrágima, Ariany, Portugalete Rafal, Caicedo, Prado Ameno, Benicarló, que era muy felicitada por su total restablecimiento;

Almunia y Aguila; condesas de Romanones, Torre-Arias, Velayos, Encina, Bernar, Villamonte, Finat, Sierrabella, Torre de Cela; vizcondesa del Castillo de Genovés; baronesas de la Torre y viuda del Castillo de Chirel; señoras y señoritas de Oruña, Chavarri (D. Romualdo), Vázquez de Zafra, generala Luque, Luque (D. Ernesto), Barrera, Sancho, viudas de Despujol y de Casas, Hernández, Alonso de Saavedra, Escrivá de Romaní (Tovar de Lemos), Figueroa, Machimbarrena, Márquez de la Plata, Montis (llegada de Valencia para la boda), Zúñiga, Reynoso, Mazorra, Collantes, Aisa y Cabrerizo, Ossorio de Moscoso, Despujol, Portugalete, Alonso Saavedra, Kobbe y Chinchilla e Isabel Arenzana y su hermana, entre otras.

También recibió los saludos de la concurrencia la señora de Fernández Blanco, esposa del ministro de Chile y dama de gran distinción que se conquistará pronto muchos afectos en esta corte.

Los jóvenes marqueses de Montealegre de Aulestia salieron anoche mismo en el expreso para Sevilla, donde pasarán los primeros días de su luna de miel. Después recorrerán otras ciudades andaluzas.

Sean los nuevos esposos muy felices.

* * *

Días antes—el 30 y 31 de Marzo—estuvieron expuestos en los salones de los marqueses de Casa-Madrid, el *trousseau* y los regalos de su hija.

Para los obsequios, reunidos en dos amplios salones y para la canastilla de boda y las alhajas agrupadas con arte exquisito en cuatro estancias consecutivas, no tuvieron cuantos visitaron la casa más que palabras de elogio.

Llamaron la atención los regalos cruzados entre las familias.

Los trajes son de suprema elegancia; el de boda, regalo del novio, es de «peau de soie» blanco con larga cola forrada de gasa de plata; el velo, magnífico, es de antiguo encaje de Alençon, uno de esos encajes que se conservan en las familias, transmitidos de unos a otros por larga serie de ilustres antepasados. Este encaje es regalo de la marquesa de Casa-Madrid, que además ha puesto en la canastilla de su hija: una mantilla de encaje de Chantilly y otra de encaje Duquesa, de gran mérito; una colección de abanicos antiguos, una «écharpe point á l'aiguille» y varios trajes y kimonos elegantísimos adornados con encajes.

Muchos de los bordados que más han llamado la atención de los visitantes han sido hechos en los talleres de la Inclusa.

Entre las joyas—muchas de ellas reveladoras del arte de Luis Sanz, hoy día uno de los joyeros *de moda* como Ansorena, como Sainz,—figuran: una diadema de brillantes que figura ancha cinta de admirable dibujo, una estrella de brillantes y una corona heráldica de los marqueses de Casa-Madrid, dos soberbias perlas para las orejas y otras joyas muy valiosas, del novio;

os condes de Vega de Reu y D. Alfonso Santiago Concha, a su hermana, una «barrette» de brillantes y zafiros; Isabel Santiago Concha, a su hermana, una sortija con una perla y un brillante magníficos; los condes de Romanones, al novio, un precioso reloj de oro con corona de brillantes; una botonadura de zafiros y brillantes, de los señores de Luque; otra, de zafiros, de los condes de Villapadierna; un alfiler de brillantes, de los condes de Montefuerte; otro, de las mismas piedras, de la señorita de Luque.

Los marqueses de Casa-Madrid han regalado a su futuro hijo político, un reloj de oro con la corona y las iniciales en brillantes; la marquesa de Montealegre, a su futuro, unos botones de brillantes y dos perlas para la pechera; los hermanos del novio le han regalado un alfiler de brillantes.

Figuran además, entre los regalos de familia—los restantes pasan de 300, lo que hace imposible detallarlos por falta de espacio—, un magnífico «necessaire» de plata de los marqueses de Linares a su futura hija política y a su hijo un alfiler con un hermoso solitario; las señoritas de Linares a su futura hermana política una preciosa bolsa de malla de oro; los marqueses de Hijosa de Alava, a su sobrina, un juego de bandejas de plata repujada; un centro de plata su tía la marquesa de San Miguel de Hijar; unas copas de plata los condes de Sierrabella, y una preciosa bandeja de plata del niño de los condes de Vega del Ren.

Entre los demás regalos—firmados por orfebres como Felipe Sanz—llamaban la atención una hermosa piel de oso blanco y un espejo antiguo con marco de cristal, regalo de los condes y la condesa viuda de Casa-Miranda.

El beneficio de Fernando Díaz de Mendoza.

BRILLANTE aspecto ofrecía anoche la sala del teatro de la Princesa. No en balde celebraba su beneficio el ilustre Fernando Mendoza—dos veces aristócrata: por su cuna y por su arte—, y no en balde tampoco ofreció el programa el atractivo del estreno de *Alondra*, drama en tres actos, de Eduardo Marquina. De los méritos de la obra, de cómo fué aplaudida por el público, del interés que supo despertar en el selecto concurso la nueva producción del autor de *Doña María la Brava*, no soy yo quien os ha de hablar; yo sólo consignaré que el eminente director del elegante coliseo, que ha sabido llevar a la escena española todo ese perfume de aristocracia y de exquisitez con que se aroma la de la Princesa, tuvo un felicísimo beneficio de simpatías, de afectos, de regalos, de aplausos.

El saloncillo de la Princesa es un salón aristocrático. Dijérase que los condes de Balazote reciben en él a sus amistades y se diría frase apropiada. Por eso, entre aquellos muros adamascados, de las claras sederías y las obscuras caobas, es frecuente ver reunidos, con artistas y literatos, a aristócratas de la sangre. El duque de Tamames y el de San Pedro de Galatino eran de los diarios concurrentes al elegante saloncillo donde todo suceso tiene su comentario ingenioso. Ahora, de aquellos dos asiduos contertulios, sólo queda el segundo, porque al primero se lo llevó la Muerte.

Anoche, también, en uno de los entreactos, muchas señoras aban-

donaron sus palcos y entraron en el saloncillo y en el cuarto de María Guerrero para saludar y felicitar a los señores de Díaz de Mendoza.

—Muchas gracias, muchas gracias a todos—decía Fernando, con esa expresión amable que él pone en todo cuanto dice.

Junto a la figura de María Guerrero se alzaba gentilmente un arpa pequeñita.

—¿Es usted muy aficionada?—preguntaban a la insigne actriz.

—Mucho. Y, además, es como un descanso apacible en los escasos momentos que el trabajo me deja libres. La música me encanta.

Anoche aquel saloncillo aparecía lleno de regalos. Tantos eran que no los retenemos todos en nuestra memoria. Sin embargo, recordamos algunos. Por ejemplo, una preciosa caja de madera y «vermeil» para cigarrillos, con un zafiro «cabouchon» por cierre, recuerdo de «El pelotón de los torpes». Así por lo menos firmaban los interesados en aquella carta blasonada con que enviaban el obsequio. ¿Y quiénes forman ese delicioso «pelotón de los torpes»? Pues el conde de la Mejorada, hijo de los marqueses de Portago; el conde de Glymes de Brabante, hijo de la condesa de Alcubierre; Jaime Díez de Rivera, hijo de los condes de Almodóvar; José Sartorius, hijo de los condes de San Luis; Joaquín Osma, hijo de la condesa viuda de Vistaflorida; Otto Jencquel, Marcelo Corral y Guillermo Bahía. Y se firman «El pelotón de los torpes» porque todos ellos son los que han de representar los los papeles «de hombres» de la comedia quinteriana *Amores y amoríos* en la función benéfica que se celebrará el próximo jueves en el mismo teatro de la Princesa, bajo la dirección de Fernando Díaz de Mendoza y en unión de las actrices de la compañía.

La marquesa de Portago y la duquesa de la Victoria, que patrocinan la fiesta, enviaron a Fernando un precioso billetero de «moirée» negro, con broche de zafiros y brillantes; los condes de Romanones, una elegante boquilla de concha con anillo de brillantitos; un artístico reloj de mesa de noche los señores de Ibarra (D. Fernando María), cuya espléndida casa de Bilbao acaso la vimos anoche reproducida en la fachada y en los salones de la morada en los que se desarrolla la acción de *Alondra;* un elegante tarjetero con aplicaciones de oro, de los Quintero; una hermosa colección de las obras de Cervantes encerrada en artístico estuche, del maestro Ortega Munilla; un artístico grupo de «Las tres gracias», de la Congregación de Nuestra Señora de

la Novena, y otros elegantes regalos del duque de San Pedro de Galatino, de Antonio de Hoyos, de Acebal, de los marqueses de Valdeiglesias, de Benavente, de la Agrupación Femenina socialista y de la Juventud socialista también; detalles éstos que demuestran cómo en el teatro de la Princesa se funden todos los afectos.

Para la Arrendataria de Tabacos debió ser el de ayer un buen día, a juzgar por las cajas que recibió Díaz de Mendoza. Seguramente para fumar todo el año... a pesar de lo mucho que fuma él.

Pero, detenidos con la enumeración de estos regalos, no hemos justificado todavía nuestra frase del comienzo de esta crónica: que la sala estaba brillante. Ibamos a citar algunos nombres. Claro es que literatos, y políticos, y artistas, y científicos, no faltaron entre la concurrencia; el alcalde, Sr. Francos Rodríguez; el duque de Tovar, el de las Torres, el de San Pedro; el conde de Romanones, ministro de Gracia y Justicia; el marqués de Portago, el de Ivanrey, el conde de San Luis, el de Peña Ramiro, el de Villamonte; el marqués de los Altares, el duque de Aliaga, Decrelf, Tolosa Latour, Llorente, Subirana, los Quintero...

Entre las damas: con la marquesa de Viana, su hermana la de Tenorio y la condesa del Puerto; la condesa de Villamonte, con la señora viuda de Díez-Martein y la señora de Franco; la señora de Urrutia, con la de Torroba, hija del marqués de los Altares; la duquesa de Aliaga, con la marquesa de Marzales; la señora de Sarthou, la marquesita de Selva Alegre y la señora de Tejada; la condesa de Vilana —recientemente llegada de Chile—, con la señorita de Vadillo; la ilustre condesa de Pardo Bazán—que recibía en su palco muchos saludos de felicitación por celebrar «sus días»—, con sus hijas la señora de Cavalcanti y la señorita de Quiroga y la señora de Sánchez Anido; con la condesa de Arcentales, su hija la condesa del Vado; con la duquesa de la Victoria, la condesa viuda de Catres y la marquesa de Monteagudo; con la condesa de Maceda y la vizcondesa de Fefiñanes, la señora de Ibarra (D. Fernando); con la marquesa de Guimarey, la marquesa de Valdeolmos y la señorita de Giles; la marquesa de Portago y la duquesa viuda de Sotomayor, con sus hijas las señoritas de Cabeza de Vaca y Carvajal y Martínez de Irujo; la condesa de Limpias, la señora y señorita de Alonso Martínez, la duquesa de Tetuán, la señorita de O'Donnell y la condesa de San Luis; la princesa Pío de

Saboya, marquesas de Ivanrey y Valdeiglesias y señorita de Castellanos; señora de Núñez de Prado, sus hijas, la marquesa de San Carlos del Pedroso y señorita de Núñez de Prado, y señorita de Pidal; duquesa de las Torres, marquesas de Aracena y San Eduardo y señoras y señoritas de Fernández de Robles, Verdugo, Alvarez Quintero, Luque, Tolosa Latour, Subirana, Bernaldo de Quirós, viuda de Soriano, Marquina...

No pudieron concurrir los Reyes, que tanto estiman al gran actor, y que nunca faltan en estas solemnidades. Pero ocupaba su palco S. A. la Infanta D.ª Isabel, acompañada por su dama, la señorita de Bertrán de Lis.

El aristocrático público rindió repetidas veces el homenaje de su aplauso a los eminentes actores, y elogió merecidamente el acostumbrado primor de las decoraciones. En los trajes de las actrices advertíase el buen gusto y la elegancia de siempre.

María Guerrero tenía hechos sus encargos a París, y el inoportuno cierre de la frontera impidió que llegaran a tiempo. Pero como en Madrid hay modistos franceses bien provistos de modelos, fácilmente se resolvió el conflicto, y la elegancia de la gran actriz no padeció el menor menoscabo.

—Muchas felicidades, María.

—Otras muchas, Fernando.

—Y ahora a seguir la victoriosa «tournée».

—Primero—decía el gran actor—iremos a Sevilla, donde tenemos un gran abono; luego, a Córdoba, y en seguida a América, para visitar de nuevo la Argentina, Chile y el Uruguay.

Mariano Mendoza escuchaba todo esto con tristeza. El no irá, no acompañará a sus hermanos. No se encuentra bien. Necesita descanso, reposo, método...

—¿Y no tiene usted miedo a navegar, sobre todo en estos momentos?—interrogaron sus amigos a la gran María.

—Al contrario—contestó rápida.—El navegar me encanta. Es como un sedante para mi espíritu. Puedo decir que únicamente cuando navego es cuando descanso. Son quince días de no ensayar, de no luchar con los modistos, de no sentir las constantes preocupaciones del trabajo que nos abruma... Una delicia.

En resumen: la noche de ayer fué una noche brillante.

Una interesante función benéfica en el teatro de la Princesa.

En la augusta soledad de la noche nos ponemos a escribir esta crónica. Son las tres de la madrugada. Hace unos momentos hemos abandonado el teatro de la Princesa, y henos ya en nuestro despacho solitario, propicios a narraros la fiesta que ha poco ha terminado. Ha sido brillante. Ha sido un gran éxito. Aquellos temores que sentían en los comienzos de la organización la duquesa de la Victoria y la marquesa de Portago han desaparecido ya. El triunfo ha coronado los esfuerzos y desvelos de todos.

Todo era júbilo anoche en el elegante teatro de la Princesa, cuya sala—sala aristocrática—presentaba el lucido aspecto de una función de gala. En sus palcos, la familia Real. En todos los demás, en las butacas, en todas las localidades, lo que podemos llamar «todo Madrid». ¡Oh, qué efecto tan lindo y tan brillante! ¡Oh, cuánta dama y cuánta flor! Pero vamos por partes, ya que hemos consignado el triunfo. Y ofrezcamos ya también nuestro aplauso a las damas organizadoras y a cuantos en la fiesta han tomado parte.

* * *

Fué una fiesta teatral, iniciada, organizada y celebrada teniendo por móvil un noble fin benéfico. Ya está dicho que el motivo no puede ser más simpático. Una fiesta teatral en la que se combinan dos

trabajos: el de las actrices de la Princesa y el de los distinguidos jóvenes—todos ellos aristocráticos—que interpretaron los papeles de «hombre».

Yo, desde mi butaca, presencié la representación de la bella comedia quinteriana *Amores y amoríos* con el interés que me merecían la obra y sus intérpretes, y en más de una ocasión junté mis manos en aplauso caluroso. ¿Conocéis el reparto? Pues leedlo: *Isabel*, Anita Martos; *Dolores*, María Millanes; *Julia*, María L. de Guevara; *Nieves*, Julia Pacello; *Matilde*, María Hermosa; *Irene*, Blanca Alonso; *Cecilia*, Teresa Intilini; *Mercedes*, María T. Andriani; *Juan María*, Jaime Díez de Rivera; *D. Leoncio*, conde de Glymes de Brabante; *D. Alejandro*, Otto Jencquel; *Lauro*, Joaquín Osma; *Jorge*, conde de la Mejorada; *Moyita*, Marcelo Corral; *Rafael*, José Sartorius; *Ciutti*, Guillermo Bahía.

Figuraos el interés del aristocrático público al conocer este reparto, en el que figuran con los nombres prestigiosos de las bellísimas artistas de la Princesa, los de ilustres familias de la nobleza. Dijérase que la función se celebraba en el salón-teatro de un aristocrático palacio.

Nosotros acudimos a la Princesa llevando en nuestra memoria unos cuantos recuerdos. Nosotros también fuimos aficionados a salir a la escena a representar «nuestras» comedias. Y anoche, cuando se alzó el telón adamascado, recordando nuestros tiempos juveniles—los de la primera juventud, porque, por fortuna, de la segunda no hemos pasado todavía—, recitamos con Jorge Manrique aquellos versos de

«Cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

¡Ay, cómo vuelan los años! Y con ellos, cuántas ilusiones vuelan también. Nos remozamos, pues, anoche viendo, escuchando, admirando a aquellos felices intérpretes de *Amores y amoríos*, y tengo por seguro que con nosotros alguien se remozó también. A ciencia cierta que el ilustre Fernando Díaz de Mendoza, hoy todo un señor conde de Balazote y de Lalaing, grande de España, y hoy todo un señor Director del teatro de la Princesa, sintió cruzar por su memoria, viendo a los aristocráticos «actores», el bello recuerdo de aque-

ilos días de su mocedad en los que a él se le llamaba Fernando Fontanar y en los que aun no cruzaba su pecho, como ahora, con la banda morada de la gran cruz de Alfonso XII, en premio a sus campañas gloriosas en favor y en renacimiento del arte nacional.

Pero cruzaban su cerebro miles de ilusiones, que en esa edad dorada de la juventud valen más que las grandes cruces; sentía sus ardores por la escena y soñaba con un mañana—que ya llegó—próspero en laureles. Con el poderío de su arte, con su voluntad firme, con su trabajo perseverante, Díaz de Mendoza ha triunfado gallardamente. Por eso los aristocráticos «actores» que anoche se presentaron en la escena de su teatro, cuando comenzaron a ensayar le dijeron:

—Fernando: dirígenos, que aquí estamos para obedecerte y atender tus indicaciones.

Y Fernando Mendoza, con ese aire de eterna jovialidad, con esa sonrisa que no se aparta de sus labios, con ese espíritu de hombre de mundo que caracterizan al director de la Princesa, dirigió los ensayos como si se tratara de un estreno. Así salió la obra. Usando de una frase vulgar, diremos que bordada.

* * *

Amores y amoríos no es una obra fácil, ni mucho menos. Por eso es más de tener en cuenta cómo se interpretó. ¿Hemos de hablar ahora de las lindas actrices—¡cuidado si son guapas!—del teatro de la Princesa? Las admiramos a diario, a diario las aplaudimos; vivo está, pues, en nosotros el recuerdo de su arte exquisito. Consignemos, entonces, nuestro aplauso justísimo para todas ellas; pero en esencial para Anita Martos, artista de exquisita sensibilidad, que anoche recitó maravillosamente el poema «La rosa», poniendo en la frase

«¿Quien te arrancó de la rama
que no estás en tu rosal?»,

toda la dulce emoción que los versos encierran, y para María Ladrón de Guevara, que hizo una *Julia* encantadora y deliciosa, aromada con todas las ingenuidades de su arte.

Destacóse de ellos en primer lugar Jaime Díez de Rivera, hijo de los condes de Almodóvar, en su personaje de *Juan María*, eje de la comedia. Cuanto digamos será justo. Serenidad, entonación, ademán, gesto, emoción..., todo lo puso este joven aristócrata al servicio del simpático y noble poeta que representaba. En algunos momentos transmitió al público las inquietudes de su alma enamorada e indecisa. Fué el suyo un trabajo de actor consagrado por los aplausos.

¿Pues y el simpático conde de la Mejorada? ¿Qué decir del delicioso y campechano *Jorge*, que representó a las mil maravillas? Desenfado, galanura, alegría, jovialidad... todo lo que requiere el personaje—¡tantos así en la vida!—, supo dárselo gentilmente el primogénito de los marqueses de Portago. Fué el suyo otro éxito. Tanto, que el auditorio vivió también las andanzas del que abandonó por fin la soltería, subrayando con espontáneas carcajadas algunas frases de la obra, que, en boca de Antonio Portago y ante un público como el de anoche, resultaban chistes graciosísimos.

Marcelo Corral fué un *Moyita* delicioso. No se puede variar el adjetivo. Así, delicioso. Con su extraordinaria y fina vis cómica, dió a su personaje todo el realce debido. Parecía uno de esos actores que se adueñan del público en cuanto salen, en atención a haber trabajado mucho y siempre con éxito. ¡Vaya si estuvo bien Marcelo Corral! Y ya le demostró el público la complacencia con que le veía.

Joaquín Osma, admirable de tipo, caracterizado con raro acierto, dió a su parte de *Lauro* todo el aire de hombre de campo de las tierras andaluzas. Su voz, su acento, su gesto, eran los que requería el personaje, y en el cuarto acto escuchó calurosos aplausos en un mutis. Grandes condiciones de actor tiene este *Juaco* Osma, hijo de la condesa viuda de Vistaflorida.

José Sartorius, hijo de los condes de San Luis, y Guillermo Bahía, hijo del senador D. Luis, «bordaron»—repitamos la palabrita—sus respectivos papeles de *Rafael*, el teniente vivaracho, y de *Ciutti*, el criado andaluz del señorito Jorge; y el conde de Glymes de Brabante, hijo de la condesa de Alcubierre, y Otto Jencquel encarnaron acertadamente el *Don Leoncio* y el *Don Alejandro*. Podemos decir que obtuvieron dos triunfos.

Fué un éxito, que tuvo una parte inesperada: aquella—al final del acto tercero—en la que al levantarse el telón para que saludasen

los intérpretes apareció en el proscenio el marqués de Someruelos y dió lectura a unos versos que casi momentos antes había escrito. Iban dedicados a la Reina, a sus empresas de caridad, a los rasgos generosos de su corazón. Y el marqués de Someruelos, terminó con un ¡viva nuestra querida Soberana! que fué clamorosamente contestado.

* * *

¿La concurrencia?

Ya hemos dicho que el aspecto del teatro era el de una función de gala. Detallaremos algunos nombres:

En primer lugar: en el palco regio, SS. MM. las Reinas Doña Victoria y Doña María Cristina y el Infante D. Fernando; en el contiguo S. A. R. la Infanta D.ª Isabel y S. A. la duquesa de Talavera; en el de la servidumbre, las duquesas de Terranova y Vistahermosa y la Srta. Juana Bertrán de Lis.

En las plateas: la duquesa de Luna con la marquesa de Villavieja, la vizcondesa de Portocarrero y la señorita de Escandón; las marquesas de Viana, Villaviciosa y Tenorio y condesa de Torre-Hermosa; condesa de Alcubierre, marquesas de Espinardo y de Valdeiglesias y señorita de Escobar y Kirpatrick; duquesa de Santa Elena, condesa del Moral de Calatrava y señorita de Vadillo; marquesa de San Carlos del Pedroso, señora y señorita de Núñez de Prado; duquesa de Tarancón, condesa del Recuerdo y señorita de Bernaldo de Quirós; Princesa Pío de Saboya, duquesa de Plasencia y marquesas de Valdeolmos y de Ivanrey; baronesa del Castillo de Chirel, señora de Bermúdez de Castro, señorita de Frígola y la recién casada señora de Quiroga; condesa de Artaza y marquesa de Bajamar con sus hijas; duquesa de la Victoria, marquesa de la Puebla de Parga y señora de Mora; marquesa de Atarfe y condesa de la Viñaza; vizcondesa de Eza y señoras de Lombillo y Laiglesia; duquesa viuda de Sotomayor, condesa de Buenavista de la Victoria, marquesa de Portago y señoritas de Martínez de Irujo y de Cabeza de Vaca; duquesa de Sotomayor y señoritas María y Cristina Martínez de Irujo; duquesa de Aliaga, marquesa de San Vicente del Barco, condesa de Agrela y su hija;

señoras de Oruña, Despujol y Mille y señoritas de Despujol y de Reynoso.

En los palcos bajos estaban: las condesas de Balazote y de San Luis con la duquesa de Tetuán, la señora de Díez de Mendoza y señorita de O'Donnell. La duquesa de Montellano y su hija Paloma estaban con la señora y señorita de Iturregui, bellísimas damas mejicanas que residen habitualmente en París y han venido para la feria de Sevilla; la duquesa de Pastrana con la marquesa de Villabrágima; la marquesa de Alhucemas con la señora de Sáenz de Vicuña y la señorita de García Prieto; la condesa de Torre-Arias con la duquesa de Santo Mauro, condesa de Sam Martín de Hoyos y señorita de Iturbe; duquesa de las Torres y sus hijas y marquesas del Riscal y de Sofraga; condesa de Paredes de Nava y la de Valmaseda con sus hijas; marquesa de Monteagudo con sus hijas; marquesas de Santo Domingo y condesa de Heredia-Spínola y señoritas de Maroto y Pérez del Pulgar y Martos y Zabálburu.

Las marquesas del Baztán y de Cayo del Rey con sus hijas y la señorita de Travesedo; condesa de Catres, señora de Santos Suárez y señorita de Carvajal; condesa viuda de Vistaflorida, condesa de Vega de Ren y señoritas de Osma; Señora de Rubianes, señorita de Santa Marina y señora de Areces; marquesa de Moctezuma y duquesa de Alburquerque; marquesa de Marzales con la recién casada marquesa de Valleeerrato, duquesa de Algete; y señoritas de Díez de Rivera y Villaverde; duquesa de la Unión de Cuba y señoritas de Castilleja y Muguiro; las princesitas de Thurn et Taxis y de Ratibor con la condesa D'Orsay.

Vimos también a la duquesa de Canalejas; marquesas de la Vega de Boecillo, Peñafiel, Mohernando, Ahumada, San Adrián, Frontera, con sus hijas las señoritas de Marín, Urquijo y Olivares; condesas de Maceda, Velle, Arcentales, Vado, Pardo Bazán, Crecente y Solterra; vizcondesa de Fefiñanes; señoras y señoritas de Giraldelli, Ugarte, Sánchez de Tirado, Canthal, Quiroga y Pardo Bazán, Landecho, Canillejas, Llorente, Jencquel; la baronesa Van-der-Estratten, esposa del consejero de la Legación de Bélgica; la señora de Mengotti, esposa del ministro de Suiza, señoritas de Pérez Scoane y de Elío; señoras y señoritas de Fernández de Robles, Moreno y Ossorio, Catalán (D. Antonio), Reynot, Sorolla, Alba, Lengo, Corral, Bahía,

Ibarra, Rodríguez Codes, Costi, Saint-Aubin, Boneffon, Vadillo, Thiebaut, La Barrera, Sánchez Tirado, Bermejillo, Cavanilles, Coello de Portugal, Orfila, Monjardín...

* * *

He aquí narrada la fiesta de anoche. De anoche, porque cuando acabamos esta crónica es ya de madrugada. Satisfechas estaban la duquesa de la Victoria y la marquesa de Portago. Y podían estarlo, puesto que ellas no repartieron ni enviaron a nadie un solo billete. Quisieron tener este miramiento con la sociedad de Madrid, ya que recientemente habían organizado otra fiesta. Y, sin embargo—ya lo habéis visto—, toda la sociedad se apresuró a adquirir espontáneamente sus localidades.

La marquesa de Portago y la duquesa de la Victoria obsequiaron a las lindas actrices, como recuerdo de la fiesta, con unos elegantes estuches que contenían unas artísticas medallitas de oro y esmalte con la inscripción: «Amores y Amoríos.—11 de Abril de 1918.» En el centro fulguraba un pequeño brillante.

Fué un gran éxito la fiesta. Por eso, al terminar, Fernando Díaz de Mendoza, después de felicitar a los nuevos actores, se sentó en el saloncillo, rodeado de todos ellos, y con tono de cariño y de jovialidad, les dijo:

—Bueno; ya habéis visto cómo os ha recibido el público. Ahora, como yo no olvido que soy empresario, y he visto lo que cada uno valéis... espero vuestras proposiciones.

* * *

He aquí, ahora, la poesía de D. Pedro Díez de Rivera, marqués de Someruelos, conde de Alcolea:

SEÑORA:

Os suplico con toda reverencia
Que un instante no más, sólo un momento
Retardéis el salir de este aposento,
Mostrando una vez más vuestra indulgencia.

Para oir de mis labios lo que dice
De corazón, con frase lisa y llana,
Lo mismo la nobleza castellana
Que el pueblo que os adora y os bendice.

Y es esta noche; hoy, precisamente
Por cuantos os amamos, la elegida
Para hacerla imborrable en vuestra vida
Mostrándoos nuestro amor grande y vehemente.

Unido a una hermosura peregrina
Lleváis, señora, el ser Reina de España,
De nuestra Patria, por ventura, extraña
A la lucha feroz que al mundo arruina.

Mientras otras naciones se destrozan
Y sus hijos perecen a millones,
Vos, Señora, endulzáis los corazones
De tantos pobres que con veros gozan.

Confortáis el dolor del alma herida
Y así, cual socorréis al pobre hambriento
Llevándole vos misma el alimento,
Sois mensaje de amor, de gloria y vida.

Y no sólo componen vuestra aureola
Obras de caridad grandes y hermosas,
Pues que en medio de todas esas rosas
Brilla con más fulgor una flor sola.

Flor que vale por todas y es tan bella
Y exhala aroma tal y tal fragancia,
Que simboliza en si la repugnancia
Al oropel, pues es cual una estrella.

Que al brillar en la noche de la vida
Con su luz, ilumina la existencia
De tanto pobre, que sin su asistencia
Emprendiera tal vez senda torcida.

Que de no acudir vos, Reina y Señora
En auxilio del triste desvalido,
Almas sin cuento hubiéranse perdido
Para siempre, sin ver lucir la aurora.

De un nuevo dia de ventura lleno,
Día de paz, de sol y de bonanza,
En el que se realiza la esperanza
De dejar de ser malo por ser bueno.

De esa flor delicada se adivina
El nombre, que es de todos conocido,
Nombre dulce, sin par, sin par querido,
Caridad tan hermosa y tan divina.

Que al ejercerla vos, os engrandece
Pues no hay nada tan noble y tan humano,
Como el ver que una Reina da su mano
Al desvalido enfermo que padece.

Bendita sea la que pone empeño
En que tengan alivio en sus dolores
Los que sienten del frío los rigores
Y sólo esperan el eterno sueño.

Y para terminar: podáis mañana,
Si esta fiesta volviese a vuestra mente,
Recordar este grito tan ferviente:
¡Viva nuestra querida Soberana!

Srta. Angelina Contreras y López de Ayala, hija de la marquesa viuda de Lozoya.

La señorita de Contreras y López de Ayala y el señor Ceballos Escalera.

Se celebró ayer en Segovia una gran boda. El cronista no se movió de Madrid. No pudo, pues, presenciar la ceremonia. Pero buenos y amables amigos nos narran el solemne acto y nos detallan el contento de la ciudad. He aquí ahora las palabras de nuestros aristocráticos comunicantes.

AYER vistió de fiesta la hidalga ciudad de Segovia con motivo del matrimonio de la bellísima Angelina de Contreras y López de Ayala, hija de la marquesa viuda de Lozoya, con el joven teniente de Artillería D. Rafael Ceballos-Escalera y Solá, primogénito de los marqueses de Miranda de Ebro.

La que un día fué alcaldesa de Zamarramala unía su suerte al que hace poco tiempo era todavía alumno de la Academia segoviana en el santuario de Nuestra Señora de la Fuencisla.

Nombres de rancio abolengo en la historia de la provincia, una Virgen que cuenta por fervientes devotos a todos sus hijos, el glorioso uniforme de los que en viejo Alcázar aprendieron la religión de la bandera... Todo se reunía para hacer inolvidable la ceremonia.

Desde muy temprano, las calles tortuosas se llenaron de animación, y los señoriales palacios parecían revivir tiempos pasados y alegrarse un momento en la juvenil sonrisa de la felicidad y de la esperanza.

Los Cáceres, los Contreras, los Chaves, los Maldonados, todos los insignes vecinos, desaparecidos, de la antigua plaza de San Pablo debieron sentir en el fondo misterioso de sus moradas el deseo de salir a los balcones de sus casas para ver partir hacia la Fuencisla a la gentil novia, que, toda blanca, se lanzaba a continuar la vida y la tradición.

Muy gentil y muy bella iba, en verdad, la novia, y un murmullo de admiración acogió su entrada en la iglesia, del brazo de su tío y padrino, el conde de Cedillo, que llevaba el uniforme de los caballeros de Santiago, a los acordes de la marcha de las bodas de *Lohengrín* y ataviada magníficamente con el traje blanco y un maravilloso velo de encaje de punto de Bruselas antiguo, regalo de la señorita Javiera de la Pezuela, hermana del conde de Cheste.

El novio daba el brazo a su madre y madrina, la marquesa de Miranda de Ebro, quien realzaba su hermosura y distinción con la clásica mantilla española.

Bendijo la unión el obispo de Segovia y fueron testigos de la boda, por parte de la novia, su hermano el marqués de Lozoya, el marqués de Quintanar y los Sres. López de Ayala (D. Manuel y D. José), tíos suyos; el coronel Rexach, que manda el regimiento de sitio, y D. Ildefonso Moreno, y por la del novio, el conde de Cheste y los Sres. Peñalosa, Muro, González Echarte y Juliani.

Terminada la brillante ceremonia, se trasladaron todos los invitados a casa de la marquesa viuda de Lozoya, donde se sirvió un «lunch» y más tarde un almuerzo, al que asistieron, entre otras personas que lamentamos no recordar, las señoras y señoritas de Sarthou, Manso de Zúñiga, marquesa de Miranda de Ebro, Peñalosa, Juliani, Barrios, condesa de Cedillo, Muro, Piñana, González Echarte, Morales, Solís, marquesa de Selva Alegre, Ceballos-Escalera, Pezuela, Rey, López de Ayala, Escudero, Velluti, Carretero, Contreras, Romero Lecea y señores conde de Cheste, Cabrero, Rexach, Manso de Zúñiga, Martín de los Ríos, Zulueta, Zayas, marqués de Quintanar, Sirvent, Juliani, Calleja, Piñera, Peñalosa Maestre, conde de Cedillo, López de Ayala, marqués de Miranda de Ebro, Piñana, González Echarte, Morales, Solís, Barrios, Peñalosa y Muro.

Todas las miradas se concentraban en la figura bondadosa y respetable de la marquesa viuda de Lozoya, que tantas penas tiene que lamentar en su vida, y que en medio de la fiesta experimentaba el dolor de no tener a su lado a sus hijos, los vizcondes de Altamira, a quienes retenía en Madrid la grave dolencia de uno de sus pequeños.

Después del almuerzo partieron los novios para una finca próxima a Segovia, desde donde se trasladarán a Granada.

Deseamos ardientemente que su felicidad sea eterna.

El marqués de la Mina.
Cuadro de Pablo A. de Béjar.

Fot. Lladó.

Un retrato y un concierto.

En el estudio del ilustre pintor Pablo Antonio de Béjar pasan siempre las horas muy agradablemente. Béjar, que es ante todo un gran artista, sabe preparar alicientes a sus amigos, y ayer, con el pretexto de tomar el té, reunió en su casa a unas cuantas damas aristocráticas—de las que él ha retratado con tanto éxito—y a algunos aficionados a la música. Se sirvió el té, se saboreó un cigarrillo y luego, en aquella deliciosa rotonda, los aficionados a las obras de arte aprovecharon la ocasión para ver los cuadros del admirable pastelista. Entre todos fué objeto de principal atención el retrato del marqués de la Mina.

Aparece el decano de la Diputación de la Grandeza luciendo el uniforme de los maestrantes de Valencia bajo el manto de los caballeros de Calatrava. Penden del cuello del prócer la insignia del Toisón de Oro y el gran collar de Carlos III, cuya banda azul cruza airosamente su pecho, esmaltado de condecoraciones.

Es él, es él; es el propio marqués de la Mina, de rostro bondadoso, un poco tostado por el sol; de aspecto señoril, elegante sin afectación. Así está de complacido el ilustre marqués, y así lo está también el artista ilustre, cuya obra irá a embellecer más aún uno de los salones particulares de la marquesa de la Mina en el histórico palacio de Cervellón, formando quizás acoplada pareja con el de la bella marquesa que pintó en París Raimundo de Madrazo.

Está el lienzo pintado al óleo, porque Béjar, que es tan admirable pastelista, maneja los pinceles con la misma habilidad que los lápices.

Nuestra mirada se detuvo en otros cuadros bellísimos y en otros apuntes que recrearon nuestra vista. Aquel retrato de la esposa del pintor, cuya figura envuelta entre las sedas de su blanca «toilette» se dibuja bajo los pliegues de la entreabierta salida de baile, de negro terciopelo y aquel otro de la misma señora de Béjar, rodeada de sus dos hijas más pequeñas, María Teresa y Carmen, tienen tales encantos y son tales aciertos, que dijérase los ha inspirado, además del arte del pintor, el cariño de esposo y el amor de padre.

Asimismo se admiran las copias hechas por Béjar de los grandes retratistas ingleses, entre ellas la del retrato de la duquesa de Milán, de Holbein, y la del famoso de Mrs. Siddons.

Pero no fueron estos, con ser ya bastantes, los únicos alicientes que ofreció Béjar a sus amigos. Hubo también un concierto brillantísimo. José Ricart y su madre, D.ª Carmen Matas de Ricart, fueron los encargados de interpretarlo. ¿No recordáis estos nombres? Son madre e hijo dos artistas brillantísimos, ya admirados del público, y a los que admiraremos de nuevo en un concierto que preparan.

Ricart—cuya figura, cuyo porte, cuya cara, cuyo peinado, nos recuerdan la silueta de Chopin—es un gran violoncellista. En sus manos el instrumento llora o canta, habla o siente con todas las modalidades y todas las expresiones de un arte limpio, sincero, exquisito, elegante. Su madre le acompaña maravillosamente, y hay momentos en que el violoncello y el piano van tan unidos, que dijérase que son un solo instrumento, un solo acorde el que resuena.

Ayer escuchamos de nuevo a esta admirable pareja artística en unas «Variaciones sinfónicas», de Boellmann; en un «Nocturno», de Chopín; en una «Sonata», de Beethoven; en los «Cantos hebreos», de Max Bruch; en aquella «Aria», de Bach, que «dijo» maravillosamente el violoncello de Ricart...

El público podrá admirar dentro de poco su delicada labor y la de la madre del artista, que teje en el piano el más delicado acompañamiento.

En casa de la condesa de Pardo Bazán.—En la de los marqueses de Vista-Alegre.

Dos tés muy agradables y muy elegantes ha ofrecido en su nueva casa de la calle de la Princesa esa ilustre dama respetada, querida y admirada, que ha aureolado de alto prestigio su título de condesa de Pardo Bazán.

En sus salones, unos salones «muy bien», porque en ellos se reúnen aristocracia y política y milicia y Letras y Artes y Ciencias, vuelan las horas que es un encanto; bien es verdad que la charla es varia, amena—pues no en balde la preside y la dirige la insigne autora de *La vida de San Francisco*—, y que la condesa de Pardo Bazán y sus hijas y la señorita de la Rúa atienden a todos con amabilidad exquisita. Así, pues, entre las amables atenciones de la dueña de la casa se habló de los sucesos de actualidad, de esta contienda cruel—¿cómo prescindir de ella cuando tanta emoción pone en nuestro espíritu?—, de las noticias literarias, de otras de arte...

—Condesa: mil enhorabuenas—le decían—. Esas conferencias que en el Ateneo usted nos ofrece son una delicia.

Y la condesa, la ilustre condesa, contestaba sonriendo:

—No tanto, no tanto; pero, en fin, yo creo que no están de más.

Fué el salón de tapices el escogido para su tertulia por algunos diplomáticos y aristócratas. Así, saludamos en él al embajador de Italia, marqués de Carlotti; a Mrs. Willard, la amable señora del embajador de los Estados Unidos, y a su encantadora hija; al ex ministro y actual

comisario regio del canal de Isabel II, conde de Esteban Collantes; al general D. Alberto de Borbón y la duquesa de Santa Elena; al consejero de la Embajada argentina, Sr. Moreno; a la señora y las hijas del general D. Francisco María de Borbón, al consejero de la Legación de Bélgica y la condesa Van-der-Stratten, a la duquesa de Ahumada...

Reunióse en los demás selecta concurrencia, que el cronista fué saludando, y cuyos nombres recuerda ahora; por ejemplo: las duquesas del Infantado, viuda de Sotomayor, Tovar, Pinohermoso, Sessa y Medina de Ríoseco; marquesas de Riscal, Sofraga, Mohernando, Puebla de Rocamora, viuda de Hoyos, Comillas, Baztán, Cayo del Rey, Caicedo, Casa-Madrid, Ribera, Benicarló, Olivares, Camarasa, Argüelles, Ensenada y Marbais; condesas de Aguilar de Inestrillas, Paredes de Nava, Castilleja de Guzmán, Torre de Cela, Peñalver, Valmaseda, Sizzo-Noris, Casa-Valencia y Caudilla.

Vizcondesas de Eza y de Campo Grande.

Baronesa del Castillo de Chirel, Señora de Rubianes y señoras y señoritas viuda de Cabanilles, Núñez de Prado, Piñal, Figueroa y Bermejillo, Alcalá Galiano, Mojarrieta, Santa Marina, Collantes, Quiroga, Bermúdez de Castro, Moreno Osorio, Cárdenas, Rodríguez de Rivas, Frígola, Santiago Concha, San Miguel, Martínez de Campos, Chaves, Vadillo, Arteaga, Fernández de Henestrosa y algunas más.

Estaban también el general Cavalcanti, los escritores Alcalá Galiano (D. Alvaro), barón de la Vega de Hoz, Antonio de Hoyos y otros; el marqués de Martorell, el conde de Ríudoms, el marqués de Canillejas, el duque de Tovar, el Señor de Rubianes, el conde de Caudilla, el vizconde de Eza, el Sr. Escalera...

* * *

Esta fué la reunión de anteayer; es decir, la concurrencia a la agradable reunión de anteayer; pero no menos agradable, no menos grata fué la que se congregó ayer tarde en la aristocrática residencia.

Entre el elemento diplomático figuraban ayer el embajador de Alemania y las Princesas de Ratibor y de Thurn et Taxis, no habiendo asistido el de Austria-Hungría y la Princesa de Fürstenberg por no hallarse aún completamente restablecida la bella dama de su reciente enfermedad.

Entre los académicos y escritores que acudieron a la invitación de la admirada autora de *La Quimera* figuraba la notable y culta escritora D.ª Blanca de los Ríos de Lampérez, autora del hermoso mensaje de adhesión de las damas españolas al Rey, motivado por la reciente y afortunada intervención de Su Majestad en la solución de la última crisis política. Para dicho mensaje, que se entregará al Soberano en el próximo mes de Mayo, van ya recogidos muchos millares de firmas.

La inspirada autora de *Sangre española* era muy felicitada por la redacción del mensaje.

¿Recordaremos algunos nombres de las damas que acudieron ayer a saludar a la ilustre escritora? Entre otros: las duquesas de Pino-Hermoso, Valencia, viuda de Valencia y Noblejas; marquesas de Garcillan, Atalayuelas, Benicarló, Selva-Alegre, Castellanos, Canales de Chozas; condesas de Oliva de Gaytán, Villamonte, Lizárraga, Fuente Blanca, Real Aprecio, Buena Esperanza, Mayorga, viuda de Mayorga, Venadito; vizcondesas de San Antonio y del Castillo de Genovés; baronesa del Solar de Espinosa; señoras de Dato, Bermúdez de Castro, Areces, Diez Martein, Sarthou, viuda de Alcalá-Galiano, Martín y Aguilera, Sangro, Moreno y Osorio, Despujol, Oruña, Albarrán, Bayo, Melgar, Pineda, Saavedra, Quiroga (D. Jorge), Canthal; señoritas de Oliva de Gaytán, Espinosa de los Monteros, Reynoso, Collantes, Alonso de Gaviria, Monsita Castro, Dato, Ramonet, y algunas más.

* * *

Ya hemos dicho que la reunión fué muy agradable. Ahora diremos que los condes de la Torre de Cela, y los señores de Cavalcanti, y la señorita de Quiroga, y la señorita de la Rúa secundaron a la condesa de Pardo Bazán,—que ostentaba un bello collar de perlas por su oriente y su simetría con el sello inconfundible de Mellerio—en prodigar a sus amigos amables atenciones.

* * *

Los marqueses de Vista-Alegre celebraron anteayer, en su elegante casa de la calle de Lista, la entronización del Sagrado Co-

razón de Jesús. Es una casa la de estos jóvenes aristócratas—que con el marquesado de Vista-Alegre llevan la baronía de la Vega de Rubianes—muy artística, muy coquetona, muy a la moderna. Toda ella inundada de claridad, lucen gentilmente los muebles, de roble y de caoba, y los altos zócalos de claras maderas que circundan el comedor.

Inauguróse la casa—digámoslo así—, y a fe que no pudo escogerse ceremonia mejor: dedicándole el hogar al Sagrado Corazón.

El padre Anaya, con palabra fácil, elocuente, persuasiva, explicó el alcance de la ceremonia y enalteció la religión cristiana, y allá, en el saloncito de la casa, en el que más vida ha de hacerse, fué colocada la imagen del Redentor, entre el rojo vivo de unos claveles hermosísimos y la viva iluminación de velas rizadas.

Después, para todos los reunidos—no más que los íntimos—, se sirvió un espléndido té.

Entre otras personas asistieron la marquesa de Argüelles, condesa de Baynoa, baronesa de Velli, señoras de Luque, Díaz Ordóñez, Cejuela, Montenegro, Igual, Sanchiz, Torroba, Bernaldo de Quirós (D. Ramón), Casal, señoritas de Bernaldo de Quirós y Beraza, el marqués de los Altares, el conde de la Algaida, el barón de Belli, Piernas y Tineo, Igual, Cejuela, Argüelles, Torroba, Luque...

Los marqueses de Vista-Alegre y su madre la señora de Saro hicieron amablemente los honores.

En el hotel de los señores de Gimeno.

Un hotel elegante de claros saloncitos delicadamente decorados, en los que no faltan obras de arte; unos dueños muy amables, que ocupan por su cortesía y por su talento puesto brillante en la política y en la sociedad de Madrid; una invitación que brindan a una parte de sus relaciones para tomar una taza de té; una concurrencia selectísima, en la que con la aristocracia alterna el Cuerpo diplomático; una conversación amena e ingeniosa; unas horas, en fin, muy agradables... Esto fué la pequeña reunión celebrada ayer tarde en el hotel de los señores de Gimeno, residencia predestinada, por lo visto, a tranquilo y delicioso hogar de hombres ilustres; antes, de Echegaray; ahora, del ex ministro de Estado.

Del ministerio de Estado—ya que hemos citado este departamento ministerial, uno por los que ha cruzado el ilustre D. Amalio Gimeno—conserva el distingido matrimonio recuerdos gratos. Gratos, porque sobre todas las intranquilidades del cargo sobresalen los afectos que supieron granjearse entre la sociedad aristocrática y el Cuerpo diplomático.

Ayer tarde se pasaron unas horas muy agradables. La bella señora de Gimeno recibió a todos con su amabilidad característica y presidió la concurrencia femenina, que formó elegante círculo en el salón de las claras sederías, cuyos balcones empiezan a ser acariciados por las verdes ramas de los árboles del jardín.

Se sabía—y se lamentaba al propio tiempo—la marcha de mon-

sieur y madame Vieugué, que durante tantos años han pertenecido (M. Vieugué como consejero) a la Embajada de Francia.

—Es muy sensible esta ausencia. Su casa ha sido de las más animadas; M. Vieugué ha trabajado mucho; Mme. Vieugué supo conquistarse grandes simpatías. Es sensible esta ausencia.

En la charla hubo un recuerdo para el capitán Marsengo; es decir, para el coronel Marsengo, hasta ahora—aunque no estuviese aquí—agregado militar de la Embajada de Italia. Dijimos capitán, porque de capitán vino a Madrid y de capitán le conocimos: el capitán Mauricio Marsengo; pero cuando comenzó la campaña marchó al frente y... ahora es coronel, un coronel muy joven, que manda el regimiento de dragones de Novara.

—Y el coronel Marsengo...

—Está en Madrid desde hace dos días. Ha venido a despedirse de Su Majestad, a cesar en su cargo de agregado militar definitivamente y a repetir y a confirmar su cariño a España.

—Y ahora...

—Ahora,

«Soldado de Italia
que vas a la guerra...»,

a la campaña, al frente de nuevo, a seguir luchando...

Pero reseñemos algunos nombres de la concurrencia. Entre los invitados del señor y de la señora de Gimeno figuraban el mayordomo mayor de la Reina Victoria y la duquesa de Santo Mauro, la duquesa de Pinohermoso, las marquesas de Villadarias y Caicedo, el coronel y senador D. Rafael Sarthou, su señora y su hija, la marquesita de Selva-Alegre; la marquesa de Aguila Real, el jefe de la Sección de lo Contencioso del ministerio de Estado y la marquesa de González; la embajadora de los Estados Unidos, mistress Willard; el ministro de China y Mme. Tai Tch'enne Linne, el de los Países Bajos y Mme. Van Royen, M. y Mme. Vieugué, las señoras de Fonseca, Núñez de Prado, Laiglesia y Rodríguez-Orey, el diplomático Sr. Osorio y su señora, el secretario de la Legación del Brasil y Mme. Taylor, el primer introductor de embajadores, conde de Velle; el ministro de Suecia, barón Beec Friis y el cónsul general, Sr. Dahlander; el barón Loeven y alguno más.

En el elegante comedor se dispuso espléndidamente el té.

La nueva hija de los marqueses de Someruelos y su abuela la condesa de Almodóvar, saliendo de Palacio, después del bautizo.

Fot. Marín y Ortiz.

Bautizo en Palacio de la hija de los marqueses de Someruelos.

En la Real cámara se ha celebrado hoy, a las doce, el bautizo de la hija recién nacida de los marqueses de Someruelos, siguiendo la práctica establecida de bautizar en Palacio los primeros hijos de las damas de la Reina, a partir de la fecha de su nombramiento.

El acto revistió la solemnidad propia de estas ceremonias. En el centro de la cámara, que decoran retratos de la Reina Doña Cristina y el Rey Don Alfonso XII, y preside un busto en mármol de Carlos IV, se había colocado la pila bautismal.

A esta regia estancia trasladóse a la hora indicada el clero palatino, con el obispo de Sión, revestido.

La recién nacida, envuelta en ricas batistas, y en brazos de su nodriza, fué llevada al Alcázar en un coche de «París», de media gala. Con ella iba su abuela, la condesa de Almodóvar.

Cuando la niña y la condesa de Almodóvar hicieron su entrada en la cámara, ya se hallaban allí todos los asistentes al acto. Con los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, la Reina Doña Cristina la Infanta D.ª Isabel, el Príncipe de Asturias y los Infantitos, se encontraban las damas de guardia, duquesas de la Unión de Cuba y Plasencia; los Grandes de España marqueses de la Romana y la Guardia; los jefes de Palacio, duquesa de San Carlos, marqueses de la Torrecilla y Viana y general Aznar; el mayordomo de semana,

marqués de Busianos, y el ayudante y el oficial mayor de Alabarderos, de guardia.

También asistían, entre otras damas, las duquesas de la Conquista, viuda de Sotomayor, Vistahermosa, Luna, Plasencia y Alburquerque; las marquesas de Valdeolmos, Comillas, Santa Cristina, Castel Rodrigo, Atarfe, Quirós, Santa Cruz, Romana y Pozo Rubio; condesas de Romanones, Vía-Manuel, viuda de Casa Valencia y Torre-Arias, y de damas particulares, la marquesa de Moctezuma, la condesa de Mirasol y las señoritas de García Loygorri, Carvajal y Quesada y Bertrán de Lis.

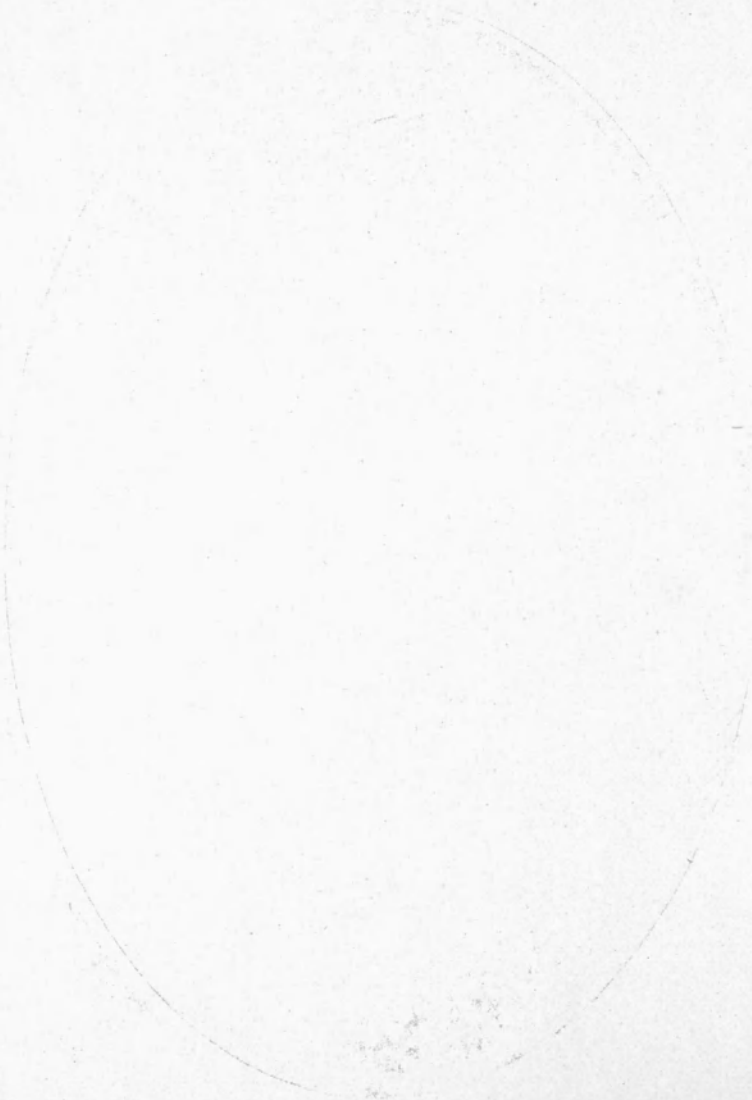
Se hallaban presentes, igualmente, el cardenal Guisasola, arzobispo de Toledo; el ministro de Gracia y Justicia, conde de Romanones; los duques de Santo Mauro, Luna y Sotomayor; marqueses de Bendaña y Villabrágima, y los condes de Velayos y Torrubia, así como el padre de la niña, marqués de Someruelos; el hermano de éste, Sr. Díez de Rivera, y otras muchas personas de la familia.

Administró a la recién nacida el agua del Jordán el obispo de Sión, imponiéndola los nombres de Victoria Eugenia.

Durante el bautizo sostuvo en brazos a la niña la Reina Doña Victoria.

Terminado el acto, los Reyes e Infantes felicitaron cariñosamente a la condesa de Almodóvar, duquesa viuda de Sotomayor, y al marqués de Someruelos, quienes recibieron después las enhorabuenas de todos los concurrentes.

Los Soberanos regalaron a la recién nacida un valioso presente.



Soledad de Orellana.
Marquesa de Borja, hija de los vizcondes de Amaya.

Fot. Kaulak.

La señorita de Amaya y el marqués de Borja. Una petición de mano.—Un pésame.

La boda de la linda señorita Soledad de Orellana, hija de los vizcondes de Amaya, con el joven marqués de Borja, se ha celebrado esta mañana en la Real Iglesia del Buen Suceso. Las luces, las plantas, las flores... iluminaban y adornaban el templo, y en el altar mayor, que casi desaparecía bajo las guirnaldas de azahar, se alzaba una hermosa imagen de la Inmaculada Concepción.

La boda se celebró en familia. ¿Cómo turbar con sones de fiesta el luto que lleva el novio por la aún reciente muerte de su padre, aquel inolvidable marqués de Borja, intendente de la Real Casa y Patrimonio? Asistieron, pues, solamente los familiares más allegados.

En dos coches de Palacio, de los llamados «de París», llegaron los novios. Ella, la gentil señorita de Amaya, vistiendo un primoroso traje de «charmeusse» blanco, adornado con malla de cristal y ostentando sobre su cabeza una ligera coronita de azahar de la que pendía el velo de tisú de plata. El, D. Luis Moreno Abella, marqués de Borja, luciendo el uniforme de capitán de Infantería, con la insignia de piloto aviador y sus cordones de ayudante de S. A. R. el Infante D. Alfonso.

Resonaron misteriosos los acordes de una *Marcha nupcial* y los novios entraron en el templo: ella, del brazo de su padre, el vizconde de Amaya, que representaba a S. M. el Rey, que era el padrino, y él, dando el suyo a su madre, la marquesa viuda de Borja, dama en la

que S. M. la Reina Doña Victoria, que era la madrina, había delegado su representación. Y detrás siguieron los testigos, que eran: por la señorita de Amaya, los marqueses de Torrelaguna, Prado Alegre y Castellanos (éste en representación del de la Albaida) y D. Antonio de Orellana; y por el marqués de Borja, su tío D. Rafael Moreno y Gil de Borja, coronel director de la aviación militar; D. Mariano Jaquetot y los Sres. D. Alberto, D. Alejandro y D. Rafael Moreno.

Bendijo la unión el Obispo de Sión.

Y una vez que hubo terminado la ceremonia los nuevos esposos, que recibieron las más cariñosas felicitaciones, se trasladaron al Regio Alcázar para cumplimentar a Sus Majestades, quienes, al tiempo que les dieron sus enhorabuenas, les ofrendaron delicados presentes.

Los jóvenes marqueses de Borja—que han repartido entre sus relaciones elegantes cajas de «moiréc» con bombones de la Casa Hidalgo—han salido esta misma noche para las posesiones que en Extremadura tienen los vizcondes de Amaya, en las que pasarán los primeros días de su luna de miel.

* * *

Ayer tarde fué pedida por la marquesa de Alquibla y para su tercer hijo, D. Cristóbal Roca de Togores y Pérez del Pulgar, la mano de la encantadora Srta. Conchita de Alfonso, hija de los señores de Alfonso y sobrina de la marquesa de O'Gavan.

Los salones de la espléndida casa—un palacio—que en la calle del Marqués de Cubas habitan los padres y la tía de la novia se adornaban como para una fiesta grande. Realmente era la fiesta del amor. Se iluminaron esplendidamente y se adornaron con profusión de blancos claveles, que florecían en centros de plata, de porcelana y de cristal.

Pero la mejor flor de todas era la novia, que paseaba por los elegantes salones su figurita gentil envuelta en los pliegues de su vestido de seda azul y luciendo su pulsera de pedida, regalo del Sr. Roca de Togores: una pulsera preciosa con soberbio zafiro «cabouchon» y dos hermosos brillantes. El novio lucía también una linda sortija—regalo de su prometida—con un brillante y dos zafiros.

La novia pertenece a una opulenta e ilustre familia de la isla de Cuba, descendiente de noble estirpe inglesa, como sobrina que es de

La Srta. Conchita de Alfonso y D. Cristóbal Roca de Togores.
Fot. Calvache.

la marquesa de O'Gavan y próxima parienta de la duquesa viuda de Rivas.

El novio—bien se advierte por sus apellidos—pertenece a una de las Casas más conocidas y respetadas en sociedad: la de los marqueses de Molins. Es, por tanto, como Roca de Togores, nieto de aquel inolvidable marqués de Molins, vástago de los Pinohermoso y los Villaleal, que en la política, como en la diplomacia y en las Letras, dejó perdurable recuerdo y pruebas brillantes de su talento esclarecido; por su madre, la bellísima marquesa de Alquibla, es un Pérez del Pulgar, de la noble estirpe granadina de los marqueses del Salar, que ostenta en su escudo el Avemaría, ganado por Hernando del Pulgar al tomar posesión de la mezquita de Granada, y las barras de los descendientes del Gran Capitán.

A las seis se sirvió el té en el elegante comedor, en el que con severo gusto se combinan con las blancas tonalidades de las molduras los tonos rojos del damasco de los «panneaux».

Allí estaban, felicitando a los que ya esperan con la natural impaciencia el día de la bendición—que será uno de los primeros del próximo verano—, el arzobispo de Valencia, Sr. Salvador y Barrera, antiguo rector del Sacro Monte, de Granada, que guarda hacia todos los Alquíblas un afecto sincero; porque no hay que olvidar que la marquesa de Alquibla es una bellísima granadina. Allí estaba María —Marichu—Alquibla o María Roca de Togores y Pérez del Pulgar, hermana del novio, bellísima señorita que no en balde desciende de una estirpe de hermosuras; allí estaban las duquesas de Pinohermoso y viuda de Abrantes; marquesas de Pozo Rubio, Pazo de la Merced, Peñafuente, Rocamora, Santo Domingo, Torneros y viuda de Santa Coloma; condesas de Clavijo, Velle, Zenete, Aguilar de Inestrillas y Vallellano; señoras de Messia de la Cerda, Echenique (D. Jacinto), Ciudad Aurioles, Ramírez Dampierre, Alcázar y Roca de Togores (don Luis), y viuda de Martínez Ibor, de la familia ilustre de los Príncipes de Razzivil, y señoritas de Marqués, Vergez, Ciudad Aurioles y las hijas de los Santo Domingo, los Rocamora, los Velle y los Pozo Rubio.

Estaban también el presidente del Tribunal Supremo, Sr. Ciudad Aurioles; el primer introductor de embajadores, conde de Velle; el duque de Parcent, los marqueses de Rocamora y Valdeiglesias, los condes de Riudoms y Vallellano, el secretario de S. M. el Rey, D. Emilio M.

de Torres; el presidente de la Audiencia, Sr. Ortega Morejón; el ministro de España en Montevideo, D. Silvio Fernández Vallín y Alfonso; los Sres. Echenique, Ramírez Dampierre, Fernández Villaverde, Manrique de Lara, Ruiz de la Prada, Alcázar y Roca de Togores (D. Diego y D. Juan) y Roca de Togores y Caballero (D. Mariano, D. Angel y D. Francisco). Todos, pues, pertenecían a ambas familias.

Y claro es que la marquesa de Alquibla, y los señores de Alfonso, y la abuela de la novia y la marquesa de O'Gavan, y el Sr. Madrona y los hermanos de la novia y del novio hicieron los honores de la casa con encantadora amabilidad.

—Ahora, a ser muy felices.

Esta fué la frase que todos pusieron en sus labios al despedirse de los novios. Y esta es también con la que yo termino las presentes líneas de mi crónica.

Es decir, no; que aún hemos de decir que, por causas de sus dolencias—aunque ya están, por fortuna, muy aliviados—, no pudieron asistir ni los marqueses del Salar ni el duque de Béjar.

* * *

La boda tuvo efecto el 21 de Agosto, en la capilla de la casa de los padres de la novia y en la más estricta intimidad.

* * *

El fallecimiento del Sr. D. Eduardo Cobián, hombre todo generosidad y corazón, ha producido en los círculos sociales sentimiento hondo. Narrada está ya por la Prensa la personalidad y la labor patriótica del ilustre ex ministro fallecido; no hemos, pues, de repetirla ahora. Pero sí queremos consignar en estas líneas nuestras el sincero sentimiento que su muerte nos ha producido.

Vaya entonces nuestro pésame para toda su ilustre familia, para su angustiada viuda, para sus hijos, agobiados por el llanto; para esa pobre Srta. Pilar Cobián y Fernández de Córdoba, cuya boda con D. Ignacio T. Marquina debía haberse celebrado el mismo día en que se enterraba a su padre.

En dolor tan legítimo como el que sufre la familia Cobián los acompañamos nosotros.

Srta. Consuelo del Arco y Cubas, hija de la condesa viuda de Arcentales.

Fot. Resines.

La señorita de Arcentales y el señor Méndez de Vigo y Bernaldo de Quirós.

ENTRE las bodas más brillantes de cuantas se han celebrado en la vida de sociedad figurará con el grato recuerdo de las cosas bellas esta de la señorita de Arcentales con el Sr. D. Manuel Méndez de Vigo y Bernaldo de Quirós, celebrada a las doce de la mañana de ayer en la iglesia del asilo del Sagrado Corazón.

La novia—Consuelo del Arco y Cubas—, hija de la condesa viuda de Arcentales; el novio, hijo de los marqueses de Atarfe.

Así fué de brillante la ceremonia, de soberano el acto, de selecta la concurrencia, de espléndida la fiesta. Y así se adornó el templo maravillosamente, ofreciendo el más lindo de los golpes de vista, porque al pie de cada columna nacía una canastilla de flores, porque las guirnaldas de blancos claveles, salpicados de pequeñas lucecitas, cruzaban la nave, porque la barandilla del presbiterio desaparecía bajo un macizo de rosas blancas, porque en el altar mayor florecían con profusión miles de azahares que ponían su alba nota sobre el dorado de las tallas y entre un verdadero resplandor de vívidas luces.

Se llenó el templo, se abrieron las puertas de par en par, penetraron radiantes y soberanos los rayos del sol—el día era hermosísimo—, lucieron los tapices del atrio todas sus maravillas entre las verdes hojas de las palmeras que se erguían gentiles, y a las doce en punto, revestido ya de pontifical el cardenal Guisasola, arzobispo de Toledo,

primado de España, el vocerío popular y las notas mágicas de la orquesta anunciaron la llegada de los novios.

* * *

¡Oh! Qué linda novia esta señorita de Arcentales, de figura espléndida y delicada belleza, que ayer descendió de un coche de la Casa Real entre los blancos atavíos de su traje nupcial. Albo era su vestido con bordados de seda y plata, sobre cuyo larguísimo manto—que llevaba en su extremo aquella gentil criaturita de los rubios tirabuzones—flotaba el soberbio velo de encaje de Bruselas regalo de su madre. Una diadema de flores de azahar orlaba su frente. Lucía, además, pendientes de brillantes y perlas, y sobre el raso de su traje fulguraban las piedras preciosas del magnífico «pendentiff» regalo del novio.

Un murmullo de admiración y de simpatía saludó a la novia. Se recordó en aquel momento toda su bondad, todas las bondades de su madre, todo ese generoso corazón de la condesa viuda de Arcentales que con frecuencia abre su bolsa en favor de los pobres. ¡Quién sabe si ayer, antes de salir para la iglesia, se acordó de los desvalidos!

Y de otro coche de la Casa Real descendió el novio—Méndez de Vigo y Bernaldo de Quirós—, que vestía el uniforme de capitán de infantería.

—¡Vivan los novios!

El clamor popular saludó así a los que, soñando con una era de felicidad—que ojalá se realice—, cruzaban ya el templo entre el abigarrado conjunto de los aristocráticos invitados.

Quisieron S. M. el Rey y S. M. la Reina doña María Cristina demostrar el cariño que por los novios sienten, y apadrinaron el enlace. Así, la bellísima desposada se apoyaba en el brazo del marqués de Atarfe, que, vistiendo su uniforme de gentilhombre grande de España y cruzando su pecho con la banda azul y blanca de la gran cruz de Carlos III, ostentaba la representación del Soberano; y el novio daba el suyo a la marquesa de Atarfe, sobre cuyo magnífico traje de tisú de oro con fondo violeta caía la amplia blonda de su magnífica mantilla, destacándose de su pecho el lazo rojo de dama de la Reina. Ostentaba la ilustre dama la representación de la marquesa de La Isabela que era la madrina en nombre de la Reina doña Cristina.

Y detrás, ofreciendo pintoresco conjunto por lo variado de sus vistosos uniformes de maestrantes, gentileshombres y caballeros hijosdalgo, sobre los que ponían la nota viva de sus luces y sus colores las placas y las bandas, seguían los testigos, que eran, por parte de ella, el presidente del Consejo, D. Antonio Maura; el secretario particular de S. M. el Rey, D. Emilio M. de Torres; el marqués de Aldama y los condes del Vado y de Arcentales. Y por la de él, los duques de Hernani, Ansola y Tarancón y D. Juan y D. Froilán Méndez de Vigo.

En medio de un silencio religioso se escuchaba suave, serena y elocuente la palabra del cardenal. Después la mano del príncipe de la Iglesia dió a los nuevos esposos la bendición nupcial. Y seguidamente comenzó la misa de velaciones.

De nuevo la orquesta llenó el templo de notas; resonó, majestuoso, el órgano; todos hicimos votos por la felicidad de los novios, que ya cruzaban de nuevo ante nosotros, dichosos, contentos, acaso un poco emocionados, dirigiéndose al salón de fiestas del Asilo, donde se había de firmar el acta matrimonial, mientras las voces infantiles del coro de niños asilados entonaban un bello himno al Altísimo.

Poco después los novios, con los marqueses de Atarfe, abandonaban el templo, dirigiéndose a Palacio para dar las gracias a Sus Majestades. Y entre el alegre clamoreo de las buenas gentes del pueblo partieron los carruajes de la Casa Real.

* * *

Salimos de la iglesia. El sol, un hermoso sol de Abril, inunda Madrid. La calle de Claudio Coello está más alegre que siempre. Hasta ella llegan los aromas de las flores del templo. Los vecinos de las casas inmediatas están asomados a los balcones. Dijérase que es una mañana de fiesta. Sólo una pobre mujer, con un ramo de flores en la mano, está contristada.

—¿Qué es eso, qué le pasa a usted? ¿En una boda y con esa cara?

—¡Ay, señorito!—contestó—. Traía estas flores para la novia y... no se las he dado.

—¿No ha podido acercarse?

—No ha sido eso. Es que al verla tan guapa he comprendido que era ella la que las podía dar.

Alguien cogió el ramo y lo entregó después a la desposada.

—Mira, «Tolito». Estas flores son de una pobre mujer...—le dijeron

—Pues que las pongan en sitio preferente—contestó, rápida, la señorita del Arco, mejor dicho, la ya señora de Méndez de Vigo.

Comenzó a salir la concurrencia. ¡Dios mío, cuánta y cuánta! Y tenía la nota deliciosa de que íbamos saludando a muchas damas que no gustan de frecuentar sociedad sino en las grandes solemnidades. Y la de ayer era una de éstas. También vimos a algunas señoras que, después de las heridas que las desgracias han abierto en sus corazones, asistían a una fiesta de esta naturaleza, pero a la iglesia solamente.

Nuestra mirada se detiene en dos preciosas jóvenes, gentilísimas y primorosamente vestidas. No las conocemos. No recordamos haberlas visto. Pero hay quien las conoce y nos dice quiénes son esas dos señoritas y la dama que las acompaña, las tres de porte distinguidísimo, de aire señoril. Son la Princesa Beatriz de Borbón y sus hijas las Princesas Margarita y Fabiola, sobrinas—por ser hermana la Princesa Beatriz—de D. Jaime de Borbón. La Princesa está casada con el Príncipe Maximo, de una de las más ilustres familias romanas.

Y siguen saliendo los invitados, y la puerta del templo es como un espléndido ramo de rosas. ¡Tanta linda dama se asomaba a ella! Y la mayoría dan a los «chauffeurs» o a los cocheros la misma orden:

—A casa de la señora condesa de Arcentales.

* * *

Yo quisiera, lector, tiempo y espacio, para describirte el elegante hotel—más bien palacio—de la ilustre madre de la novia, en el día de ayer. La condesa viuda de Arcentales, que cuenta en sociedad, entre los pudientes y los necesitados, con muchos cariños y muchos respetos—todos muy merecidos—, es una dama de gran simpatía y de un exquisito gusto y de una disposición no muy frecuente y de unas dotes de organizadora admirables. Todo en su casa es elegante, es cómodo, es artístico. Y ayer la casa se vistió de flores y los criados de gala, y todo lució como en momentos de solemne festividad.

La condesa viuda de Arcentales recibía a todos sus invitados a la entrada de su hotel. Apenas descendíase de los coches o de los «autos» besábamos la mano de la ilustre dama, cuya figura espléndida se envolvía entre la seda azul de su «toilette».

Aquel «hall» o patio, en cuyas vitrinas se admiran cien objetos litúrgicos y otras cien miniaturas y no sé cuántos abanicos que son joyas; aquel salón—le diremos «del Greco»—, en el que hace pocos días aparecían expuestos los veinte vestidos que formaban parte del «trousseau»; aquel salón de baile del áureo techo y de los damascos de oro viejo, sobre cuyos muros se destaca también algún hermoso tapiz francés; aquel otro salón que lo preside un bello retrato del conde de Arcentales luciendo el blanco uniforme de las Ordenes, y el gran comedor de la casa... todo, todo aparecía adornado de flores blancas, de claveles, de rosas, de ramitos de azahar.

Pero la mejor, la más bella flor—ya lo supondréis—era la novia, que ya había regresado de Palacio y ya ostentaba un soberbio brazalete de esmeraldas y brillantes, regalo de la Reina Doña Cristina; como el novio, enseñaba a sus amigos los presentes regios con que le habían obsequiado: unos gemelos para los puños, de perlas rodeadas de brillantes, de S. M. el Rey, y otros, de zafiros y brillantes, de la Reina Doña Cristina.

Todos los salones del piso bajo y la alta galería del patio o «hall» estaban convertidos en comedor. En el del palacio se dispuso la mesa para 26 comensales: los novios, sus padres y padrinos, los testigos, los más allegados de las familias. En los demás se distribuyeron mesitas cada una para 10 comensales, adornadas con centros de cristal florecidos de claveles y guirnalditas sobre el mantel.

En cada sitio aparecía en una cartulina blasonada impreso el siguiente «menú»:

DÉJEUNER

Consommé de volaille Petit'e Marié
Vol au vent aux œufs brouillés Princesse
Turban de langoustins à la Neva
Filet de bœuf à la Parisienne
Foie-gras à la Victor Hugo
Poulardes flanquées de faisans au cresson
Salade russe
Bombe glacé Jeanne d'Arc
Gâteau Punch
Paille au fromage
Friandises

Y todo estuvo admirablemente dispuesto y perfectamente organizado. Baste decir que eran los comensales en número de 320, y que se sirvió el almuerzo en menos de una hora. Mientras tanto, con la charla animada que reinaba en todas las mesas se escuchaban las notas de la música de los Boldi, los aires gitanos de la Imperio, los sentimentales de Raquel, los de la serenata del «Soldado de Nápoles», los marciales de *La canción del soldado*.

Terminado el almuerzo se retiraron algunas mesas, y en el gran salón bailó la juventud.

* * *

Momento difícil de esta crónica—suele serlo de todas, pero de ésta más que de otras—es el de señalar la concurrencia. No podremos acordarnos de cuantas personas asistieron. Pero, sin embargo, vamos a intentarlo.

En primer lugar, por derecho propio, por sus respetos y su estirpe, merece la primera cita aquella dama que descansaba en uno de los divanes del «hall», rodeada de viejos afectos y de muchos recuerdos. Su pelo blanco aureolaba su rostro; sobre el raso negro de su vestido se destacaban algunas joyas, que acaso lucieron en el noble pecho de aquella Reina Doña María Cristina; el aire todo señoril de la respetable dama—hermana de la Reina Doña Isabel II—hizo inclinar nuestro cuerpo en una reverencia de cortesía ante la figura menuda de la egregia anciana y poner un beso de respeto en su mano amarfilada por los años. Ya habrás supuesto, lector, que esta dama era la marquesa de La Isabela, marquesa viuda de Campo Sagrado, que ayer abandonó su retiro de siempre para asistir a la boda de su nieto. Y allí estaba, recibiendo el homenaje cariñoso de todos, rodeada de sus hijas, la marquesa de Atarfe y la condesa de Guendulain y de sus nietos, entre los que figuraba la bellísima Raquel Méndez de Vigo—hermosa, como todas las de su estirpe—, que anteayer vistió por primera vez su traje largo. No pudo, realmente, escoger mejor fiesta.

Recordamos entre las damas que asistieron, además de las citadas y de las personas de ambas familias, como la condesa del Vado, hermana de la novia; las marquesas de Aldama y viuda del mismo título, y las señoras de Ussía y las señoritas del Arco, a las duquesas de

Santo Mauro, Conquista, Pinohermoso, Victoria, viuda de Sotomayor, Tovar, Infantado, Tetuán, Plasencia, Santa Elena, Seo de Urgel, Tarancón, viuda de San Fernando de Quiroga, Medina de Rioseco y Baena.

Marquesas de la Mina, Riscal, San Carlos de Pedroso, Sofraga, Valdeolmos, Alhucemas, Pidal, Comillas, Torrelaguna, Argüelles, San Vicente, Aguila-Real, Benicarló, Ahumada, Balboa, Baztán, Cayo del Rey, Rafal, Puebla de Parga, Ferrera, Toca, San Adrián, Villamanrique, viuda de Hoyos, Villadarias, Urrea, Argüeso, Casa-Torres, Bermejillo, Espinardo, Valdeiglesias, Guimarey y Padierna.

Condesas de Torre-Arias, Bornos, Recuerdo, Alcubierre, Aybar, Cerragería, Erice, Buenavista de la Victoria, Maceda, Artaza, Velle, Esteban, Pardo Bazán, Bernar, Finat, Villamonte, Cabezuelas, Caudilla, Vía-Manuel y Torrubia.

Vizcondesas de Eza, Roda, Fefiñanes y Van-der-Elst.

Baronesa viuda del Castillo de Chirel.

Señoras y señoritas de Sánchez Guerra, Milans del Bosch, Méndez de Vigo, Jordán de Urríes y Patiño, Jordán de Urríes y Ulloa, Vega, Mora (D. Gonzalo), Melgar, Salvador (D. Amós), Castelao, Chaves y Lemery, Gimeno (D. Amalio), Oruña, Piñana, Cabello, Heredia, Bertrán de Lis, Despujol, Reynoso, Martínez de Irujo, Landaluce, Núñez de Prado, viuda de Gayo, Canthal, Lázaro Galdiano, Areces, Moreno, Sanz, B. de Quirós, Muñoz y B. de Quirós, Pidal, Argüelles, Arana, Sagnier, Madariaga, Elduayen, Bernar, Bermejillo, Olivares, Vadillo, Escobar, Camarasa, Figueroa, Loma, Oteiza, Fernández de Córdoba, Ruiz Martínez, Ezpeleta, Elío, Moreno Osorio, Silvela, Lombillo, Cavalcanti, Quiroga y Pardo Bazán, Tolosa Latour, Martínez de Velasco, Frígola y muchas más.

De hombres... una nutrida representación: ex ministros, políticos, militares, aristócratas...

* * *

Anoche mismo salieron los nuevos esposos para Zaragoza, desde donde seguirán a Barcelona. Luego se trasladarán a Andalucía; más tarde a Algeciras...

¡Que sean muy felices!

Entre los amigos de los novios fueron repartidas como recuerdo de la boda unas elegantes cajas de damasco creadas por «La Duquesita» llenas de exquisitos bombones blancos.

* * *

Una nota interesante de la vida aristocrática—escribíamos nosotros el día 21—la ha constituído en la tarde de ayer y en la de hoy la exposición del *trousseau* y los regalos de la encantadora «Tolita» del Arco.

Ayer y hoy, la bella condesa viuda de Arcentales abrió los salones de su elegante hotel de la calle de Almagro para ofrecer a sus amistades la interesante exposición de los regalos y la canastilla de su hija: y en verdad que la artística residencia—por la que ha desfilado buena parte de la sociedad madrileña—ofrecía aspecto brillantísimo.

¡Y cuántas enhorabuenas recibieron los novios!

¡Y cuántos deseos de felicidad se formularon para los futuros esposos!

El *trousseau* es realmente extraordinario. Pocas veces—y ya hemos visto algunos—se confeccionó una canastilla de boda tan rica como ésta de la señorita de Arcentales.

Los regalos recibidos ayer tarde por los novios ascendían al número de 700. Y aun faltaban algunos anunciados.

Estas líneas no pueden dar sino una ligerísima idea de lo que son el *trousseau* y los presentes. Digamos, entonces, que todo ello representa una considerable fortuna. Por ejemplo, sólo en joyas hay un caudal. Aquella vitrina de grandes dimensiones en la que se exponían nos recordaba, por la cantidad y calidad de presentes, el escaparate de una soberbia joyería: ocho diademas, catorce alfileres de corbata, doce «pendentifs», veinte petacas, diez botonaduras, quince sortijas, nueve collares, otras tantas pulseras, no sabemos cuántos pendientes... y todas estas alhajas de magníficas piedras, brillantes, perlas, rubíes y zafiros...

Las bandejas de plata repujada se cuentan por docenas; por docenas también las sombrillas, los bastones y los paraguas; los abanicos forman colección... Realmente es extraordinario el número de regalos. Ello demuestra las simpatías que los novios y sus ilustres familias cuentan en la sociedad aristocrática.

El equipo es magnífico y las señoras entendidas en esta clase de confecciones tributaban a la riqueza de los encajes, al primor de los bordados y a la suprema elegancia de las prendas de que se compone grandes elogios. Y en verdad que eran justos. Estas prendas agrupábanse artísticamente en grandes mesas colocadas en el salón de baile, poniendo la nota alegre de sus colores sobre la blanca superficie unas pequeñas florecillas diseminadas sobre el equipo.

En otro salón estaban los vestidos; sobre una tarima cubierta de magnífico tapiz se erguían los maniquíes, cubiertos con todas las refinadas elegancias de los trajes que llevan las firmas de los más notables modistos o como diría «Juan de Becon», de los magos de la rue de la Paix.

Presidiendo a todos destacábase el traje de novia—que con otro negro, elegantísimo, es regalo del novio—, extendiendo sobre las flores del tapiz la larga cola de raso blanco, que arranca de los hombros cual un manto de Corte

y va en el extremo igual que la falda, bordado de plata; un primor de elegancia. Sobre este traje caerá el día de la ceremonia el soberbio velo de encaje de Bruselas que la condesa de Arcentales ha puesto en la canastilla de su hija.

La condesa de Arcentales regala a su hija un hermoso collar de dos hilos de brillantes y unos pendientes de brillantes y perlas; el novio, un magnífico «pendentif» de brillantes y zafiros, y los marqueses de Atarfe una diadema de brillantes y zafiros de artístico y primoroso dibujo.

La señorita del Arco regala a su prometido una botonadura de brillantes y la condesa de Arcentales otro de perlas, zafiros y brillantes.

Figuran además en la vitrina, entre otras joyas, las siguientes: de las señoritas del Arco, un lazo de brillantes; de los señores de Ussía (D. Jesús), una sortija con un topacio orlado de brillantes; de D. Ramón Ussía, otra sortija con una perla y brillantes; de los señores de Milans del Bosch (D. Jaime), unos pendientes elegantísimos y pulsera, ambos de zafiros y brillantes; de los marqueses de Santa Cristina, una sortija con una hermosa perla; de los condes de Villapadierna, unos botones de zafiros; de los marqueses de Bermejillo del Rey, unas horquillas de concha con brillantes; de D. Emilio María de Torres, una pulsera con brillantes y un zafiro, y una sortija de las mismas piedras de los condes de Plasencia.

Entre los demás regalos de la familia se destacan por su riqueza y buen gusto: un gran estuche, de los hermanos del novio, D. Alfonso y D. Manfredo de Borbón, duques de Ansola y de Hernani, con un precioso juego de platos de «vermeil»; otro, de los marqueses de Aldama, conteniendo cuatro soberbias bandejas de plata repujada, cuyo artístico trabajo dijérase obra del cincel de Benvenuto Cellini; de la abuela del novio, la egregia marquesa de Campo-Sagrado y de La Isabela, una vajilla de plata; de los Sres. de Ussía (D. José Luis), un precioso juego de lavabo y tocador de «vermeil»; de los hermanos de la novia, condes del Vado, un juego completo de cubiertos de plata y otro de escritorio del mismo metal, y de sus otros hermanos, D. José y D. Juan del Arco y Cubas, un lujoso automóvil, y de la marquesa viuda de Aldama, un juego de té, muy elegante y rico de plata, para 24 personas.

Entre las joyas y la plata como les fueron ofrecidas a los nuevos esposos por tantos y tantos amigos, Luis Sanz—el gran orfebre de la Red de San Luis—y Felipe Sanz, y Ansorena y Sainz, aparecían firmando muchos de los suntuosos regalos. No en balde son en la joyería grandes artistas.

En la Embajada de los Estados Unidos. En la de Alemania.—En el Real Club de la Puerta de Hierro.

Dos elegantes comidas se celebraron anoche en dos residencias diplomáticas: en la Embajada de Norte América y en la de Alemania.

El insigne estadista y actual presidente del Gobierno, D. Antonio Maura, se sentó a la mesa del embajador de los Estados Unidos; ocupaba la derecha de Mrs. Willard, sentándose a la izquierda de la amable y distinguida dama el embajador de Francia; Mr. Willard daba la derecha a Mme. Thierry y la izquierda a la Princesa Pío de Saboya, ocupando los demás puestos la marquesa de Valdeolmos, la condesa de Torre-Arias, la marquesa y el marqués de Santa Cruz, la marquesa y el marqués de Mohernando, la dama particular de la Reina, señorita de Heredia; Mrs. Roossevelt, el conde de Casa-Valencia, el marqués de Lambertye y Mr. Wilson.

La mesa estaba elegantemente adornada, según es costumbre en aquella casa, en que todo es refinado y selecto; grandes tulipanes abrían sus hojas en los centros de artística argentería y las luces de las bujías estaban veladas con primorosas pantallas también de plata calada y repujada.

Mistress Willard había invitado, para después de la comida, a un corto número de amigos íntimos, entre los que figuraban: la duquesa y el duque de Santo Mauro, la duquesa viuda de Sotomayor, la condesa y el conde de Velle, Mme. Vieugué, la marquesa de Cayo del Rey,

los embajadores de Inglaterra y de Italia, el ministro de Suecia, el marqués de Grijalba, M. Adrián Thierry, el encargado de Negocios de la Argentina, Sr. Moreno, y algunos otros diplomáticos.

Con la encantadora miss Willard se reunieron no pocas de sus bellas amigas, como la condesita de Buenavista de la Victoria y las señoritas de San Miguel, Pérez Seoane y Martínez de Irujo.

* * *

El ministro de Estado y la señora de Dato se sentaron a la mesa del embajador de Alemania, en la que lucían, entre las viejas porcelanas de Viena—piezas de raro mérito—flores de nuestros colores nacionales agrupadas con mucho arte.

La Princesa de Ratibor tenía a su derecha al ministro de Estado y a su izquierda al marqués de Santa Cristina, siendo los demás comensales: la marquesa de Santa Cristina, la duquesa y el duque de la Victoria, la dama particular de S. M. la Reina, señorita de Loygorri, la señora de Ruata, dama de S. A. la Infanta Beatriz; la condesa y el conde Dzieduszycki, el ministro de Suecia, el de España en Holanda, Sr. Méndez Vigo; el marqués de Elduayen, la condesa D'Orsay, las Princesas de Ratibor y de Thurn et Taxis, el encargado de Negocios de Noruega, el consejero de la Embajada, conde de Bassewitz, y el cónsul del mismo país.

A la recepción que siguió a la comida asistieron: el embajador de Austria-Hungría y la Princesa de Fürstenberg; los ministros de Persia, Suecia y Turquía; el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla, el mayordomo mayor de S. M. la Reina y la duquesa de Santo Mauro, los duques de la Conquista y de Bivona, los marqueses de Atarfe con su preciosa hija y los duques de Ansola y de Hernani, marquesa de Valdeolmos, duquesa de Vistahermosa, el general D. Francisco María de Borbón con su señora y su hija Blanca, la condesa de Torre-Arias, el primer introductor de embajadores y la condesa de Velle y su hija, condesa y conde de Aybar, los condes de Paredes de Nava, la marquesa de Moctezuma, la duquesa de Sueca y su encantadora hija política la señorita de Rúzpoli, el diplomático Sr. Palacios y su señora, los señores de Gómez Barzanallana, el ministro de Holanda y Mme. Van-Royen, los ministros de Suiza y de Chile, la se-

ñorita de Heredia, la condesa y el conde de Bulnes, la condesa de Alcubierre y su hija la marquesa de Espinardo, los marqueses de Argüeso, los señores de Laiglesia (D. Eduardo), el diplomático Sr. Landecho y su señora, la condesa de Pardo Bazán y su hija la señorita de Quiroga, los Sres. Moreno Carbonero, Manrique de Lara y muchos más.

Las bellas Princesas de Thurn et Taxis y de Ratibor contribuyeron, con el encanto de su trato, a hacer más agradable aquella íntima reunión.

* * *

En estos días primaverales se ve concurridísimo por las tardes el Real Club de la Puerta de Hierro.

Muchas aristocráticas personas van a tomar el té en el *chalet*, y a presenciar las partidas de *golf* y de *tennis* que a diario se verifican. Otras muchas se quedan también a almorzar y a comer.

Realmente, aquel sitio es delicioso, y se pasan allí unas horas muy agradables.

Anoche se verificaron en el *chalet* dos comidas. Con una de ellas, que se sirvió en dos mesas, obsequiaron a varios de sus amigos los duques de Tarancón. La segunda fué un agradable *pick-nick*.

En la primera de aquellas dos mesas se sentaron, con los duques de Tarancón, los marqueses de Bermejillo del Rey, la señora de Lombillo y los señores de Areces, entre otros.

Ocupaban la segunda los jóvenes. Con la bella condesita del Recuerdo se sentaban Carmen Bermejillo, la encantadora señorita de Riansares, Monsita Castro, la señorita de Pidal, Xavier Bermejillo, el Sr. Cañedo, Jaime Gómez Acebo, Pedro y Alejandro Pidal y José Ignacio Escobar.

En la mesa del *pick-nick* estaban los señores de Santos Suárez (D. José), los marqueses de San Carlos del Pedroso y su hermana la señorita de Núñez de Prado, Mercedes Pidal, Mavela Crecente, Luisa Aguilar de Inestrillas, los señores de Uhagón y Meneses y algunos más.

Después se bailó hasta la una de la madrugada, a los sones de un piano de manubrio.

Srta. Pilar de Labastida y Moret, hija de la marquesa de Moret.

Fot. Kaulak.

La señorita de la Bastida y Moret y don Julio Cavestany.—En el hotel de la condesa viuda de Casa-Valencia.

El día de ayer...

—Fué muy animado; es decir, no faltaron notas agradables de la vida de sociedad.

—Empezamos, entonces...

—Por la nota alegre de una boda.

—¿Celebrada por la mañana, acaso?

—Por la mañana y en el artístico templo del convento de las Descalzas Reales, que se engalanaba con plantas, flores y tapices.

—Este convento de las Descalzas...

—Fué fundado por la Infanta D.ª Juana, hija del Emperador Carlos V. Pero como no vamos a hacer la historia del convento, sino la crónica de una boda, seguiremos reseñando la ceremonia.

—Muy bien. La novia...

—La novia era una bellísima señorita: Pilar de la Bastida y Moret, hija de la marquesa de Moret...

—Y nieta, por tanto, de aquel ilustre D. Segismundo Moret...

—Exacto; nieta de aquel ilustre D. Segismundo Moret y Prendergast, que fué presidente del Consejo de ministros y príncipe de la oratoria.

—El novio...

—Un muchacho muy simpático y muy querido: Julio Cavestany, hijo del ilustre académico y poeta D. Juan Antonio.

—Bien. Resonaron en el templo los acordes del órgano...

—Tocado ayer por el maestro Guervós, en honor de su discípula...

—Y penetraron los novios en la iglesia, ¿no es eso?

—Eso es, eso es. Ella iba guapísima. Verdad que no podía ir de otra manera siendo tan linda. Su vestido era blanco, guarnecido de antiguos encajes. Coronaba su cabecita con finísima diadema de flores de azahar. Lucía, además, los pendientes de perlas, regalo del novio, y un «pendentif» con solitario, regalo de su madre. Luego, velando misteriosamente su rostro, caía el velo magnífico de «chantilly». Daba el brazo a su futuro padre político, que era el padrino.

—El novio...

—El novio, que vestía el uniforme de la Real Maestranza de Zaragoza, ofrecía el suyo a la madre de la novia y madrina, marquesa de Moret. Y una vez que en el alto presbiterio, por cuyas gradas se extendía la larga cola del manto nupcial, se arrodillaron los nuevos esposos y sus padrinos, el canónigo de la Catedral y elocuentísimo orador D. Diego Tortosa bendijo el enlace, pronunciando una oración que, por su fondo y por su forma, hizo llegar a nuestro espíritu una ráfaga de emoción.

—Y después...

—Después la misa de velaciones y la firma del acta matrimonial suscripta, además de por los novios y los padrinos, por los testigos que eran, por Pilarcita Moret, D. Basilio Paraíso, el conde de Ardales, D. Tomás Beruete, D. Joaquín Quiroga y D. Antonio de la Bastida, y por la de Julio Cavestany, D. José María Creus, D. Julián Fuentes, D. Rafael Conde y Luque, el conde de Santa Engracia y D. Pablo Cavestany, hermano del novio.

—Terminada la ceremonia...

—En el bello claustro del convento, iluminado por el sol, adornado con tapices, y viendo en el centro del jardín alzarse gentil un surtidor y florecer las rosas, se sirvió un espléndido «lunch» a la numerosa y selecta concurrencia, que formuló para los nuevos esposos sus más sinceros votos de felicidad.

—Y los novios...

—Los novios, terminado el obsequio con los padrinos y los testigos, se trasladaron a casa de la marquesa de Moret, donde se sirvió un almuerzo íntimo. Y anoche mismo salieron para Andalucía.

—¿Los regalos?

—Han tenido muchos y muy artísticos: joyas, objetos de plata, cuadros y muebles antiguos... Sólo le diré que pasan de doscientos.

—Y para la marquesa de Moret...

—Pues para la marquesa de Moret, como para todas las madres amantísimas que ven casarse a su hija única, el día de ayer tendría, con muchas alegrías, indudablemente también muchos recuerdos.

Días después de la boda, los amigos de los señores de Cavestany recibían los dulces del enlace en unas lindas cestitas de la casa Hidalgo.

* * *

—Seguimos ahora...

—Consignaremos un brillante concierto que hubo por la tarde en el hotel de la condesa viuda de Casa-Valencia.

—¿Un concierto?

—Un concierto admirable, a cargo de Carmencita Pérez, la pianista que ha llegado en plena juventud a la categoría de eminencia. ¡Qué prodigio de mecanismo! ¡Qué temperamento éste de Carmencita! La conocí en sus primeros años y desde entonces sigo con atención sus triunfos. Recientemente fué ovacionada en Barcelona, más recientemente todavía, hace unos días no más, en la Comedia, de esta corte; ayer tarde en casa de la condesa viuda de Casa-Valencia...

—Resonaron los aplausos...

—Nutridos, cariñosos, entusiastas. Ejecutó un *Preludio*, de Mendelsshon; *El pelele*, de Granados; *Triana* y *Sevilla*, de la *Suite Iberia*, de Albéniz; *Soirée de Vienne*, de Schubert-Litz; un bello *Nocturno*, de este último, y una composición de Chopín.

—La concurrencia...

—Muy numerosa. Y tratándose de los Casa-Valencia no hemos de decir si distinguida. Entre las damas del Cuerpo diplomático, lady Hardinge, Mme. Thierry, Mrs. Willard y sus hijas, Mrs. Roosevelt y miss Willard; Mmes. Van Royen y Vieugué, baronesa Van-der-Elst y su hija, condesas Viganotti, Van-der-Straten y otras.

—Entre las españolas...

—Vea usted la lista:

Duquesas de Santo Mauro, Baena, Pinohermoso, Santa Lucía, viuda de Sotomayor, San Carlos, Sotomayor, Santa Elena, Vistahermosa y Unión de Cuba; marquesas de Valdeolmos, Baztán, Cayo del Rey, Caicedo, Santa Cruz, Villamanrique, Casa Torres, Santa Cristina, Comillas, Villabrágima, Moctezuma, Espinardo, Guevara, Ensenada, González, viuda de Hoyos, Santa María de Silvela, Villanueva de Valdueza, Pozo Rubio, Riscal, Sofraga, San Carlos del Pedroso, La Torre y Valdeiglesias; condesas de Alcubierre, Aguilar, Bulnes, Guendulain, Agrela, Almodóvar, Caudilla, Castilleja de Guzmán, Caltavuturo, San Félix, Torre Arias, Vía-Manuel, Valmaseda, Vistaflorida, Velle, Pardo Bazán, Romanones, Los Llanos, Real Aprecio, Maceda, Vega del Ren y Buenavista de la Victoria; vizcondesas de Portocarrero y de Fefiñanes; baronesa y baronesa viuda del Castillo de Chirel, y

Señoras y señoritas de Dato, Cierva, viuda de Arcos, Vázquez, Núñez de Prado, Ojeda, Quiroga, Bermúdez de Castro, Quiroga y Pardo Bazán, viuda de Alcalá Galiano, Osma, Pérez Seoane, Agrela, Alvarez de Toledo y Mencos, Castelló, Aguilar, Gómez Acebo, Frígola, Alonso de Gaviria, Rodríguez de Rivas, Pérez Caballero, viuda de Cárdenas, Castellanos, Laiglesia, Martínez de Irujo, Hurtado de Amézaga, González de Castejón, Loygorri, Escobar y Kirkpatrick, y muchas más.

Asistieron también los ministros de Estado y Gracia y Justicia, el ex ministro Sr. Cierva, el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; el mayordomo mayor de la Reina, duque de Santo Mauro; los embajadores de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia e Italia; ministros de Bélgica y Holanda, y muchos secretarios y agregados.

—Con la condesa de Casa-Valencia...

—Hacían los honores todos sus hijos.

MAYO-1918

El marqués de Urquijo y de Bolarque.

Fot. Franzen.

El marqués de Urquijo, Grande de España.

Su Majestad el Rey firmó ayer el decreto concediendo la grandeza de España a D. Estanislao de Urquijo y Ussía, marqués de Urquijo y de Bolarque. Tan preciada distinción recae en persona de grandes merecimientos, y teniéndolo así en cuenta el Consejo de Ministros acordó por unanimidad proponer a S. M. la concesión de la grandeza.

Nos congratulamos mucho de ello y nos apresuramos a enviarle nuestra felicitación. Esto lo primero. Porque lo segundo... que han de ser unas líneas dedicadas al nuevo Grande, bien merecen párrafo aparte.

Urquijo. El nombre de Urquijo dice en la vida moderna muchas cosas. No es solamente el de un potentado, no dice solamente fortuna, no; dice también industria, trabajo, progreso, cultura, obra social... Dice también mucho de tradición, porque el actual marqués, hombre emprendedor y amante de su patria, sigue las costumbres de su casa imitando el ejemplo de su padre y de su abuelo y tomó parte en numerosas empresas industriales algunas de las cuales le debieron a él su iniciación.

De aquí que se diga que el marqués de Urquijo es digno heredero de una familia cuyo nombre pronuncian con veneración los obreros y los pobres de Vizcaya y los de muchos pueblos de Navarra.

El primer marqués, cuya casa solariega se conserva en Llodio

(Bilbao), rodeada hoy de modernas construcciones y de espléndidos jardines, que le dan el aspecto de una residencia regia, a medida que acrecentaba su fortuna atendía al mejoramiento y al bienestar de las clases humildes; su talento y su actividad iban labrando la riqueza, esa enorme riqueza que había de legar a los suyos y que había de fecundar al propio tiempo la tierra en que nació; fundaba, en unión de otros grandes financieros, los famosos Altos Hornos, base de la prosperidad de aquella hermosa región de España, y fundaba escuelas y hospitales, haciendo que el pobre y el obrero participaran de sus ganancias...

¿Era posible trabajar sin acordarse de todos los obreros? ¿Era posible ver acrecentarse la fortuna sin acordarse de los que ayudaron a acrecentarla? No, no era posible; para el marqués de Urquijo no podía serlo. Y no era.

Por eso en Llodio, por ejemplo, el nombre de Urquijo lo llena todo; el templo magnífico, digno de una ciudad de primer orden, está reedificado y embellecido por Urquijo; las escuelas—verdaderas escuelas modelo—es a Urquijo a quien se deben; los hospitales, construídos con arreglo a los últimos adelantos, por Urquijo han sido fundados.

Sigue, como véis, los nobles ejemplos de sus ascendientes, y siembra a manos llenas los beneficios, contribuyendo a que los mendigos no existan en aquella región, y a que el número de analfabetos haya disminuído tan considerablemente que puede asegurarse que es la más culta de España.

Hombre de su tiempo es, además, muy ilustrado y amante del arte. Algunos artistas—por él protegidos—podrían hablar de su esplendidez.

Recientemente, en unión de sus hermanos D. Manuel y D. Luis, fundó el Banco Urquijo, en sustitución de la antigua casa de banca, de cuyo Consejo de administración es presidente. Y en fecha próxima también,—y ésta es, según nuestras noticias, la causa inmediata de la distinción que S. M. acaba de otorgarle— trabajó con fe y estusiasmo para llegar al acuerdo comercial con Francia. Terminado ya felizmente el Tratado, llegó el instante de girar a los banqueros franceses los primeros 35 millones de pesetas, y como surgieran algunas dificultades para cumplir el compromiso, el marqués de Urquijo

escribió al ministro de Hacienda manifestándole que él se hallaba dispuesto a facilitarlos inmediatamente, renunciando de antemano a los beneficios que pudieran corresponderle en la operación.

Y le remitió un cheque por valor de la expresada cantidad.

¡Cuántas y cuántas enhorabuenas han recibido ayer los marqueses de Urquijo, apenas se supo la concesión de la regia merced!

Porque para los dos es justa la distinción Real. Porque si la marquesa aparece separada de los negocios, en las obras de caridad pone ella toda su actividad, todo su interés, todo su celo. Es una bella y bondadosa dama, hija del ilustre arquitecto y académico D. Luis de Landecho. Por su abuela paterna pertenece a la Casa de Ayerbe, y por su madre es una Montefuerte.

La marquesa de Urquijo forma parte de las Juntas de muchas instituciones benéficas y culturales, a las que aporta, no solamente su dinero, sino su inteligencia. Las generosidades de su corazón la hacen acordarse a todas horas de los pobres.

En cuanto sus devociones por el Arte... ahí están sus fiestas en sus casas de Madrid, de Llodio, de Las Jarillas.

En el grupo escolar Reina Victoria.
S. M. la Reina acompañada de la marquesa de Torrelaguna, del obispo de Madrid, del alcalde, del gobernador y del director de primera enseñanza, presenciando la comida de los niños.

La Reina Victoria en el Grupo escolar de su nombre.

Su Majestad la Reina Doña Victoria visitó ayer el Grupo escolar de su nombre en la calle del Príncipe de Vergara. Tuvo el acto una gran sencillez. Acaso por eso resultó más hermoso. Tuvo esa sencillez encantadora que la Reina predica siempre con el ejemplo. ¡Viva la Reina!

Así gritaron ayer mil voces infantiles cuando la hermosa Soberana cruzó las aulas de la Escuela envuelta entre las sedas de su *toilette* gris perla y a los sones de la Marcha Real, interpretada en el piano por un antiguo alumno, ciego por desgracia. Y saludó la Reina agradecida y recogió en sus manos de nácar—que tantas caridades han repartido—aquellas flores que la nena más pequeña de la Escuela —una muñeca—entregó a la Soberana de España.

—Es muy mona—dijo Doña Victoria—muy mona.

Pusiéronse coloraditas las mejillas de la pequeñuela—con delantalito nuevo, con alpargatitas nuevas, ¡como que iba a verla la Reina!—y la augusta dama inclinó entonces su figura gentil y acarició a la encantadora criatura.

—¡Viva la Reina!

Mil voces prorrumpieron de nuevo en este grito de entusiasmo. Era toda una deliciosa chiquillería que llenaba por completo la amplia escalera de la Escuela la que saludaba con sus vítores a la Reina visitante que acudía al grupo escolar a presenciar la comida de los niños pobres.

¡Qué lindo efecto el de aquellos comedores tan claros, tan limpios, tan llenos de sol, en los que a diario toman asiento para alimentarse 110 niños y 110 niñas! Parecían ayer más contentos que nunca. Y ante la Reina, ante las autoridades, ante la alta servidumbre, ante el profesorado, ante los marqueses de Torrelaguna, aquellas criaturitas consumieron la comida con que ayer los obsequiaban estos distinguidos aristocrátas. Porque los marqueses de Torrelaguna... Pero dediquémosles un párrafo aparte.

Los marqueses de Torrelaguna cedieron el terreno para el grupo escolar; los marqueses de Torrelaguna iniciaron la suscripción para su construcción; se interesan por su prosperidad y su cuidado; están de continuo atentos a sus necesidades y si falta algo... alguna mano misteriosa y enemiga de exhibiciones llega oportunamente con su ayuda. Por eso ayer toda aquella multitud infantil—hombres y mujeres de mañana—gritaron también cuando los protectores tomaron su coche:

—¡Vivan los marqueses de Torrelaguna!

El grupo escolar Reina Victoria es uno de los mejores, de los más amplios, de los más higiénicos. Las cantinas escolares— que preside D.ª Carmen Rojo—es una institución admirable. A estas cantinas pertenecen las comidad de estos grupos. Cuantos puedan no deben abandonar estas cantinas y estos grupos. Es hacer cultura, es hacer ciudadanos, es hacer Patria...

D.ª Rosa Bosch de Sanford.

Fot. Franzen.

Un concierto.

Si viene usted mañana a acompañarnos a tomar una taza de té, oirá además a una excelente artista.

Esta fué la invitación que recibí; éstas las líneas que respaldaban una aristocrática tarjeta, con alguna más que copio también: «pero sin decir una palabra.»

Fuí a tomar el té. Mejor dicho; fuí a saludar al amable matrimonio, a escuchar a la artista excelente y... a tomar el té.

—Ya sabíamos que usted no faltaría—me dijeron. Pero por lo visto no faltó nadie tampoco. La concurrencia no era numerosa, pero sí bastante para que resultase lucida una enumeración de nombres.

—No, no, de ninguna manera—exclamaron—. Se nos «picaría» la mayor parte de nuestros amigos.

Recorrimos con nuestra mirada aquel bello saloncito que nos servía de centro de reunión; miramos aquel cuadro de Sorolla, aquel otro de Juan Antonio Benlliure, aquel «Goya» magnífico que en una subasta, y para evitar que traspasase las fronteras, adquirió en fuerte suma el dueño de la casa; aquella copia admirable de *El entierro del Conde de Orgaz;* detuvimos nuestros ojos en aquel bargueño antiguo que el propio marqués restauró con su arte y con su paciencia; nació en nuestros labios un madrigal al ver cómo el lápiz de Béjar había dibujado en papel la gentil belleza de la señorita de la casa y juntamente con el melancólico caer de la tarde nacieron en el salón los acentos del *Raconto* de la *Magdalena* de *Andrea Chenier.*

Aquella señora rubia...

Sí, ella era; era la que cantaba, la que nos atraía con su voz y con su sentimiento, aquella dama rubia, esbelta, de ojos azules, que hubimos de saludar cuando entramos en el salón. No era la primera vez que la oíamos; no era, pues, la primera tampoco que hacía juntar nuestras manos en un aplauso de admiración y de justicia.

—Muy bien, Rosita; bravo, Rosita.

Habían cesado las charlas, se había tomado el té, y el maestro Bellmar se había sentado en el piano frente a un cuadro de Tintoreto, mientras se alzaba junto al teclado la figura de la señora de Sanford envuelta en su áurea *toilette* y asomando bajo su coquetón sombrero de paja los rizados bucles de su pelo de oro.

—Cante usted más.

—Otra cosa.

—Otra.

Y la señora de Sanford, a la que basta mirarla a la cara para adivinar el nombre que lleva, nos dejó escuchar *La Wally*, trozos de *Manon*, la hermosa *Mattinata* que tan expresivamente «dice» ella y alguna obra más que en este momento no recordamos.

—Es usted una gran artista; lo reúne usted todo; voz, figura, sentimiento, belleza... Es sensible que su posición no la permita dedicarse a la escena. Brillaría con luz propia.

Rosa Bosch escuchó todo esto un poco sonrojada; como un rojo clavel en Jueves Santo se encendió su cara; habíase sentido herida en su natural modestia. ¿No la habéis oído? Pues... es una artista.

Luego... la dueña de la casa interpretó en el piano un *Nocturno*, de Chopín, la *Invitación al vals*, de Weber... y de nuevo le ofrecimos nuestros aplausos. Y cuando sus manos de nácar abandonaron el marfil de las teclas, ella nos repitió lo que nos decía en la tarjeta: «No diga usted una palabra.»

Pero se corrigió al instante y añadió:—Ni una palabra... de nosotros. Ahora, de ella, todo lo que ella haya podido inspirarle.

No llego a tanto, lector; no llego a contarte todo lo que me inspiró la señora de Sanford; no te cuento sino que fué aplaudidísima...

Si la señora de Sanford no fuera rica.... el Arte ganaría una artista. Así, de su arte, sólo disfrutan sus amigos.

Los lunes del Ritz.

Cuando entramos anoche en el Ritz ya la animación era muy grande. ¿Llegaríamos acaso un poquito tarde? Nos da rubor el confesarlo. Sólo diremos que a la mesa donde estábamos invitados se sentaban ya los comensales. ¡Pícaros quehaceres!

No, no; pero se acababan de sentar; nuestro retraso fué solamente de escasos minutos.

La verda es que estos lunes del Ritz han tomado carta de naturaleza en la vida madrileña. Realmente son noches de fiesta. Y si la concurrencia es como la de anoche, diremos que de fiesta elegante.

—¡Que sea enhorabuena, mi general!—le dicen al duque de Tetuán, que acaba de ceñir el fajín.

¿Nos hemos fijado con quien comía el nuevo general, hasta ahora director de la Escuela de Guerra? Sí. Se sentaba a la mesa con el señor y la señora de Canthal, la marquesa y el marqués de Ahumada y la marquesa y el marqués de Perijáa.

Veamos otra. Aquella, por ejemplo. Y están en ella el embajador de Alemania, las Princesitas Fella de Thurn et Taxis y María Teresa y Dolly de Ratibor, el embajador de Austria y la Princesa de Fürstenberg, la duquesa y el duque del Infantado y su hija la señorita de Arteaga, la dama de la Infanta Beatriz, señora de Ruata; el comandante Kalle, el barón Stohrer y D. Luis de Uhagón.

—A ver, Azcoaga—le dijeron por la mañana al «bidirector» del Ritz—. En la mesa mía no ponga usted flores esta noche.

—¿Porqué?

—Porque esta noche... las traigo yo.

Y por la noche la ocuparon: la señora de Laiglesia, la señora de Areces, la señora de Lombillo. ¿Tenía razón el organizador? Con ellas tomaron asiento los Sres Laiglesia, Areces, Creus y Vallín.

Ved ahora la gentil belleza de la señora de Cantos que preside aquella otra mesa que se alza en uno de los ángulos del «hall», bajo el verde dosel de unas palmeras. Con ella se sientan, además de su esposo—el director general de Comercio—, el senador D. Rafael Sarthou, su señora y su hija la marquesita de Selva Alegre y el senador conde de Trenor y su hija Elvira, una bellísima valenciana que pregona con su cara la tierra en que ha nacido y sobrina de aquel ilustre y españolísimo marqués del Turia, tempranamente fallecido.

En aquella otra mesa, en el centro del jardín de invierno, tomaban asiento—con el duque de Westminster—el embajador de Inglaterra y lady Hardinge, Mr. Bearing y su esposa y Mr. Blue. El duque de Westminster, del que se ha dicho que viene como agregado diplomático de la Embajada de su país, pero no es exacto, es uno de los más ilustres y opulentos señores de la Gran Bretaña.

—¡Ah!—suele decirse para dar idea de su fortuna extraordinaria.—Media Inglaterra es suya.

Pertenece a la antigua familia de los Grosvenor, originaria de Normandía, que fueron barones de Grosvenor y marqueses de Westminster, elevados luego a la dignidad ducal. Es hombre joven—apenas cuenta treinta y ocho años—; es también par del reino y figura entre las personalidades de su nación. No hay que decir que cultiva mucho el «sport».

¿Oyen ustedes?

¡Ah! Sí. Son los acordes de *La Canción del soldado*. ¡Qué marciales! ¡Qué sencillos al mismo tiempo! Ese redoble del tambor, ese «ritornello» tan gallardo, casi me emociona...

Soldado soy de España
y estoy en el cuartel.

Pronto, pronto, la escucharemos todos.

Con el conde de la Maza se sientan en otra mesa el marqués de San Miguel, el Príncipe Beau-Craon, sir Percy Loraine y Mr. Filson Young; con los señores de Le Breton, la señorita de Vadillo y el marqués de Valdeiglesias; con el barón y la baronesa de Wedel y su hija, el Sr. Vargas Machuca; con el marqués de Elduayen y su hija el marqués y la marquesa de Atarfe y la duquesa y el duque de Plasencia; con los vizcondes del Castillo de Genovés, la señora de Bernúdez de Castro y los señores de Quiroga (D. Jorge).

¿Quiénes son los invitados del consejero de la Argentina que ocupan aquella mesa del centro del comedor? Fijémonos: la marquesa y el marqués de Urquijo, marquesa y marqués de Villabrágima, señora y señorita de Núñez de Prado, condesa de Romilla, señorita de Llovera y Sres. Alcalá Galiano, Dormal, Rodríguez Orey y Chiappe.

Con la marquesa de Argüelles comían el ex ministro conde de Esteban Collantes y su hija María, la condesa de Pardo Bazán y su hija Carmen, la condesa y el conde de la Torre de Cela, el marqués de Benicarló, las señoritas de García Prieto y de Bernaldo de Quirós, los señores de Cavalcanti de Alburquerque y D. José Pérez de Guzmán.

Tres mesas había exclusivamente de políticos. En una de ellas, el ministro de Gracia y Justicia, conde de Romanones, y los Sres. López Muñoz, López Monís, Argente, Rosado, Pérez Oliva, Morote, conde de Velayos... En otra, el ministro de Instrucción pública, Sr. Alba, y los Sres. Chapaprieta, Zorrilla, Royo Villanova, Matesanz... En la tercera, el ex ministro señor La Cierva, Aparicio, Madariaga, González Llana y marqués de Pidal.

Mucha concurrencia, mucha. Porque además de los nombres citados hay otros más: la señora de Ibarra, la de Márquez de la Plata, las señoritas de Arteche, Aznar y Mac-Mahón; los marqueses de Tenorio, las condesas de Villamonte y Fuente-Blanca, la marquesa de la Frontera, la de Espinardo, la Srta. Obdulia Turnes, los señores de Ventosa, la señora y señoritas de Costi, la duquesa y el duque de Arión, la señorita de Landecho, la señora de Eznarriaga y su hermana la señorita de Rodrigáñez, las señoritas de Perales y Figueras, la duquesa de Tarancón y la condesita del Recuerdo, la señora y señorita de Despujol, los señores de Moreno y Ossorio con los de Martín y Aguilera...

El conde de Sannazzaro, el de Glymes de Brabante, el marqués de Camps, el subsecretario de Estado, marqués de Amposta; los se-

ñores de Roca de Togores, Urquijo, Aguilar, Linares Rivas, el conde de Van-der-Straaten, el de Castillo Fiel, M. Thierry, Retortillo, Valenzuela, Blanco..., algunos más.

En todas las conversaciones hubo el recuerdo más cariñoso y el deseo de alivio más sincero para esa pobre Infantita Pilar—que tanto sufre—hija del Infante D. Fernando. ¡Ay, si Dios hiciera el milagro de salvarla!

Y por gran parte de la concurrencia fueron saludadas con mucho afecto la Princesa Beatriz de Borbón y las Princesitas Margarita y Fabiola, que habían comido en el palacio del marqués de Cerralbo, y acudieron después al brillante baile.

María de Melgar.
Marquesa de Espeja.

Fot. Resines.

La señorita de Melgar y el marqués de Espeja.

En la casa-palacio del ilustre académico y senador, marqués de San Juan de Piedras Albas, de Canales de Chozas y de Benavites, se ha celebrado esta mañana el enlace de su bellísima hija María de Melgar y Hernández con el Sr. D. Ramón Narváez y Pérez de Guzmán el Bueno, marqués de Espeja y de Gracia Real, hijo menor de la duquesa viuda de Valencia.

Se adornó la casa-palacio como para fiestas de gala. Tal era. Cubrióse la escalera con hermosa alfombra; desaparecía la balaustrada bajo los macizos de claveles; alzábanse en las mesetas altas y gemilles las palmeras; formáronse en fila los criados de la residencia; florecieron en los salones los mirtos y las lilas blancas, y allá, en aquél del fondo, se instalo el altar, sobre el que se elevaba, entre la albura y el aroma de azahares y rosas blancas, una soberbia imagen de la Inmaculada.

Reuniéronse en el gran salón los escasos invitados—los más íntimos familiares—; contemplaron los magníficos cuadros con que se avaloran los muros y, a poco, los sones de un sexteto, formado por profesores de la Sinfónica, dejaron escuchar la *Marcha de las bodas*, de Mendelssohn.

La novia. Miradla. Viste elegantísimo traje de «liberty» blanco, firmado por Callot. Bajo el velo que cubre su figura, se ve la diadema de azahar con que corona sus cabellos. La cola del manto la lleva la

linda hija de los duques de Valencia. Apóyase la desposada en el brazo de su padre y padrino, el marqués de San Juan de Piedras Albas, que viste el uniforme de gentilhombre grande de España y cruza su pecho con la banda azul de la Concepción de Villaviciosa de Portugal.

El novio. Vedle. Viste el uniforme de los maestrantes de Granada y en su brazo se apoya su ilustre madre, la duquesa viuda de Valencia.

Y detrás siguen los testigos, que son, por parte de ella, sus tíos el conde de Villamonte y D. Jose Nicolás de Melgar, el exministro marqués de Figueroa, los condes de Sallent, Campo Alange y Glymes de Brabante y D. Saturnino Urrutia, y por parte de él, su hermano el duque de Valencia, su primo D. Rafael Narváez, su tío el conde de Torre-Arias, el conde de la Torre de Cela y el general Cavalcanti de de Alburquerque. Todos vestían también de uniforme.

Y cesaron los acordes de la música y se escuchó la lectura de la Epístola. Después, el provincial de los Carmelitas, de Avila, padre Sebastián de Jesús, dió su bendición a los nuevos esposos. Se dijo la misa de velaciones. Y al terminar el mismo padre provincial dirigió la palabra a los contrayentes en brillante oración.

De nuevo resonaron los acordes en los salones. Había terminado la ceremonia. Y los novios y los padrinos comenzaron a recibir cariñosas felicitaciones.

—Que seáis muy felices.

—Que la ventura sea con vosotros.

¡Cuántos recuerdos lleva consigo siempre una boda!

La duquesa viuda de Valencia vestía de negro. Sobre su cuello, cayendo luego sobre su pecho, lucía un soberbio collar de brillantes, del que pendía casi un peto de soberanas esmeraldas.

—Lo estreno hoy—decía la ilustre dama, poniendo en sus palabras un eco de tristeza.

Y recordaba que esta joya fué el último regalo que le ofreció el duque—aquel gran señor—, pocos días antes de morir.

¿Recordaremos algunos de los concurrentes? Veamos: la marquesa viuda de Canales de Chozas, abuela de la novia; la duquesa de Valencia, la condesa de Torre-Arias, el señor y la señora de Melgar, la marquesa y el marqués de la Regalía, la condesa de Villamonte, la